



**UNIVERSIDAD DE CHILE**  
**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES**  
**ESCUELA DE PREGRADO**

**TRANSEXUALIDAD MASCULINA**  
*vivencias de la disforia de género*

Tesis para optar al grado de Antropología Social

**Romina Rodríguez Merino**

**Prof. Guía Carolina Franch Maggiolo**

Santiago de Chile, 2017

## RESUMEN

La siguiente investigación se titula: “Transexualidad Masculina: *Vivencias de la disforia de género*”, y fue realizada por Romina Rodríguez Merino, con la guía académica de Carolina Franch Maggiolo, para la obtención del título profesional de Antropología Social.

La Memoria parte de la necesidad de visibilizar y problematizar las vivencias corporales de sujetos que no se identifican en las identidades normativas del binarismo de género, analizando específicamente, el descubrimiento de la transexualidad, sus decisiones de adecuación y autodeterminación desde una perspectiva feminista, describiendo el estado de abyección que domina gran parte de la vida de estas personas.

Esta investigación ha buscado ahondar a su vez, en los matices de la transexualidad masculina, analizando los relatos de vida de dos personas que optaron por la modificación corporal y cambio de sexo legal, y dos personas que realizaron otro tipo de adecuaciones.

Se concluye que la vivencia de la disforia de género implica un proceso de des-abyección social, donde se reorganizan los códigos en que se comprenden los sexos hombre y mujer, para hacer inteligible su experiencia. El malestar de la disforia es permanente, pero varía según los alcances de las adecuaciones corporales, la identidad de género que se desee representar y la socialización de su vivencia.

Datos personales: [rmrodriguezmerino@gmail.com](mailto:rmrodriguezmerino@gmail.com)

Palabras Claves: Transexualidad masculina, disforia de género, cuerpo, sexo, vivencias

## DEDICATORIA

A Mara Rita,  
que me dejó recitando  
sus versos de memoria.

## AGRADECIMIENTOS

Me emociona de manera profunda poder agradecer a quienes han sido una compañía invaluable en este camino, por su abrazo cariñoso y su reprensión justa, por las palabras acertadas y aquellas que divagaron anclándose en un punto doloroso. Abrazo y agradezco todas esas manifestaciones de quienes han vivido compartiendo su existencia conmigo, y el tremendo viaje que ha sido la escritura de esta memoria.

Agradezco en primer lugar a mi madre Ana Merino, por la vida y por permitirme enfrentarla con la certeza de su compañía, de su cuidado, y de ese enorme amor siempre atento y dispuesto a socorrerme. Sé que me ha dado la vida muchas veces, ante eso mi gratitud es inefable. Desde aquí la abrazo con todo lo que pueda dar mi corazón. Agradezco también a mi padre Remberto Rodríguez, por enseñarme las reglas del juego -y aún con más gratitud- por haber jugado conmigo, perdiéndonos en diferentes aventuras, hasta encontrarnos. Me alegra pensar que los dos hemos ganado. Gracias a ambos por haberme permitido estudiar y por animarme cuando decaía, sé que ha sido duro para mí, pero no logro imaginar lo difícil que ha sido para ustedes.

Extiendo mi gratitud a mi abuelita Prosperina Fuentes, y a mis tías/os Marcia Merino, Mabel Merino, y Luciano Canales, por ser un tremendo ejemplo de fuerza y coraje, y por acogerme cuando lo necesité. A Luna Alarcón Merino y Alonso Canales Merino, quienes representan a mis primas/os que son esa mezcla hermosa entre hermanas/os y amigas/os de viaje.

Recuerdo en esta travesía a mis madrinas Camila Ríos y Marcela Quero de Plataforma Colectiva, mi primera escuela de lucha política, por resistir en la calle, con el lienzo en alto y el corazón encendido.

Con entusiasmo e inmensa alegría agradezco a Yolanda Cárdenas y Ana Garrido, y con ellas a mis queridas/os estudiantes y compañeras/os de Nivelación de Estudios JGM que me enseñaron a aprender desde el amor y la risa.

Abrazo con cariño a Vicente Ríos y Susana Martínez y con ellxs al Colectivo La Gaitana. Aplauzo y agradezco las investigaciones de mis compañeras/os que luchan por la emancipación de nuestros cuerpos.

Celebro también la fuerza y valentía de mis compañeras académicas que han abierto aquí un lugar de disputa contra los discursos hegemónicos que en ella se amparan. Menciono con especial emoción al Centro Interdisciplinario de Estudios de Género (CIEG) y en este reconocimiento abrazo con cariño a Paula Hernández, Manuela Cisterna, Elisa Niño, y con cariño redoblado a Viviana Poblete por infundirme aliento.

Agradezco las oportunidades que me otorgaron mis maestras, Sonia Montecino y María Elena Acuña. Quienes han apoyado mi pasión por la pedagogía, ayudándome a emigrar llevando de la mano la exquisita ciencia de la antropología. Sumo a este saludo a Alejandra Alvear una maestra y amiga muy querida, cuya aparición fue tan fortuita como clave en mi vida.

Agradezco con un sentir rebosante de muchas emociones a Karla Jordan, Rodrigo Guerrero, Natalia Grez y Florencia Vergara, por salir a caminar conmigo compartiendo la aventura terrenal y filosófica de la vida. Aúno a este saludo a quienes entre almuerzos, bromas y risas me dieron la alegría -siempre necesaria- para seguir escribiendo, Teresita Nercasseau, Isidora Lea-Plaza, Jacinta Henríquez, Cecilia Vera, Lorena Villagrán, Loreto Watkins, Francisca Cuevas, Constanza Tobar y Ma. Alejandra Chávez. Representantes de una gran cofradía de hermosas personas que bailan en el carnaval de la memoria.

A mis hermanxs Lucía y Rodrigo, porque sé que su corazón comparte conmigo ese campo abierto que nuestra madre y padre dejó. Agradezco a la vida seguir creciendo junto a ustedes.

A mi Profesora Guía Carolina Franch Maggiolo por su filosofía de la sospecha que me enseñó a dudar. Siento una enorme gratitud porque fue quien me invitó a mirar hacia el camino de la sobrevivencia en cuyo horizonte pude reconocirme, dando un vuelco biográfico que se instaló en esta investigación como una invitación ampliada.

Finalmente, doy las gracias a Noah, Rodrigo, Catalina y Amalia, por su participación solidaria en este trabajo, por esas vivencias narradas de manera tan amistosa y cercana. Desde este rincón les miro con la emoción de una existencia compartida, culminando estos agradecimientos con un abrazo grupal.

Gracias por saber que hay un lugar donde llegar.

## ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN .....	7
II. LOS TRANSEXUALES MASCULINOS NACEN POR LA VAGINA .....	10
II.1 Los límites de lo normal .....	10
II.2 Vía médico-legal: Biopolítica de la transexualidad en Chile .....	17
II.3 Lucha por la despatologización: La teoría encarnada del movimiento social .....	22
III. ME DICEN PREGUNTAS MÍAS PROPIAS .....	26
IV. OBJETIVOS .....	29
V. TODA CONFIGURACIÓN DEL YO ES METODOLOGÍA .....	30
V.1 “Relato de Sobrevivencia” .....	32
V.2 Presentación de quienes acudieron a esta invitación .....	34
V.3 La co-construcción de la experiencia biográfica .....	37
V.4 Sin desvestirlos y sin fotografiar sus genitales: así de ético .....	39
VI. TEORÍAS DE LA DESMANTELACIÓN DE LA VIOLENCIA .....	41
VI.1 El bisturí de la cultura .....	42
VI.2 El cuerpo generizado .....	46
VI.3 La transexualidad como un sexo no-biológico .....	47
VII. NACER EN LA SOCIEDAD EQUIVOCADA .....	52
VII.A- Relato de Amalia .....	52
VII.B- Relato Catalina .....	60
VII.C- Relato Noah .....	68
VII.D- Relato Rodrigo .....	78
VII.1 LA DES-ABYECCIÓN .....	91
VII.1.1 La ininteligibilidad de la disforia .....	91
VII.1.2 El malestar profundo de la disforia .....	96
VII.1.3 Las perspectivas del deseo o de la vida .....	103
VII.2 EL ESTIGMA DE LA TRANSEXUALIDAD .....	114
VII.2.1 Una vida vivible .....	114
VII.2.2 Eso me gustaría que dijeras: eres persona .....	118
VII.2.3 En situación de disforia .....	128
VIII. UN CIERRE ABIERTO .....	130
VIII.1 Identidades migrantes .....	130
VIII.2 Auto-migración y nuevas rutas .....	134
IX. BIBLIOGRAFÍA .....	139
X. ANEXOS .....	144

ANEXO 1.....	144
ANEXO 2.....	145
ANEXO 3.....	146

## I. INTRODUCCIÓN

La siguiente tesis busca visibilizar la experiencia de vivir con disforia al interior de una sociedad binaria, heteronormada, que castiga y mata a quienes transgreden su orden. *Disforia de género*<sup>1</sup> es la denominación biomédica a lo que se ha considerado un trastorno del desarrollo sexual, definida como la insatisfacción afectiva/cognitiva de un sujeto con el género asignado; un *género inconformista* ante la verdad profunda de ser hombre o mujer según sus coherentes gónadas sexuales.

En esta investigación han participado compartiendo sus experiencias de vida cuatro mujeres biológicas cuya experiencia corporal tiene consonancia con la transexualidad. Esta se ha caracterizado como “disforia extrema”, generalmente confundida con el travestismo<sup>2</sup>. He utilizado este concepto -disculpándome por no poseer otro más certero- específicamente para referirme al malestar que produce la clasificación del sexo natal: “mujer”, que los obliga a una angustiosa socialización en el género femenino.

Comúnmente la transexualidad ha sido identificada con la certeza de vivir en un “cuerpo equivocado” y la necesidad de realizar una transición sexual, en estos casos sería el paso de mujer a hombre (MaH). Este trabajo pone en tensión la simplificación del concepto, abriendo el variado abanico de posibilidades que tuvieron en cuenta las personas que acompañaron este proceso, presentando las diferentes decisiones que tomaron a fin de adecuar su malestar disfórico, su dolor, las dudas, y la resignificación de su cuerpo.

---

<sup>1</sup> Disforia de género aparece en el DSM-V (Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales del American Psychiatric Association) bajo la categoría de trastorno sexual. Los trastornos del desarrollo sexual denotan desviaciones somáticas de la normalidad innatas al aparato reproductor y/o discrepancias entre los indicadores biológicos de varón y mujer. Se expresa como un género atípico, referido a los rasgos somáticos o a las conductas que no son típicas (en un sentido estadístico) de los sujetos con el mismo género asignado en una sociedad y una época histórica dadas; para la conducta, un término descriptivo alternativo es el de *género inconformista*.

La disforia de género hace referencia al malestar que puede acompañar a la incongruencia entre el género experimentado o expresado por un sujeto y el género asignado. Aunque no todos los sujetos presentarán malestar como consecuencia de tal incongruencia, muchos presentan malestar si no pueden acceder a las intervenciones físicas mediante hormonas y/o cirugía deseadas por el sujeto.

<sup>2</sup> El DSM-V diferencia el travestismo de la transexualidad, entendiéndolo que el primero, se caracteriza por una conducta donde vestirse con ropa del otro sexo genera excitación, sin que se cuestione el sexo primario, aunque puede también expresarse como disforia de género.

Al igual que con la definición diagnóstica de la transexualidad, hemos observamos que estas definiciones están muy por debajo de ser certeras, lo que damos cuenta en el Marco Conceptual de esta Memoria.

Entendiendo que la transexualidad tiene un origen previo a la reasignación sexual, y que esta además no siempre es requerida, convoqué la participación de personas con disforia que hasta la actualidad habían decidido no realizar un cambio corporal de reasignación sexual, y dos personas que sí habían decidido hacerlo, a fin de dar cuenta de las múltiples maneras de vivir la transexualidad.

En todo este proceso no he tenido la oportunidad de leer una investigación que ahonde en el tema de la disforia de personas que no deseen operarse, este fue el gran reto de mi memoria, poder conversar con personas como yo; mirar, hablar, compartir, por primera vez, con estos seres abyectos que cruzamos el mundo restringidos a ser lo que no somos, a presentarnos como mujeres por el sólo hecho de tener vagina; la enorme vergüenza que produce no ser parte de esa supuesta mayoría que es la gente normal, la angustia de saberlo, el temor de decirlo, esa cosa terrible de no saber qué hacer con esto que “no lleva un nombre”.

En este sentido, he vivido la teoría feminista como una liberación a un estado que hace sólo un par de años me llevó a un intento de suicidio, que lamento profundamente, no sea un hecho aislado a quienes vivimos siendo socialmente deshumanizados. La teoría Queer, las lecturas de Michael Foucault y Judith Butler entre otras, me mostraron que existe un lugar en el mundo donde soy un ser posible, devolviéndome la categoría de humanidad que el binarismo de género nos ha quitado, a mí y probablemente a gran parte de la sociedad que experimenta este paso. Esta teoría encarnada, que se posiciona desde el activismo feminista, es la estructura en la que se enmarca esta investigación.

El objetivo central de esta Memoria es dar a conocer nuestras vivencias. Ahora bien, pese a que me reconozco como transexual masculino, he preferido no exponer mi relato de vida buscando que quienes me acompañaron tengan un espacio protagónico, que hablen lo más fuerte y lo más claro que este método permite. Probablemente existen formatos mucho más pertinentes, sin embargo, considero que dentro de esta lucha todos los espacios deben ser un sitio de resistencia, y mi Memoria de Antropología no podía dejar de serlo. Aquí he procurado que nos *hablemos*, que nos *narremos*, que hagamos una toma en este lugar que suele sernos tan ajeno.

Tras el análisis de estos relatos doy cuenta de que la vivencia de la disforia de género es ante todo la *vivencia de la abyección*. En el periodo de la infancia esto se traduce en la

imposibilidad de reconocerse dentro de las identidades normativas del sistema sexo-género: Mujer-femenina-heterosexual u hombre-masculino-heterosexual, concibiéndose más bien como no-mujeres, o como *nada*. La resistencia ante la socialización femenina acarrea una serie de castigos sociales, existencia angustiosa que se agrava con la aparición de los caracteres secundarios, al ser significados como cambios involuntarios que certifican su pertenencia a un sexo que no les identifica.

El concepto *transexualidad* disminuye la ansiedad al descubrir que es una experiencia compartida con otras personas, y que existen posibilidades de adecuación. Las decisiones son diversas, pero todos concuerdan en que pese a las adecuaciones el malestar disfórico es algo que perdura. El dolor de la disforia es el dolor de vivir en una sociedad binaria; a esto le he denominado “situación de disforia”, comprendiendo que esta condición es resultado de la introyección de un ordenamiento social perverso para quienes no se conciben dentro de su restringido marco de referencias otorgadas por la hegemonía del sistema sexo-genérico (Rubin, 1986).

Destaco la importancia de la autocrítica respecto de mi propia matriz cultural y mis limitaciones al momento de pensar fuera del binarismo de género. Desde este punto denuncio la discriminación, desde las ciencias sociales hasta la escena pública, al momento de dar a conocer este tema, resaltando el significativo rol que han tenido las organizaciones transexuales, informando y acompañando a las personas con disforia de género.

Finalmente, concluyo que la investigación y la educación, son áreas potenciales en la transformación social, que pueden aportar al resguardo de los Derechos Humanos que nos han sido negados, contribuyendo a hacer de nuestras vidas *algo más digno de ser vivido*.

## II. LOS TRANSEXUALES MASCULINOS NACEN POR LA VAGINA

“Me revelo tocando mi cuerpo  
Siento una gran pena sobre mí  
Yo no soy quien yo soy”  
(Poema V. Mara Rita)

### II.1 Los límites de lo normal

Una de las primeras interrogantes que suscita la transexualidad es el “por qué”, por qué una persona asignada biológicamente mujer podría diferir de su sexo, es que acaso ¿no todo cuerpo asignado como mujer expresa un ser *mujer*? ¿No todo cuerpo asignado como hombre expresa un ser *hombre*? Este cuestionamiento nos traslada a preguntas aún más concretas: ¿Cuál es la norma? ¿Quiénes son la norma?

Diferentes enfoques han buscado dar respuesta a una situación que se considera “anormal”; desde la medicina se analiza la herencia genética (Benjamín, 1953; DSM-V), el posible género del cerebro (Cauldwell, 1950), la historia biográfica (Stoller, 1968), etc. Según Verbal (2012) las identidades trans<sup>3</sup> y la “diversidad sexual” (eufemismo de no ser heterosexual) han caído en el paradigma de la enfermedad sustentado en la dualidad aclamada por el binarismo genérico y que construye una oposición normalidad-anormalidad.

Foucault (1976), estudiando la historia de la sexualidad, expone que las divisiones actuales de lo que concebimos, por ejemplo, como un cuerpo normal y uno “discapacitado”, una sexualidad normal y otra “diversa”, y nuestros comportamientos asociados, tienen un origen histórico rastreable. La concepción dualista del cuerpo en el mundo occidental tiene precedentes en el 400 A.C. cuando Hipócrates y sus seguidores introducen una base racional en la práctica médica, a través de la percepción de la enfermedad como un hecho observable, dejando a un lado el pensamiento mágico-religioso sobre el cuerpo humano. Sin embargo, sólo en el siglo XVI se comienzan a producir las bases filosóficas e históricas que permiten el emplazamiento de una visión dualista del mundo, y, por tanto, del cuerpo (Le Breton, 1995).

---

<sup>3</sup> Esta denominación, abarca variadas realidades, haciendo referencia, a todas aquellas personas que viven una identidad de género no-normativa. Entre estas se consideran las/os: transexuales, transgénero, travestis, intersexuales (Verbal, 2012).

Partiendo desde la Edad Clásica, Foucault (1976) construye una línea temporal entendida desde la prohibición y el control, resaltando el S. XVII como la edad de la represión, coincidente con el desarrollo del *capitalismo*, la *biomedicina* y de un nuevo *ordenamiento político*. La tradición filosófica occidental, especialmente el dualismo cartesiano, cimienta el orden binario que se va instalando con el avance de la modernidad. La comprensión del mundo establece una manera dicotómica de interpretar la realidad, que permeó tanto a las sociedades de esa época como a todas las ciencias y disciplinas del conocimiento occidental (Fischer, 2003). De este modo la cultura adquiere un dominio diferenciado de la naturaleza, que será justamente el lugar de los cuerpos, de los cuales sólo se naturalizan dos sexos: mujer y hombre (Rubin, 1989).

La medicina va profundizando su campo de estudio en la experiencia humana: descubre, describe, analiza, clasifica y transita la edad moderna resignificando ciertos comportamientos y características físicas como problemas médicos (Foucault, 1976). Adjudicándose la verdad sobre los cuerpos demarca los límites de lo normal diferenciando patologías, enfermedades y trastornos. De este modo las/os “anormales” nacen como una verdad médica que estipuló ciertos criterios para patologizar la ambigüedad. Le Breton (1995) afirma que, al momento de establecer esta división, la medicina apostó al cuerpo, especializándose más en curar una enfermedad que a un sujeto enfermo, ajena a las repercusiones sociales para los seres patologizados.

Tras ser legitimado el discurso biomédico, la medicina pasa a ser una de las instituciones más importantes de la modernidad, en alianza con la Estatal, la Eclesiástica, y la Económica. En asociación con las élites de los Estados europeos los médicos desarrollaron estrategias corporativas asegurando así el monopolio sobre la atención de la salud (Tena, 2013). Estos fueron favorecidos por los Estados que tenían un sistema capitalista emergente para quienes la salud se tornó centro de preocupación dada su necesidad de la fuerza productiva y de trabajo, administrando la vida en términos técnicos de población, salud e interés nacional. Así, la medicina pasa a ser una estrategia biopolítica para el control de los cuerpos (Foucault, 1974), poder que en su inicio histórico es afianzado más por su oficialidad que por su eficacia.

Un claro ejemplo de la patologización arbitraria de los cuerpos catalogados como anormales por la biomedicina, es su juicio del cuerpo *intersexual*, es decir, cuerpos biológicos cuya

fisiología de las gónadas sexuales fueron catalogadas de “inciertas”. A medida que la nueva episteme se instala como verdad médica, el cuerpo comienza a ser *forzado*, se restringe su expresión a dos sexos permitidos, exigiendo un *sexo verdadero* y una única *expresión de género*, que determinaba a toda mujer como femenina y a todo hombre como masculino.

Estas “teorías de la sexualidad, las concepciones jurídicas del individuo, las formas de control administrativo en los Estados Modernos (...) [implicaron] la restricción del derecho a decidir de los individuos inciertos. A partir de entonces, se tendrá un solo sexo para cada uno. A cada uno su identidad sexual, primera, profunda, determinada, y determinante”. (Foucault, 1983, p.2)

Para entender las implicancias de estas restricciones Foucault (1983) analiza la autobiografía de Herculine Barbin, un intersexual que nace en Francia el año 1838, asignada como mujer. Barbin escribe sus memorias en pleno desarrollo de lo que sería entre 1860-1870 la instauración del concepto de “sexo verdadero”. Entregado a este desafío el sistema médico-jurídico se da a la tarea de encontrar en “la conciencia profunda” de los individuos su sexo verdadero, ordenando clínicamente el cuerpo intersexual. Con este fin se buscó establecer los criterios del informe médico que respaldaría el fallo sobre la modificación del sexo en el registro civil. En su biografía, Barbin da cuenta de la violencia de estas instituciones: primero de la Iglesia que castigó su sexualidad “lésbica”, y luego del aparato biomédico. A éste recurrió por dolencias corporales, donde fueron examinadas las “anomalías” de sus caracteres secundarios, obligándola/o a revelar pormenores de su historia, desnudando también su cuerpo expuesta/o a una serie de exámenes vejatorios centrados en su genitalidad. Tras esto el “testimonio médico” -sin detenerse en su voluntad y aún menos en sus repercusiones sociales- la/o dirige a un juicio legal donde se dictamina que debe ser “corregido” en el registro civil, de este modo pasa a ser Abel Barbin.

El descubrimiento científico de su “sexo verdadero” significó para Abel la discriminación, violencia y desprecio social, sumiéndola/o en la marginación y la miseria. Siendo impedida/o de adaptarse a su nueva identidad, señala en sus memorias: ¡la muerte constituirá para mí la hora de la liberación! Finalmente, se suicida a la edad de 30 años.

Serán los estudiosos de la intersexualidad quienes a fines de los años 40’ utilicen y socialicen la categoría de *género* en el discurso biomédico. El psicólogo y sexólogo neozelandés John

Money utilizó este concepto por primera vez en su tesis de doctorado de 1947; en ella desarrolló una nueva perspectiva de análisis sobre las conductas femeninas y masculinas instalando el concepto de *género* cultural en oposición al hecho biológico del *sexo*. Afirmando que el género es aprendido, Money avaló la modificación quirúrgica del sexo en infantes intersexuales, situación que históricamente ha derivado en una serie de errores al asignarles tempranamente un sexo con el que a mayor edad no se identifican.

Nuevos estudios y avances tecnológicos como la instauración del uso clínico de las moléculas hormonales por el endocrinólogo Harry Benjamin, marcaron la aparición del término *transexualidad*, que había sido acuñado en 1950 por el médico cirujano David Cauldwell para definir la condición de aquellos individuos que físicamente pertenecen a un sexo, pero son *psicológicamente* del sexo contrario (MOVILH, 2007). Tres años después, Benjamin introduce el término en la literatura profesional definiendo la transexualidad como una *disconformidad de género* relacionada con la intersexualidad, pero que no se expresaba directamente en los órganos sexuales, dado que el sexo indicado por el fenotipo y el genotipo era opuesto al sexo morfológico del cerebro (Saro, 2009). Este componente biologicista que avalaba la genitalidad como marcador, limitó la comprensión de la transexualidad al proceso de *reasignación anatómico*, utilizando la frase “cambio de sexo” como el motor de investigación (Tarasco, 2008. Citado en Ancapán, 2014).

Según Serret (2009) el empleo de un término específico para describir este malestar es un signo de que ya para ese entonces el mundo científico había generado y difundido la noción de cambio de sexo como una posibilidad. Efectivamente hacia el año 1931 (alrededor de 20 años antes del artículo de Benjamin) en Alemania se había realizado la primera intervención quirúrgica de cambio de sexo de la que se tiene registro. Lili Elbe - hombre biológico- expuso su cuerpo a la experimentación médica, falleciendo en un intento pionero de creación de vagina, o vaginoplastia. Será Christine Jorgensen operada en Dinamarca quien tras una serie de intervenciones entre 1951 y 1954, alcance notoriedad mundial como un caso exitoso de cambio corporal de hombre a mujer (HaM). La publicidad de este logro dio a conocer tanto a la comunidad científica como a la sociedad en general el problema que aquejaba a parte de la población y los resultados positivos que habían alcanzado estos procedimientos

quirúrgicos. Tena (2013) evidencia que la socialización de esta información generó un aumento exponencial de solicitudes de hormonación e intervención clínica.

Por otra parte, el primer caso de una mujer biológica que hormonó su cuerpo fue Michael Dillon, un doctor británico que desde su propio conocimiento de la medicina contribuyó al desarrollo de avances médicos en las modificaciones corporales para la transexualidad masculina. En 1939 comienza a masculinizar su cuerpo mediante el consumo de testosterona, realizándose al tercer año una doble mastectomía. A comienzos de 1946 pasó por una docena de operaciones para construirse un pene (faloplastía) siendo el primer registro de una cirugía genital de mujer a hombre (MaH) realizada a una persona no-intersexual (Kennedy, 2007. En Beemyn, 2011). En la medida que se conocen más casos las hipótesis respecto a esta “patología” comienzan a proliferar, abriendo el debate sobre cuándo se debe o no realizar la cirugía. Como respuesta el mismo Michael Dillon escribe en su autobiografía "Dillon: un estudio en Endocrinología y Ética" (1946): "Cuando la mente no puede ser hecha a la medida del cuerpo, debe ser el cuerpo hecho a la medida, aproximadamente, en todo caso, a la mente" (citado por Valdeón, 2000, p.5).

Veintidós años después en 1968 Robert Stoller, médico psiquiatra de EEUU será el primero en utilizar el concepto de *género* aplicado a la transexualidad. Según Lamas (2012), Stoller retomará la tesis de Money sobre el género pero a partir de su formación psicoanalítica, desarrollando el concepto de *identidad de género* para analizar el desarrollo de la feminidad y la masculinidad.

En su texto “Sex and Gender” (1968) concluye que *“uno puede hablar del sexo masculino o del sexo femenino, pero también se puede hablar de la masculinidad y la feminidad y no estar aludiendo necesariamente a nada de anatomía o fisiología (...) Lo que determina el comportamiento de género de esas criaturas no es su sexo biológico sino las experiencias vitales después de su nacimiento, un proceso muy complicado que empieza con el etiquetamiento autorizado de la criatura por la sociedad como macho o hembra”* (Stoller, 1968:366-367).

De este modo en la categoría género se articularían tres instancias básicas: asignación, identidad y rol de género. En el caso de la transexualidad el sexo asignado no tendría

coherencia con la identidad y el rol de género que la persona desea desempeñar en la sociedad.

Tras décadas de estudios y especialización en los tratamientos, las explicaciones causales de la transexualidad en torno a la vía clínica que debían seguir se bate entre dos posturas principales, una de ellas es la de los médicos-cirujanos quienes sostenían que el “problema” estaba en el *cuerpo*, y la segunda, la de los médicos-psiquiatras que consideraban que el tratamiento debía dirigirse a la *mente*, disponiendo como medida el psicoanálisis. El punto de tensión de este debate disciplinar consistió en cuál debía ser la distinción del tratamiento entre intersexuales y transexuales, concretamente, cuándo era ética la intervención quirúrgica. Representantes emblemáticos de esta disputa son justamente John Money y Robert Stoller (Lamas, 2012).

Con esta disputa como telón de fondo se vuelve esclarecedor el primer estudio desde las ciencias sociales hacia un tema monopolizado por la biomedicina, el que fue realizado por el sociólogo Garfinkel a Agnes, uno de los pacientes más emblemáticos de Stoller. Ambos junto al psicólogo Rosen, conformaron un equipo que estudiaba la intersexualidad y la disforia de género en la Universidad de California. El caso en cuestión se da el año 1958 cuando un hombre biológico identificada como Agnes a los 19 años se *hizo pasar* por mujer en la clínica para solicitar una vaginoplastía que corrigiera su supuesta intersexualidad de nacimiento, ocultando que se automedicaba con hormonas femeninas. Garfinkel (1967) testifica que como parte del procedimiento médico realizaron un informe donde se expone la vida privada de Agnes y una descripción detallada de su cuerpo. Con respecto a su vida se asegura que ella vive en un rol femenino reconocido socialmente, trabajando como secretaria en una compañía de seguros. En cuanto a su cuerpo se señala:

Tiene un aspecto femenino convincente. Es alta, fina y de formas femeninas [...] tiene genitales masculinos y un pene de desarrollo normal, así como caracteres secundarios del sexo femenino: busto mediano; no desarrolló vello en el rostro ni en el cuerpo [...] tiene un tono de voz agudo, no usa la vestimenta exhibicionista y de mal gusto que caracteriza a travestis y a hombres con problemas de identificación sexual. (Preciado, 2008, p.15).

En esta línea Preciado distingue que el diagnóstico de género realizado a Agnes constata su “normalidad” considerando: raza (blanca), clase (trabaja) y sexualidad (no es homosexual).

En 1959 Garfinkel llevó a cabo una serie de entrevistas en las cuales analizó estas prácticas de Agnes, centrándose principalmente en la adecuación de su *expresión e identidad de género* para ser tratada como una mujer. Según el sociólogo, este *pasar por* consiste en:

El trabajo de lograr y asegurar sus derechos a vivir en el estatus de sexo elegido al mismo tiempo que se toman precauciones ante la posibilidad de detección y ruina promovida dentro de las condiciones sociales estructuradas en las cuales se lleva a cabo este trabajo. (citado en Lamas, 2012, p.31).

Para Soley-Beltrán (2009) dichas precauciones de Agnes por pertenecer a un género y rol femenino coherente, dan cuenta de la normativa social. Su esfuerzo por parecer, y ser tratada como una mujer común revelaron aquellas reglas compartidas y vigiladas socialmente, teniendo clara visión de qué características corporales y conductuales devienen en mujeres y hombres normales en el imaginario social. De este modo ella comprende que no sólo se requiere cierto comportamiento sino también un cuerpo sexual particular, hecho que Garfinkel (1967) sintetiza en el concepto de *genitales culturales* como una adaptación del propio cuerpo a fin de sustentar ciertas suposiciones de lo que “debería tener” un sujeto verdaderamente hombre o verdaderamente mujer.

Este “pasar por” es leído como un engaño repudiable, antinatural e inmoral, por quienes se consideran parte del *estatus sexuado normal*. Ante esta postura Agnes defiende que recibir el tratamiento para ser vista y tratada como una mujer “normal-natural” debía manifestarse como una posibilidad moral (Soley-Beltrán, 2009). En este sentido, Agnes al igual que Dillon, hace patente que la vía ética en el tratamiento de la transexualidad debe asegurar la posibilidad de estas personas para llevar a cabo las cirugías requeridas.

Preciado (2008) compara la biografía de Abel Barbin y la de Agnes, señalando que en el último caso el discurso médico-legal represivo, normalizador del cuerpo y la sexualidad, se consolida respaldado por su progreso tecnológico:

Transformado en empresa de salud pública, tiene ahora una nueva sofisticación endocrinológica y quirúrgica para realizar de manera más eficaz lo que la medicina de Barbin había soñado: restablecer la relación original entre sexo, género y sexualidad; hacer del cuerpo una inscripción legible y referencial de la verdad del sexo. (Preciado, 2008: 17-18).

Pese a las discusiones médicas, las intervenciones quirúrgicas y su teorización del cuerpo, la biomedicina aún no resolvía cuales serían sus criterios diagnósticos. Según Tena (2013) la consagración académica del fenómeno transexual como problema identitario se produce cuando queda incluido en la Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE, 1975). Ahora bien, dos años antes la transexualidad había sido identificada por Norman Fisk con el término *Disforia de Género*, es decir:

Un deseo de vivir y ser aceptado como miembro del sexo opuesto, usualmente acompañado por una sensación de incomodidad o inadecuación del propio sexo anatómico, y un deseo de recibir cirugía y tratamiento hormonal para hacer al propio cuerpo tan congruente como sea posible con el sexo preferido. (International Classification of Diseases 10, 1994, p.220)

Esta visión patologizante y restringida de la transexualidad también es sustentada por el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales DSM-III en 1980, DSM – IV en 2005, y el DSM – V en 2014.

## II.2 Vía médico-legal: Biopolítica de la transexualidad en Chile

Para comprender el paradigma bajo el cual se atienden en el sistema de salud las personas transexuales que deciden realizar alguna modificación corporal, debemos primeramente estudiar el DSM-V que es el que rige actualmente los procedimientos biomédicos a nivel internacional.

Siendo los límites de lo normal la heteronormatividad: mujer-femenina-heterosexual, y el cuerpo hombre-masculino-heterosexual como se esbozó en la introducción. El tránsito de estos sujetos por el sistema médico legal es un recorrido por la normalización de sus cuerpos y sexualidades a fin de que tengan cabida en una de las dos identidades permitidas. El DSM-V supone que la asignación binaria como mujer u hombre produce el “género natal”, el cual sería rechazado por las personas con disforia, esto es denominado como el “género inconformista” o “género atípico” (desde un punto de vista estadístico) definido desde los rasgos somáticos o conductas que no son típicas de los sujetos con el mismo género asignado en una sociedad y una época histórica dadas.

El DSM-V precisa que “la disforia de género, como término descriptivo general, se refiere a la insatisfacción afectiva/cognitiva de un sujeto con el género asignado” (DSM-V. Disforia de Género, p.451.). Dicha insatisfacción daría lugar a un espectro de posibilidades que serían las identidades trans, donde la transexualidad se distinguiría por denotar a un sujeto que busca o ha experimentado “una transición social de hombre a mujer o de mujer a hombre, lo que en muchos casos, pero no en todos, también conlleva una transición somática mediante un tratamiento continuo con hormonas del sexo opuesto y cirugía genital (cirugía de reasignación sexual)” (Ibídem.).

De este modo, pese a que el DSM-V sigue observando la transexualidad como una patología psiquiátrica, da cabida a la idea de que este malestar es extra-individual, donde su inadecuación no se debería a un trastorno mental como establecía el DSM-IV, sino más bien a una incomodidad con la asignación de sexo que puede devenir en un cambio corporal, o no, y que tiene repercusiones en su desarrollo en sociedad. Pese a los avances al menos discursivos respecto al DSM anterior, sus criterios continúan amparando una experiencia binaria de la vivencia corporal, presentando como posibles antecedentes de la transexualidad: tener un deseo poderoso de ser del otro sexo, optar a una edad temprana por la ropa y juegos del sexo opuesto, deseo de poseer los caracteres primarios y secundarios del otro sexo, un fuerte deseo de ser tratado como el otro sexo, convicción de tener sentimientos y reacciones típicos del otro sexo, preferencia sexual por sujetos de su sexo de nacimiento (ser heterosexuales), entre otras.

El documento también da cuenta de que la disforia de género, junto con la “expresión atípica del sexo”, se asocia a altos niveles de estigmatización, discriminación y victimización, lo que provocaría una baja significativa de autoestima, siendo proclives a “trastornos mentales”, presentando antes de la reasignación de sexo un riesgo aumentado de ideación suicida<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> “Por otra parte, los estudios revisados coinciden en señalar que la suicidabilidad es un problema mayor en la población LGBT, presentando elevados índices de ideación e intento suicida. En conjunto, los estudios refieren en sus antecedentes tasas de intento de suicidio de entre 20 a 53% para jóvenes LGB (e.g. O’Donnell et al., 2011) y de entre 23 a 47% para el caso de jóvenes trans (e.g. Testa et al., 2012). En términos comparativos, se señala que la probabilidad de ideación e intentos de suicidio es de hasta siete veces mayor entre jóvenes LGBT que entre sus contrapartes heterosexuales (e.g. Diamond, 2013)” (Tomicic, et al, 2016:730). Respecto de estos resultados es importante señalar que siendo la transexualidad una categoría de sexo, se atiende a los mismos índices de suicidabilidad que las sexualidades LGB. Debemos tener presente la multiplicidad de las violencias de género, en tanto ser transexual-heterosexual, o ser transexual-homosexual, son condiciones diferentes en cuanto a su vulnerabilidad social.

(Tomicic, et al, 2016), condición que *podría* (no se da por sentado) disminuir después de las operaciones. Esta situación conlleva una serie de riesgos sociales, como el abandono escolar o el desempleo, con más agravantes en los sujetos de entornos con “pocos recursos familiares”<sup>5</sup>. A esto se suma que el acceso de estas personas a los servicios de salud médica y psicológica, “puede verse impedido por barreras estructurales, como el desagrado institucional o la inexperiencia para trabajar con pacientes de esta población” (DSM-V. Disforia de Género, p.451).

Esta incompetencia institucional ha alimentado las condiciones de riesgo de las personas transexuales. Centrándonos particularmente en el caso de Chile, la población transexual que desea recibir modificaciones corporales debe atenerse a una engorrosa, y en ocasiones, económicamente inasequible vía médico-legal para tener la identidad de género que requieren, situación que ha derivado en la automedicación de hormonas y prácticas de ocultamiento corporal dañinas para su salud. Nosedá (2012) explica que en la población transexual existiría un rechazo cada vez más sentido hacia los profesionales de la salud, que se han encargado de juzgar si una transexualidad es o no “auténtica”, responsabilizándolos de su dolor por no acceder a las cirugías con prontitud, o de vivir en la extrema pobreza.

La marginalidad, observa Butler (2007) sería uno de los castigos de la ciencia a estos cuerpos que ponen en peligro la dualidad de género, exigiendo la reasignación sexual; obligación que no se condice con su apertura a la realización de tal normalización. Como hemos señalado la ciencia selecciona bajo ciertos criterios quiénes pueden optar a tal “corrección”, prolongando en un tiempo indefinido el estado marginal de los individuos que rechaza, imposibilidad que se afianza con el sistema legal, que no les permite optar a un carnet de identidad coherente con su expresión de género, cerrando así el “Círculo Trans”. Esta expresión alude a un círculo vicioso, donde para optar a las modificaciones corporales que les solicitan los jueces antes del cambio de su sexo legal, deben poseer recursos económicos que dificultosamente obtienen puesto que sin sus documentos las/os empleadoras/es no realizan un contrato legal, pudiendo optar sólo a trabajos precarios que hacen inviable su capacidad de ahorro,

---

<sup>5</sup> Ignoro si este eufemismo refiere sólo a una situación de pobreza o vincula también el factor de redes familiares, sin embargo, es un elemento que se debe tener en cuenta al evaluar los factores de riesgo en torno a la transexualidad.

perpetuando así una condición de alta vulnerabilidad social, que ha incitado la entrada de estas personas al comercio sexual. Verbal (2012) señala que el Círculo Trans es una representación gráfica de la arbitrariedad de una biopolítica sexual como una posibilidad de ordenamiento de las sexualidades y los cuerpos<sup>6</sup>.

Actualmente en Chile si bien es posible realizar este “tránsito” la burocracia es el castigo estatal a estas personas, quienes se ven obligadas/os a circular por más de un año sólo en la tramitación de su cambio de sexo legal, debiendo exponerse a una discriminación sistemática por parte de estas instituciones (Pacheco y Silva, 2015). Acciones disciplinarias de conocimiento común que han tenido el cariz de amenaza a quienes ven esta vía como una opción, lo que da cuenta del estigma social de la transexualidad (Butler, 2006).

Esto queda gráficamente expresado si sumamos que, todo procedimiento clínico se restringe a lo ya sintetizado del DSM-V limitándose a los criterios diagnósticos allí expuestos, por este motivo antes de ser “normalizadas/os” legalmente, los jueces solicitan –entre otras cosas- el pase psiquiátrico, por lo que las/os transexuales deben recurrir a una atención psicológica y psiquiátrica que tras dos años de tratamiento certifique que presentan “Disforia de Género” (Nosedá, 2012).

En Chile desde el primer caso conocido en abril de 1973, las cirugías no han estado a la par de los procedimientos legales, más grave aún, no existiendo una vía institucional que respalde estos procedimientos, las personas transexuales han sido víctimas de la voluntad arbitraria de médicos y jueces, funcionamiento que tiene como agravante la desinformación social que ha existido en torno al tema (Barrientos & Llanquilef, 2012).

La primera operación fue realizada a Marcia Torres Mostajo en Santiago por el Doctor Antonio Salas Vieyra. Nace como hombre biológico en Antofagasta, y comienza su hormonación auto medicándose con pastillas anticonceptivas desde el año 1969, enterada por una revista de sexología de la Universidad de Chile sobre la posibilidad que barajaban los doctores de comenzar esta operación en el país, solicita una entrevista a lo que se le responde

---

<sup>6</sup> Cabe recalcar que las variables del Círculo trans no operarían para transexuales de estratos socioeconómicos altos.

que debe exponer su cuerpo completo, explicitando “adelante y atrás”, en una fotografía<sup>7</sup>. Posteriormente es convocada a Santiago donde se analizan los pormenores de su biografía y cuerpo, similar a Agnes, su informe médico registra el “máximo de información” a fin de constatar su “normalidad”. Ante esto la estrategia es idéntica, miente sobre su hormonación por temor a no recibir la operación, y se le cataloga de intersexual.

Al ser Marcia una de las *candidatas* para recibir esta operación con el deseo de ser *seleccionada* se expone a una serie de “solicitudes médicas”, sobre esto señala:

Un día el doctor Cáceres, me propuso si deseaba asistir a una clase magistral que él daría en la universidad, que el tema central era la transexualidad, cosas de sexología y que sé yo que más, la cuestión es que en la clase habrían más de 100 alumnos, que en realidad ya eran alumnos del último año, que todo sería con la seriedad y el respeto que se merecía el cuento. (citada por Gonzáles, 2007, p.7).

Vejámenes que sobrellevó con la esperanza de: “ser libre de una prisión impuesta, ser libre para seguir volando, ser libre de tanto peso y discriminación, ser libre de una captura en un cuerpo equivocado” (Ibídem).

Los motivos del rechazo de la segunda candidata a esta operación son esclarecedores, a diferencia de Marcia que ejercía como peluquera y visitaba las consultas acompañada de su madre, ella ejercía el comercio sexual y “no tenía apoyo familiar”. En el trato de esta segunda candidata se evidencian los ejes de control del aparato médico, donde sexo, clase y sexualidad se vuelven condicionantes tajantes para distinguir a los “anormales”. Los límites del cuerpo son un reflejo de los límites sociales, por lo que no se puede normalizar la vergüenza moral de la prostitución; según Bourdieu (1998) lo que opera bajo tales preceptos es que al doblegar la vigilancia y el control del cuerpo se disuelve parte del orden social.

La biopolítica imperante vuelve obligatoria la modificación corporal completa de los cuerpos disfóricos para optar a su carnet de identidad renovado, donde sexo, nombre y expresión de género sean coherentes. Esta situación tiene como agravante la inexistencia de una Ley de Identidad de Género, por lo que la regla general que siguen los tribunales chilenos es

---

<sup>7</sup> Vejación que hasta la actualidad deben incurrir las personas transexuales cuando los jueces solicitan al Servicio Médico Legal fotografías de sus cuerpos, particularmente de sus genitales, antes de permitir el cambio de sexo legal (Movilh, 2008).

conceder la rectificación de la partida de nacimiento, mismo procedimiento realizado con las personas intersexuales (Verbal, 2012).

En este contexto, la situación actual del país responde a lo que se ha denominado un “sistema judicial sin legislación especial”, avalando la existencia de resoluciones arbitrarias, existiendo una disparidad de criterios del fallo de los tribunales en las rectificaciones de sexo, puesto que no existe una norma expresa que clarifique esta práctica. En consecuencia, los

Tribunales han buscado la solución en los principios generales del derecho por la vía de la interpretación y la integración, lo que ha redundado en que los fallos tengan por fundamento las mismas disposiciones jurídicas tanto para acoger la petición como para desecharla. (Barrientos & Llanquilef, 2012: 228)

Barrientos & Llanquilef (2012) dan cuenta que además de no existir una vía jurídica que atienda particularmente el caso de la Identidad de Género, en los procesos actuales las/os juezas/ces se otorgan atribuciones que violan los derechos constitucionales de esta población, mediante una serie de disposiciones judiciales antojadizas que no tienen asidero legal y que se han vuelto una práctica recurrente. Una de estas prácticas son los exámenes solicitados al Servicio Médico Legal antes de dictar el fallo, principalmente fotografías e informes sobre el desarrollo genital de las/os demandantes. Este requerimiento vejatorio, es además del todo arbitrario, dado que en el caso de la gente que ha pasado por cirugías esto puede ser acreditado mediante sus documentos médicos, y quienes no, aún más absurda es la solicitud del examen ginecológico para dar cuenta de una realidad que la/el propia/o solicitante reconoce o no alega. Un tercer caso es el de las personas que sí desearían pasar por tales cirugías, pero por motivos de salud no pueden responder a esta demanda. En definitiva, la centralidad de la genitalidad vuelve insuficiente cualquier documento, es la fotografía, la observación morbosa y directa del cuerpo la que permite a las/os juezas/ces dictar el “sexo verdadero” reconociendo a estos sujetos su posibilidad de existir bajo el nombre y sexo autodeterminado.

### II.3 Lucha por la despatologización: *La teoría encarnada del movimiento social*

Investigaciones desde las Ciencias Sociales, históricas y filosóficas, sirvieron de insumos a una discusión que se abrió desde los movimientos sociales, en plena lucha por la despatologización de las sexualidades y las identidades trans, hasta ahora violentadas y

marginadas por las normas de una sociedad patriarcal y heteronormativa y legal-medicalizada. En esta *lucha encarnada* se retoman estudios como los de Margaret Mead que al principio del siglo XX ya ponían en cuestión el ordenamiento social binario, abriendo un espacio de investigación en respuesta al paradigma individualista que había guiado la biomedicina. A mediados de siglo como consecuencia de la consolidación del concepto de género para distinguir las diferencias culturales en la asignación de roles, se revaloriza el de *cultura* desde donde se cuestionan y fragmentan las definiciones imperantes de lo natural y antinatural de los cuerpos sexuados. Esta tensión que se consolida a partir de los sesenta es la que otorga y permite estudiar la transexualidad fuera del estricto campo de la medicina (Labrín, 2006).

Uno de los aportes de la antropología en esta desnaturalización o incorporación de la dimensión cultural, fue dar cuenta de la existencia de diversas culturas que no poseían un ordenamiento binario de los sexos y roles sociales. En esta línea, Roscoe (1998) declara que uno de los eventos que más impactó a los conquistadores europeos al introducirse entre los grupos nativos de Norteamérica fue la cultura de los “berdache”, sujetos reconocidos entre los indígenas como personas de doble espíritu, quienes se identificaban con un espíritu femenino y otro masculino dentro de su cuerpo, y cuyos roles tradicionales incluían vestir y realizar las tareas de ambos sexos. Asistiendo a estas categorías etnocéntricas, puesto que los colonizadores sólo admitían dos cuerpos sexuados. Roscoe afirma que no es necesario creer que existan tres o más sexos físicos para que tengan lugar múltiples géneros, puesto que, en un paradigma de género múltiple, los marcadores del sexo son vistos como no menos arbitrarios que las elaboraciones socioculturales del sexo en la forma de identidades de género y roles de género<sup>8</sup>.

Desde el feminismo la disputa en torno a la desnaturalización de los cuerpos permitió socavar el argumento de que la biología dicta la desigualdad, de este modo, “si podía establecerse

---

<sup>8</sup> La cultura de los Berdache, es sólo un ejemplo, según Cardin (1984) se han documentado múltiples culturas donde es posible evidenciar organizaciones y representaciones de género que sobrepasan las categorías binarias de los sexos; dando cuenta de más de 135 culturas indígenas de diferentes partes del mundo, como por ejemplo: Norteamérica (Crow, Chukchee, Innut, Klamath, Cocopa, Zuni, Kamchadal, Koryak), Sudamérica (Mapuche, Guajiras), en Asia (Pardhis, Ihoosais, Xanith, la casta de los Vallabha y los Hijira en la India) y en África (Nandi, Dinka, Nuer, Konso, Amhara, Ottoro, Fanti, Ovimbundu, Tonga, Tanala, Bara, Wolof, Lango, Iteso, Gisu, Sebei, Meru, Bantus, Zulúes, Sarombavy).

que la biología/naturaleza no era lo que determinaba el género/cultura, entonces se desvanecía la noción esencialista del cuerpo «natural» como la causa determinante de las diferencias sociales hombre/mujer” (Soley-Beltrán, 2009, p.16). Se cuestiona la hegemonía del discurso androcéntrico desde el cual la categoría mujer-femenino se construye como un otro inferior, que se expresa en un impedimento u obstaculización de su participación social (Beauvoir, 1954; Heritier, 1996).

Esta desigualdad es amparada por las instituciones, las teóricas lesbo-feministas dan cuenta de la heterosexualidad como una política normativa, evidenciando el régimen político de la heteronormatividad (Rubin, 1989; Wittig, 1992). En esta crítica se instala el movimiento por la diversidad sexual, quienes aún se resistían a la adhesión de las demandas travestis y transexuales, hasta entonces marginadas de los movimientos feministas conservadores para quienes las mujeres trans eran una manifestación del patriarcado, cuya expresión de género las violentaba al realzar los estereotipos sociales.

Tras estas demandas la sociedad logra la despatologización de la homosexualidad, que deja de ser una “enfermedad mental” el año 1973 en el DSM-III, mismo documento que definirá a las identidades trans como “Disforia de Género”. La biomedicina dilata los límites de la sexualidad, al mismo tiempo que agudiza los criterios para definir a las identidades trans ajustándolas a *niveles de disforia*, señalando que la transexualidad tendría un nivel más alto que el travestismo, por ejemplo.

Superando estas tensiones en el discurso del movimiento por la diversidad, Wittig (1992) al afirmar que las lesbianas no son mujeres, crea una antesala que compromete una rama del feminismo con la teoría posmoderna, especialmente con las ideas de Michel Foucault, donde se plantea la necesidad de reexaminar las cuestiones del cuerpo físico y la influencia del discurso en la construcción del sexo (Ortega, 2002). Sosteniendo la *deconstrucción* del género estas teóricas promueven la transgresión completa del sexo/género binario desde el cual se comprendían los cuerpos.

Adoptando el insulto “Queer” con el que se violentaba a las expresiones sexuales y/o de género que no se adscribían a la norma, se resignifica el odio social como una bandera de lucha. Esta expresión del movimiento concibe como ficción los sexos y los géneros distanciándolos de manera categórica del dominio natural, argumentando que tanto el sexo

como el género no se pueden comprender fuera de la cultura, siendo construcciones arbitrarias amparadas por un sistema biopolítico de control y sujeción de los cuerpos (Butler, 2007). En este contexto las identidades trans pasan a tener un lugar protagónico en la ascensión de la *monstruosidad* como un territorio de disputa político.

Por otra parte, Haraway con su “Manifiesto Cyborg” denuncia cómo las identidades son modificadas irreversiblemente por las nuevas tecnologías. Al justificar un estado de hibridez humano-máquina, remueve una serie de órdenes binarios propios de la modernidad. Bajo estas concepciones teóricas las estigmatizadas intervenciones corporales de las identidades trans, no estarían en un dominio distinto a la serie innumerable de tecnologías de modificaciones corporales legalizadas, amparadas y promovidas por la sociedad tecnocapitalista (Preciado, 2008).

Sin embargo, pese a las marchas internacionales, y al activismo en diversos espacios, el DSM-V el año 2014 mantuvo la segregación y exclusión institucional de estas identidades bajo el estigma de “enfermedad”.

### III. ME DICEN PREGUNTAS MÍAS PROPIAS

“...dudamos todos de dudar  
La piedra se cae y rueda torpemente”  
(Poema XXXIV. Mara Rita)

En Chile hacia el año 2002 adoptando el término “transgénero” que había posicionado el movimiento Queer, se hacen públicas las primeras agrupaciones de travestis y transexuales como “Traves Chile”, las cuales nacen en respuesta a los asesinatos de los que eran víctimas y a la impunidad de estos casos, especialmente las mujeres trans que ejercían como trabajadoras sexuales. Tres años después se crea la OTD (Organización de Transexuales por la Dignidad de la Diversidad<sup>9</sup>) donde adquiere mayor visibilización la transexualidad masculina, sobre todo el año 2006 cuando uno de sus dirigentes, Andrés Rivera, se convierte en un caso público de cambio de nombre y sexo ante tribunales (Ancapán, 2014).

Aunque el desarrollo teórico y tecnológico ha alcanzado una mayor especialización y profundidad en el tema, la disputa del movimiento trans continúa siendo resistida. A 43 años de la primera operación de modificación corporal conocida en Chile, aún no existe una Ley de Identidad de Género que regularice la vía médico-jurídica en lo que respecta a las cirugías y al pase para el cambio de nombre y sexo legal.

Por otra parte, a pesar de que la despatologización es una lucha sentida desde el movimiento trans, no está exenta de discusión. A diferencia de la despatologización de la diversidad sexual, que no habría dejado potencialmente a estas personas fuera del servicio de salud, hay quienes argumentan la necesidad de esta categoría diagnóstica puesto que su desaparición conllevaría una eventual merma en el sistema médico-legal, abriendo la posibilidad a que “las autoridades de salud, los centros clínicos privados y las compañías de seguros, se nieguen a reconocer las prestaciones de salud atinentes a la transición” (Adrián, 2013, p.62) agudizando la vulnerabilidad de esta población.

La respuesta a esta encrucijada se debate en Organismos Internacionales de protección de Derechos Humanos, donde instituciones como la ONU o la OEA han reconocido que la patologización es una manera de propiciar la desigualdad en los derechos.

---

<sup>9</sup> Actualmente: “Organizando Trans Diversidades” (OTD)

En el escenario de esta discusión, es que diversos espacios sociales y académicos dan cuenta de una necesidad urgente de investigación en este tema que en conjunto con el trabajo social y la educación contribuyan a mejorar la calidad de vida de las personas trans. El Informe temático de Thomas Hammarberg, Consejo de Europa, Comisario de Derechos Humanos (2010) afirma que la falta de estudios y datos de investigación relacionados con la situación de derechos humanos de personas trans debe entenderse en el contexto de la hasta ahora dominante perspectiva médico-psicológica. Por esta razón, la recomendación N° 12 del informe incluye el desarrollo de proyectos de investigación sobre la situación de las personas trans. La falta de datos a la que hace alusión el documento también se evidencia en Chile, que no posee cifras ni estadísticas concretas y oficiales sobre la población transexual residente en este país.

Según el MOVILH no existen estudios respecto al número de personas transexuales en el mundo, aunque la cifra más habitual que se maneja es la proporcionada por el gobierno holandés<sup>10</sup>, donde se estima que por cada 11 mil 900 mujeres existe una mujer transexual, mientras que por cada 30 mil 400 hombres uno es transexual masculino. De acuerdo a esta proporción en Chile habría alrededor de 291 hombres transexuales y 764 mujeres transexuales, número poco significativo en tanto el gobierno holandés basa sus antecedentes en personas que han recurrido a algún tipo de asesoría médica, práctica que por diversos motivos no realiza la universalidad de personas con disforia de género.

Reportes nacionales señalan que se realizan entre 12 y 15 intervenciones quirúrgicas de adecuación genital por año (DIPRECE, 2010) principalmente de mujeres transexuales, siendo la población de transexuales masculinos significativamente menor, encontrándose en la proporción de una por cada tres o cuatro hombres que solicitan estas cirugías (Riquelme, 2010). Esta desproporción tiene una correlación directa con la invisibilización de estos sujetos, existiendo actualmente un número considerablemente mayor de investigaciones sobre la transexualidad femenina.

Reproduciendo el enfoque biomédico la mayor parte de los estudios en torno a la transexualidad se han limitado a observarla desde las modificaciones que estos se realizan,

---

<sup>10</sup> Esta cifra fue respaldada el año 2007 por el gobierno español utilizándola como antecedente para la aprobación de la Ley de Identidad de Género en su territorio.

centrándose en el paso desde un sexo mujer a uno hombre, sin reparar en que este proceso varía por diversas razones entre un transexual y otro, debido tanto a las restricciones institucionales como a las propias decisiones de las personas sobre su cuerpo. Hay quienes sólo desean la hormonación, otros la hormonación y las cirugías, sólo algunas cirugías, etc. en una diversidad mucho más compleja de vivencias corporales que el *pasar por* el otro sexo.

Buscando reflexionar y problematizar la transexualidad en un espectro más amplio de expresiones, uno de los desafíos de esta investigación fue justamente integrar a la población que opta por no realizar adecuaciones corporales de cambio de sexo, representando otras formas de enfrentar la disforia.

Relevando que la identidad de género hace patente las pautas culturales que imprime la sociedad en la construcción y vivencia de los cuerpos, resulta indispensable ampliar el prisma analítico hacia enfoques no patologizantes. A partir de lo anterior, esta investigación se propone estudiar las vivencias del proceso de identificación y adecuación de la disforia de género en la transexualidad masculina, distinguiendo principalmente: 1) la identificación biográfica de la disforia de género hasta el reconocimiento de la transexualidad, 2) las decisiones que adoptan las personas respecto a su identidad de género, y 3) las vivencias de la identidad autodeterminada.

Considerando lo expuesto resulta relevante para esta investigación preguntarse:

**¿Cómo los transexuales masculinos vivencian el proceso de identificación y adecuación de la disforia de género?**

## IV. OBJETIVOS

### *Objetivo General:*

- Comprender la transexualidad masculina desde sus vivencias en el proceso de identificación y adecuación de la disforia de género, en personas que optan por las modificaciones corporales y quienes deciden no hacerlo.

### *Objetivos específicos:*

- Objetivo 1: Dar cuenta de los relatos biográficos co-construidos narrativamente sobre el reconocimiento y adecuación de la disforia de género.
- Objetivo 2: Describir el proceso de identificación y adecuación de la disforia de género en la transexualidad masculina.
- Objetivo 3: Analizar las adecuaciones corporales y la vivencia de la identidad de género autodeterminada.

## V. TODA CONFIGURACIÓN DEL YO ES METODOLOGÍA<sup>11</sup>

El presente estudio se enfoca en la metodología cualitativa, y se sitúa en un nivel de investigación de tipo exploratorio. Esta se mueve en el orden de los relatos, procurando indagar en las circunstancias y decisiones que guían su construcción de identidad de género. Tal como presenta Canales “el conocimiento cualitativo opera como escucha investigadora del habla investigada, emergiendo a partir de la escucha el orden del sentido, como estructura de significación articulada desde una perspectiva –la del investigado, lo investigado” (Canales, 2006, p.20).

Las implicancias metodológicas, éticas y políticas de ésta investigación tienen asidero en la fenomenología feminista. Según Ríos (2012) “los fenómenos sociales se comprenden desde la perspectiva del actor, lo verdaderamente importante es recuperar las experiencias personales sobre cómo se ve y percibe la realidad” (Ríos, 2012, p.184). Rechazando la patologización de la transexualidad, resaltamos la perspectiva del proceso de socialización en un cuerpo disfórico, la vivencia de la imposición social a un sexo determinante y la autodeterminación de la identidad, dando cuenta de la apertura a la resignificación corporal y la transformación cultural de las normas de género.

La teoría fenomenológica de la corporalidad humana que se ha inscrito en la teoría feminista, asume la crítica a la naturalización de los sexos y la sexualidad heteronormativa, comprendiendo a las/os sujetas/os fuera del estrecho marco binario, concibiendo la experiencia corporal de manera compleja, y dividiendo las variables causales de la fisiología y biología que estructuran la vivencia del cuerpo, del campo de las significaciones “que esta existencia corpórea asume en el contexto de la experiencia vivida” (Butler, 2007, p.298).

Considerando lo anterior, reconocemos que existe una multiplicidad de variables como la clase, sexo, edad, raza y cultura, entre otras; que atraviesan el género, y las significaciones corporales (Montecino, 2007) tanto de quién investiga como de quienes han acompañado esta tarea. Al respecto, el feminismo ha otorgado centralidad a lo que refiere a “situar a quien investiga”. La exclusión del/la sujeto observante, no es considerada como algo menor y neutral dentro de los trabajos de investigación y es algo que debe tenerse en cuenta y

---

<sup>11</sup> “Toda configuración del yo es metodología” (Verso 1. Poema L. Trópico Mío. Mara Rita).

transparentarlo por los temas a tratar. Es en este sentido, posicionarme como mujer y hablar desde la construcción femenina del lenguaje es ante todo una posición política, que no deja de ser dolorosa al momento de reconocirme también dentro de la abyección de un mundo binario; sin embargo, resignifico mi sexo haciéndome parte de esta enorme comunidad de personas que hemos sido otredadas, desplazadas, invalidadas en el sistema patriarcal.

Destaco que esta investigación se ha escrito explícitamente desde un feminismo apropiado, encarnado, que se traza desde una no-mujer<sup>12</sup>, desde la opresión que nos ha circunscrito de manera conflictiva en un sexo, por lo cual, podría ser concebida también desde lo queer, lo extraño, lo monstruoso. Sin embargo -como ya lo he planteado- mi posicionamiento feminista es decirme mujer, resignificando esta palabra en el mundo del lenguaje que me invisibiliza, convirtiendo esta dislocación del concepto, en un campo de lucha.

En esta investigación me sitúo como una mujer biológica, transexual, 'lesbiana', mestiza de clase media y joven; que ha sobrevivido en una sociedad heteropatriarcal, colonialista, clasista y adultocéntrica.

Los importantes aportes de las/os teóricas/os feministas han abierto un lugar de disputa desnaturalizando los cuerpos sexuados, realizando una acción activa de denuncia. Wittig (1992) afirma que esta sería la única forma de constituirnos como sujetos, entendiendo que en el momento que poseemos conciencia de la opresión no basta sólo una reacción o lucha en su contra, “supone también una total reevaluación conceptual del mundo social, su total reorganización” (p.41) pensar la realidad desde nuestras identidades subalternas, desarrollar la ciencia de los oprimidos.

Desde esta ciencia, este estudio ha buscado generar un conocimiento situado, llevando a cabo una memoria donde las identidades de género migrantes<sup>13</sup> -no binarias o abyectas- son habladas desde el reconocimiento humano y cariñoso, valorando la solidaridad con la que cada uno de ellos ha compartido su experiencia de vida.

Siendo la base de este estudio la propia experiencia de las personas y su vivencia en torno al cuerpo, nos detuvimos a conversar y reflexionar principalmente sobre cómo identificaron en

---

<sup>12</sup> He ocupado un concepto que utilizó para definirse uno de mis acompañantes en este trabajo (como podrán leer en su propio relato) ya que sintetiza mi propio sentir.

<sup>13</sup> Término acuñado por Maffia (2003) “Sexualidades migrantes género y transgénero”.

su biografía el malestar disfórico, sus experiencias infantiles, la vivencia del cuerpo cuando este se iba desarrollando y su posicionamiento frente a la transexualidad y la vía médico-legal.

### V.1 “Relato de Sobrevivencia”

La técnica de recolección de datos de esta investigación es principalmente el “Relato de Vida”, que en estos casos ha sido un “Relato de Sobrevivencia”. Este ha consistido en narraciones biográficas acotadas, aproximándonos a la visión de Bertaux quien desde una definición minimalista supone que es posible encontrar experiencias de vida en relatos, centrado en un periodo de la existencia del sujeto, o en un aspecto de esta, haciendo más accesible la historia de vida (citado por Vasilachis, 2006). En nuestro caso este relato se ha detenido en las experiencias corporales y sexuales de la disforia, desde su identificación infantil hasta las adecuaciones y vivencias actuales, dando énfasis a aquellos puntos comunes que atravesaron las biografías.

La información registrada en estos relatos es parte de las transcripciones de los encuentros con las cuatro personas que desearon compartir sus experiencias de vida, los cuales se realizaron a modo de entrevistas semiestructuradas y en profundidad (Bogdan, 1990), es decir, se expuso el tema de la investigación y sus objetivos principales invitándolas a referirse libremente a ellos, en el orden y el modo que estimaran pertinente, procurando intervenir sólo en aquellas ideas que no quedaran del todo claras, siempre y cuando no fuera información conscientemente omitida. Manteniendo así una escucha empática y respetuosa.

Fueron dos encuentros con cada entrevistado por un tiempo consensuado cuya extensión relativa fue de una hora y media a dos horas, donde la profundidad de sus respuestas radicó en un intento compartido por la comprensión de sus perspectivas, dando tiempo a la autorreflexión cuando requerían hilvanar con mayor detención sus ideas, dado que en ocasiones llegamos a preguntas que nunca se habían realizado, o a instancias de sus vidas en las que no se habían detenido a pensar.

En la primera reunión las personas hablaron sobre las dudas y emociones que se manifestaron cuando decidieron participar de la investigación. Hasta ese momento yo no me asumía como

una persona transexual por lo cual me limité a compartir las interrogantes teóricas que motivaban este trabajo.

En esta oportunidad la acción general que realizaron fue recordar desde su infancia distinguiendo lo que podrían haber sido “indicios” de una disforia, hitos que luego pasaban a tener un vínculo coherente con su expresión de género actual. En este ejercicio es importante mencionar que las personas que transitaron por la vía médico-legal presentan en una primera instancia, un discurso biográfico ordenado y coherente, resultado de su reiterada exposición, por lo cual, se muestran a momentos desinteresados. Atenta a esto di oportunidad a la libre expresión de aquellos temas que le hacían más sentido, tratando de superar el relato pauteado. Al contrario, las mujeres con disforia se mostraron con mucho más interés en la investigación, agradeciendo el espacio de hablar y reflexionar sobre una experiencia de vida que han comentado en raras ocasiones.

En una segunda oportunidad se profundizaron aquellos temas en que convergían sus relatos, esto nos permitió a su vez leer de manera conjunta la transcripción de la información relevada del primer encuentro, co-construyendo el relato biográfico, puntualizando la narración de ciertos hechos que no estaban comprendidos a cabalidad, además de la definición del nombre y género con el que deseaban identificarse en sus respectivas trayectorias.

Como hemos expuesto en los apartados anteriores la verbalización de las vivencias de la disforia de género, suele ser en condiciones forzosas y vejatorias, donde se ven obligados a mentir u ocultar información a fin de obtener su cambio de sexo legal. Conscientes de esto, la creación conjunta y participativa de su “Relato de Vida” ha sido una de las preocupaciones centrales de esta investigación, sin interés alguno de desentrañar su “sexo verdadero”, sino, de visibilizar aquellas vivencias que fueron significativas, y que se retoman luego de haber estado a punto de morir, tras profundas depresiones que dan cuenta de la violencia social, y la impotencia de la estigmatización. Con la importancia que confiere dar cuenta de la vida de cuatro sobrevivientes, hemos expuesto sus relatos completos en el primer apartado del análisis de esta investigación.

Otro objetivo ha sido acercar abiertamente estas vivencias, comprendiendo que la transexualidad es un tema aún bastante desconocido, incluso al interior del mundo académico; siendo estas personas asociadas comúnmente a comportamientos inmorales,

desviados, anormales, etc. aunque de forma acotada –y no por ello menos significativa- esta investigación combate la violencia y discriminación de las personas transexuales, con el anhelo sincero de que este sea un medio a través del cual puedan ser escuchadas, y comprendidas.

Asociado a estas técnicas se hizo uso de recursos complementarios como la utilización de un cuaderno de campo donde se registraron particularidades de cada encuentro, las nuevas interrogantes que surgieron, contradicciones personales, emociones y reflexiones; todo esto parte del análisis que se fue realizando a lo largo de dos años de investigación. Este material ha sido indispensable en la sistematización del ejercicio investigativo, tanto en lo que refiere al tema de estudio como a la autocrítica del quehacer antropológico, todas cuestiones que se presentan como reflexiones finales de esta Memoria.

## V.2 Presentación de quienes acudieron a esta invitación

A fin de abrir las perspectivas respecto a las adecuaciones que realizan las personas con disforia de género, invitamos a participar a mujeres biológicas con disforia de género.

Dado el universo restringido de la invitación nuestras posibilidades de encontrarnos con personas que estuvieran interesadas en compartir sus vivencias fueron mínimas, siendo justamente el llamado, uno de los desafíos. En esta búsqueda tuvimos la oportunidad de trabajar con Rodrigo y Noah, transexuales masculinos que transitaron la vía médico-legal de cambio de sexo; y Amalia y Catalina, que se identifican como transexuales, pero han optado por seguir presentándose socialmente como mujeres.

Que haya sido un número par y equivalente en los dos grupos, responde a un interés de obtener al menos dos visiones de la disforia según la particularidad del cambio corporal, que es la característica que agrupa este tipo de vivencias.

En el caso de los hombres transexuales las vías de contacto fueron a través de compañeras feministas que militaban en organizaciones de personas lesbianas, gays, bisexuales, trans e intersexuales (LGBTI). El contacto con Rodrigo se realiza a través de una activista feminista de la Organización “Malas Juntas Producciones” a quienes me acerqué tras la asistencia regular a la exhibición de una serie de documentales sobre la transexualidad. Tras estas visitas logré mantener algunas conversaciones que me permitieron generar los espacios de confianza

para plantear mi tema de estudio logrando su ayuda en la búsqueda de los participantes. En el caso de Noah, la intermediaria fue una amiga, Mara Rita artista y activista trans, militante de la Organizando Trans Diversidades<sup>14</sup>.

El grupo de las mujeres biológicas con disforia requirió una búsqueda mucho más acabada. Según los antecedentes recabados durante esta investigación, este ha sido justamente el menos estudiado debido entre otras cosas, a que los estudios de la transexualidad, desde las estadísticas hasta los trabajos de corte cualitativo han mantenido como elemento central la reasignación sexual.

Otras de las dificultades que atraviesan las/los investigadoras/es para a llegar ellos, son la falta de información de los propios sujetos referente a la transexualidad, quienes ignoran la existencia de este malestar en otras personas, y por ende tiende a no ser socializado, tal como lo describe Manrique “expresaron que a pesar de sentir algún tipo de diferenciación, no tenían ninguna ‘explicación’ que mostrara una comprensión de lo que ocurría, sólo se mantenía la percepción de sentir que había algo en sí mismo(a) que marcaba una distinción con respecto a otros(as)” (2013: p.22) o por otra parte, sujetos que pese a tener los conocimientos sobre el caso deciden ocultarlo: “a menudo los transexuales entrevistados mencionan que sintieron que debían esconder sus sentimientos, sus reacciones a la pregunta acerca de sus sentimiento de culpabilidad varia del reconocimiento a la negación de la culpabilidad y la vergüenza” (Soley-Beltrán, 2009, p.368).

Pese a las dificultades presentadas, se contactan a través de medios digitales a dos mujeres biológicas que desearon compartir sus experiencias. En esta pesquisa, se tomó en consideración los consejos entregados por dos investigadoras del Magíster de Género y Cultura de la Universidad de Chile, cuyas informantes también eran de difícil acceso. La recomendación fue la utilización de las redes sociales (especialmente Facebook y mails) para realizar una convocatoria masiva a participar. La primera cadena (Anexo 1) fue enviada a

---

<sup>14</sup> Mara murió el año 2016, en esta Memoria la recuerdo con cariño y gratitud por ser la primera persona transexual que compartió conmigo su experiencia. Tras haber sido una potente activista feminista de la OTD su enorme valentía ha sido un ejemplo a seguir para otras personas trans, especialmente para mí. Desde su activismo y como estudiante de Pedagogía en la mención de Lenguaje y Comunicación del Departamento de estudios Pedagógicos de la Universidad de Chile, participó de una serie de ferias, charlas y seminarios atingentes a los temas trans y de la diversidad sexual, dejando a su paso la creación pionera del Primer Preuniversitario Trans, el actual “Preuniversitario Mara Rita”.

través de Facebook a 60 contactos entre los que había activistas feministas, y organizaciones LGBTI.

De este primer llamado nadie presentó interés, sin embargo, uno de sus aspectos positivos fue la corrección de parte de una de estas activistas a la frase: “que experimentan malestar con su cuerpo puesto que siempre se han observado como hombres”, señalando que no toda mujer biológica disconforme con su sexo corporal desea ser hombre, o en otras palabras, a la incomodidad de un cuerpo de mujer no deviene el querer ser hombre. Argumento que si bien había visualizado, presentaba la complejidad de incorporar nuevas explicaciones, y por otra parte –más importante que el elemento anterior- confunde el mensaje a quienes no tienen mayores conocimientos sobre el tema. Pese a esto, preparé una nueva cadena donde procuré ser más pertinente en el llamado (Anexo 2). Pese a la lentitud de la convocatoria, me enteré de que a diferencia de la primera cadena ésta fue compartida con mayor entusiasmo, sin embargo, sólo obtuve respuesta cuando este mensaje fue comentado en un grupo de Facebook privado dirigido a estudiantes lesbianas, del cual Catalina y Amalia aceptaron la invitación.

A continuación se presentan las personas que apoyaron la construcción de esta Memoria, en el orden en que aparecen sus relatos:

<b>Nombre</b>	<b>Edad</b>	<b>Descripción</b>
Amalia	21 años	Mujer con disforia de género, sin intervenciones hormonales y/o quirúrgicas, ni cambio de sexo legal.
Catalina	22 años	Mujer con disforia de género, sin intervenciones hormonales y/o quirúrgicas, ni cambio de sexo legal.
Noah	20 años	Hombre transexual, que consume hormonas, realizó la mastectomía y cambió su sexo legal.
Rodrigo	27 años	Hombre transexual, que consume hormonas, realizó la histerectomía y la mastectomía, y cambió su sexo legal.

A través del análisis de estas experiencias nuestro trabajo se propone comprender las particularidades de lo que experimentan Amalia, Catalina, Noah y Rodrigo, quienes poseen variables en común como: ser jóvenes, de clase media, y estudiantes universitarios de Santiago. Si bien nuestro estudio es restrictivo hemos ahondado en sus historias biográficas,

alcanzando una profundidad de análisis basada no en el dato cuantitativo, sino más bien, en la minuciosidad del relato de la experiencia a lo largo del tiempo y en diversas áreas de su vida, dando cuenta de las distintas variables que se conjugan en la construcción de la identidad de género de estas personas.

### V.3 La co-construcción de la experiencia biográfica

En la co-construcción de los relatos con los participantes en nuestro segundo encuentro, consensuamos los “hitos” en su biografía que tenían mayor interés en visibilizar, según los puntos (códigos) en que se compartían con los relatos de los demás entrevistados.

Para el estudio de dichos códigos utilizamos el Método de Comparación Constante (MCC) donde la información de las vivencias se iba aclarando en la medida que se distinguían y separan códigos que luego permitieron ordenar los datos biográficos (Valles, 1999).

Acercándonos a las recomendaciones de Bertaux (2000) tuvimos en cuenta las fases de exploración, análisis y síntesis. Dicho autor afirma que para el trabajo con relatos de vida “es bueno que la exploración prosiga cuando el trabajo de análisis ha comenzado y que redacciones preliminares precedan a la terminación de la fase analítica” (p.137).

Agrega que este trabajo no debe estar anclado, muy por el contrario se requiere un proceso desde el momento de comparación de los fenómenos, al esbozo de tipologías y/o conclusiones teórico-empíricas que construyan la teoría, esta “consolidación empírica de las proposiciones descriptivas y de las interpretaciones avanzadas” (p.142) está fundada no solamente en las observaciones, sino también en la repetición de conceptos y situaciones emergentes, lo que expone de la siguiente manera:

De una observación a otra (de un relato de vida a otro, por ejemplo), de la descripción de tal o cual fenómeno, de tal anécdota significativa, de tal actitud vivamente expresada, de tal segmento de trayectorias de vida. Estas repeticiones no pueden dejar de llamar la atención del equipo. Es a partir de ellas que hay que desarrollar la teorización. (Bertaux, 2000: p.7)

De este modo los códigos de las primeras entrevistas fueron otorgando un marco de enfoque donde se fue canalizando y ordenando la información; es así como ya desde la primera entrevista evidenciamos la importancia de elementos como los juegos y la ropa al momento

de identificar los indicios de la disforia. Cuestión que se mantuvo presente en el segundo encuentro, preguntando con mayor detenimiento si el tema volvía a ser mencionado por otro entrevistado.

Estos códigos fueron los filtros ocupados para ordenar cronológicamente las entrevistas transcritas, presentando en el segundo encuentro con los entrevistados, un documento -relato preliminar- con la información que ya habían señalado. Esto nos permitió repasar con mayor profundidad y detenimiento las experiencias destacadas, corrigiendo la información, y dando lugar a su intervención directa en el documento.

Evaluando este trabajo considero que si bien tanto la emergencia de los primeros códigos, como los relatos preliminares, pudieron haber limitado los temas a tratar en algunas entrevistas, y la información de los relatos, estos procedimientos tuvieron la ventaja de profundizar en un tiempo acotado los temas comunes que luego nos llevaron a analizar las vivencias de las cuatro entrevistas, logrando hacer un panorama de las experiencias biográficas de la disforia y las decisiones de adecuación corporal de cada entrevistado.

Por otra parte, la experiencia que tuvieron las personas de “leerse” generó un espacio de confianza en un segundo -y en algunos casos- último encuentro, que nos dio la libertad de ahondar en los sentimientos que había despertado la primera entrevista, la rememoración de algunas situaciones, haciendo significativa la experiencia.

#### V.4 Sin desvestirlos y sin fotografiar sus genitales: así de ético

“Seguimos las ondas de nuestras voces  
Corremos a nuestro encuentro  
Nos tocamos para reconocernos”  
(Poema LXXXVIII. Trópico Mío. Mara Rita)

Los aspectos éticos<sup>15</sup> dicen relación con la práctica investigativa durante y después de ésta. El trabajo con relatos de vida aboga por la importancia del consentimiento informado (Anexo 3) de los participantes y de tener presente la libertad que tienen las personas frente a la propuesta realizada, la cual por supuesto puede rechazar en todo momento.

Como parte de dicho consentimiento y de las conversaciones previas al desarrollo de las entrevistas, se les informó claramente sobre las características, propósitos y demás involucrados en el estudio, explicitando las particularidades que conlleva realizar un trabajo académico y de interés político-personal visibilizando dichas experiencias desde los objetivos planteados.

Este documento se sustenta con el ejercicio conjunto al generar un ambiente propicio y respetuoso para su participación, dando cabida a sus inquietudes sobre el trabajo que se realizaba, destacando en él las cuestiones que les parecieron de mayor preocupación.

Otro aspecto que relevamos fue la clara información sobre las características de la participación: duración, temáticas a tratar, el uso de grabadora, número de visitas y su carácter voluntario. Puntualizando que éstas pueden variar en el transcurso, lo cual fue informado y acordado por ambas partes. En nuestro caso, este último punto llegó a ser una de las preocupaciones centrales dado el tiempo (8 a 7 meses entre los años 2015 y 2016) en que la investigación quedó paralizada por causas personales. El motivo de la ausencia fue expresado con detenimiento a todos los involucrados, manteniendo el contacto a través de redes sociales, y en un caso asistiendo a una conversación directa que fue requerida motivo de la necesidad de expresar la angustia que habían despertado algunos recuerdos del primer encuentro.

---

<sup>15</sup> En este apartado se consideran una serie de recomendaciones éticas a fin de optimizar la elaboración de relatos de vida otorgadas por Cornejo, et.al (2008).

Otro tema a considerar fue el reemplazo de sus nombres, situación que fue conversada con ellos invitándolos a escoger el nombre con que serían identificados en sus relatos, eliminando a su vez, de manera voluntaria, cualquier dato biográfico que les pareciera comprometedor para su identificación. La información reunida fue de manejo restringido en cuanto a las grabaciones y transcripciones de sus entrevistas. Cabe señalar que en el caso de Noah como activista de la OTD, y desde una posición política, decidió no omitir y/o cambiar sus datos, dado que no le parecía conflictivo poder presentarse abiertamente en este trabajo de investigación.

Se consideró de suma importancia como parte del desarrollo de la Memoria la co-construcción de sus relatos posibilitando la corrección de parte del entrevistado, la evaluación de la pesquisa emergente durante la etapa de recolección y análisis de ésta. Es importante en este sentido expresar que Amalia, Catalina, Noah y Rodrigo, no fueron muestras, ni objetos de estudio, ni informantes claves, ni otro tipo de conceptos que las ciencias sociales han utilizado comúnmente. Son cuatro acompañantes de esta Memoria, personas que de manera solidaria co-construyeron conmigo su relato de vida<sup>16</sup>.

---

<sup>16</sup> Cabe aclarar que ellos se remitieron a participar en el capítulo central de esta Memoria. Lamentablemente, no tuvimos una nueva oportunidad de encontrarnos antes de cerrar las conclusiones.

## VI. TEORÍAS DE LA DESMANTELACIÓN DE LA VIOLENCIA

“La larva es muy violenta y me golpea  
Me tumba al suelo y me abre las piernas  
De entre sus piernas  
cae un huevo en mi entrepierna  
Avergonzada cubro mi cara con mis manos  
Avergonzada trato de cubrir mi cuerpo con mi cuerpo  
Avergonzada de una vergüenza toda ajena”.  
(Poema LXXXVI. Mara Rita)

El marco teórico que sustenta esta Memoria tiene como fundamento los aportes que han realizado diversas teóricas y teóricos feministas, centrándonos principalmente en aquellas/os que han planteado la desmantelación de ciertos conceptos arraigados en los estudios biomédicos respecto a la normalización de los cuerpos. En esta dirección, la corriente feminista post-estructuralista que se desarrolla a partir de las nuevas interrogantes que instala Michelle Foucault develando el aparato de poder discursivo y práctico en la naturalización de dos cuerpos únicos (Soley-Beltrán, 2009) nos ayuda a comprender la transexualidad fuera de la connotación psiquiátrica, superando el binarismo de género concebido desde la diferencia anatómica de los órganos sexuales. Para esto justificamos la deconstrucción teórica de los conceptos de sexo y género, cuya confusión vuelve a su vez inoperante al concepto de sexualidad, tal y como es reconocido en la óptica heteronormativa de nuestra sociedad.

Comprendemos que la transexualidad tiene como eje la corporalidad, siendo el cuerpo, en sí mismo, una construcción de género o *cuerpo generizado* (Butler, 2007) que permite la identificación como hombre o mujer respecto a lo que se reconoce de manera visual (kessler & Mackenna, 1978) predominando socialmente el conocimiento de la genitalidad al momento de clasificar a un sujeto. El “pasar por” el sexo que les identifica (Garfinkel, 1967) estaría respondiendo a una exitosa performance de género. Cabe señalar, que esta identidad no es sólo subjetiva, muy por el contrario, las vivencias de la disforia de género están permeadas y constreñidas a la heteronormatividad social, y al corpus cultural limitado de las categorías binarias (Bourdieu, 1998), donde ser transexual masculino, es en primera instancia compartir el lugar de dominación de una mujer biológica, lugar impuesto del cual se abstrae

en una disputa por la autodeterminación, transitando desde lo abyecto hacia su propia identidad.

### VI.1 El bisturí de la cultura

La distinción entre sexo y género responde a un cuestionamiento teórico realizado en los años 50 desde el paradigma biomédico por Money y Stoller tras el estudio de los cuerpos intersexuales. Ambos parten de la base de la existencia natural de cuerpos machos y hembras donde el género suscrito correspondería coherentemente al sexo corporal, de este modo a toda mujer le correspondería un género femenino, y a todo hombre uno masculino, donde la única sexualidad “normal” o permitida sería la heterosexual. A esta heteronormatividad de los cuerpos Foucault (1983) la denominó *Biopolítica*, es decir, “una serie de intervenciones y controles reguladores en cuerpos particulares y la población como conjunto desarrollando la organización del poder sobre la vida” (Foucault, 1983, p.169) agregando que los mecanismos de control y regulación son respaldados por la legitimidad científica, es decir, toda una serie de discursos, técnicas y especializaciones que a través del saber-poder de la ciencia producen “la verdad” sobre el cuerpo y la sexualidad (Preciado, 2008).

La distinción sexo/género fue utilizada por la teoría feminista para centrarse en la variabilidad cultural e histórica del género, forjando dos corrientes que dan cuenta de estos problemas: el paradigma de la “identidad de género” y el “sistema sexo/género” (Soley-Beltrán, 2009). Esta incorporación conceptual permitió distinguir las diferencias culturales en la asignación de los roles y la sexualidad asociadas al género binario, configurando así un espacio de investigación para las ciencias sociales que debatía el anterior paradigma biomédico (Labrín, 2006). Estos nuevos estudios evidenciaron ciertas fracturas en las diferencias sexo/ género que se consideraban hasta entonces como naturales. Largaide añade al respecto que “son las sociedades y las culturas, la historia y no los genes, ni la herencia, responsables de cómo somos mujeres u hombres y de lo que ocurre entre ambos géneros” (1996: p.92).

La antropóloga norteamericana Gayle Rubin (1986) desarrolla el concepto de *sistema sexo/género* definiéndolo como “un conjunto de medidas por las cuales una sociedad transforma la sexualidad biológica en un producto de la actividad humana y satisface dichos deseos sexuales ya transformados” (p.159) precisando luego que “es absolutamente esencial

analizar separadamente género y sexualidad si se desean reflejar con mayor fidelidad sus existencias sociales distintas”<sup>17</sup> (Rubin, 1984, p.54). En la medida que el género no está determinado por el sexo, será también la sexualidad de los sujetos un nuevo factor a remover del paradigma naturalista.

El concepto de cultura ha adquirido una posición fundamental en el desentrañamiento del género como una verdad ontológica, afirmando que lo característico de la cultura es su naturaleza simbólica, que “entreteje un conocimiento tácito sin el cual no hay interacción social ordenada y rutinaria, con la que las personas comparten significados no verbalizados, ni explicitados que toman como verdades dadas” (Lamas, 2000, p.2) de estas “verdades”, el género compondría un elemento básico de la construcción de la cultura. En otras palabras “la cultura marca a los sexos con el género y el género marca la percepción de todo lo demás: lo social, lo político, lo religioso, lo cotidiano” (Lamas, 2000, p.4).

La comprensión en torno a los cuerpos sexuados, ha contribuido a pensar que las categorizaciones *hombre* y *mujer*, son construcciones simbólicas pertenecientes al orden del lenguaje y las representaciones. De este modo, en cada cultura “una operación simbólica básica otorga ciertos significados a los cuerpos de las mujeres y de los hombres. Así se construye socialmente la masculinidad y la feminidad” (Ibídem.). Esta oposición binaria, es aprehendida por los sujetos mediante actividades cotidianas imbuidas de sentido simbólico, de este modo, los conceptos cotidianos sobre lo femenino y lo masculino estructuran la percepción y la organización concreta y simbólica de toda la vida social (Bourdieu, 1996).

La violencia simbólica es una de las aristas en la que Bourdieu repara, entendida como un mecanismo opresor sumamente eficaz dada la introyección que las personas hacen del género siendo lo esencial de la dominación masculina. El concepto central de esta teoría sería el de *habitus* como un esquema de percepción, apreciación y acción mantenido en el tiempo, resultado de la institución social en los cuerpos. Todo lo social es vivenciado por el cuerpo, “así, mediante el proceso de constitución del género, la sociedad fabrica las ideas de lo que deben ser los hombres y las mujeres, de lo que es ‘propio’ de cada sexo” (Lamas, 1995, p.62).

---

<sup>17</sup> Rubin (1984) señala que esta idea se contrasta con las opiniones expresadas en "The Traffic in Women" (1975).

En la sociedad heteronormativa el corpus cultural con el que los sujetos pueden definirse es limitado a la categorización androcéntrica, es decir, centrado en los sujetos dominantes donde cualquier autodefinición se ve limitada, siendo los sujetos marginalizados definidos (y autodefinidos) bajo categorías que les excluyen de la posición de privilegio. En este sentido, Bourdieu (1998) señala que cuando las mujeres se enuncian lo hacen desde su posición subalterna, por lo que, tanto sus pensamientos como sus percepciones estarían “estructurados de acuerdo con las propias estructuras de la relación de dominación que se les ha impuesto” (Bourdieu, 1998, p.26) donde sus actos de conocimiento devendrían inevitablemente, en “unos actos de reconocimiento, de sumisión” (Ibídem.).

Reflexionando sobre la ideología de la diferencia sexual Wittig (1992) afirma que el concepto de sexo responde a una categoría de dominación que no tiene existencia anterior a la sociedad, por ende, no puede ser el producto de la dominación natural, muy por el contrario, responde a una dominación social, hecho que la lleva a afirmar que es “la opresión la que crea el sexo y no al revés” (Wittig, 1992, p.25). En la misma línea, Butler (2007) reflexiona que al pretender que en cuerpos biológicos pasivos se inscribe una construcción de género cultural, se afirma cierto determinismo del cuerpo donde cada sexo estaría bajo una ley cultural inevitable.

En esta desmantelación de los conceptos teóricos Butler (2007) observa que dicha prescripción o fijación de los límites del género o el sexo se establece “dentro de los términos de un discurso cultural hegemónico basado en estructuras binarias que se manifiestan como el lenguaje de la racionalidad universal. De esta forma, se elabora la restricción dentro de lo que ese lenguaje establece como el campo imaginable del género” (Butler, 2007, p.59). Butler problematiza que aún si concibiéramos la existencia de dos cuerpos biológicos<sup>18</sup> esto no sería

---

<sup>18</sup> Butler (1988) expresa su preocupación política en la declaración de la inexistencia de la “mujer”, entendiéndola que al oponerse a la concepción ontológica del sexo descarta al sujeto universal del feminismo. Situación de alerta compartida con otras feministas como Gayatri Spivak o Kristeva, quienes consideran este esencialismo como una necesidad estratégica. Al respecto señala: *“mi única preocupación es que la diferencia sexual no se vuelva una cosificación que involuntariamente preserve una restricción binaria de la identidad de género y un marco implícitamente heterosexual para la descripción del género, la identidad de género y la sexualidad. No hay, a mi modo de ver, nada de la feminidad que espere a ser expresado; y hay mucho, en cambio, sobre las diversas experiencias de las mujeres que se está expresando y aún queda por expresarse,*

motivo suficiente para admitir sólo dos posibilidades de identificaciones de género, de esto concluye que: “la hipótesis de un sistema binario de géneros sostiene de manera implícita la idea de una relación mimética entre género y sexo, en la cual el género refleja al sexo o, de lo contrario, está limitado por él” (Butler, 2007, p.54).

Asumiendo las implicancias de la imbricación entre los conceptos de sexo y género, Butler opta por mantener la categoría de sexo como una ficción necesaria para el análisis del género, Soley-Beltrán (2009) sintetiza:

“Esta línea de razonamiento no considera la fisiología como la base para los valores culturales, sino, por el contrario, como el recipiente de la impresión de valores culturales a través de los cuales es interpretada (...) Si el sexo es una categoría generizada, entonces no tiene sentido definir el género como la interpretación cultural del sexo” (Soley-Beltrán, 2009:35-36)<sup>19</sup>.

Cuestionar la ontología del sexo como una “racionalidad universal”, que ha dado coherencia a un orden simbólico de los cuerpos sexuados basado en la coerción de las posibilidades de representación de los cuerpos y la violencia de la imposición del género bajo la dominación masculina, nos permite expandir los límites fijos del binarismo de género en un estudio cultural -no patológico- de la transexualidad. Por otra parte, relevamos la agencia de los sujetos en tanto:

El género es el resultado de un proceso mediante el cual las personas recibimos significados culturales, pero también los innovamos. En consecuencia, elegir el género significa que una persona interprete las normas de género recibidas de tal forma que las reproduzca y las organice de nuevo. (Butler, 2007, p.67-68).

---

*pero se requiere respecto a ese lenguaje teórico, porque no reporta simplemente una experiencia pre-lingüística, sino que construye esa experiencia así como los límites de su análisis” (Butler, 1988:314).*

<sup>19</sup> Ante la postura radical de Butler se levantaron diversas críticas sobre la invisibilización de la carga natural de los cuerpos, sobre esto señala: “no niego ciertos tipos de diferencias biológicas. Pero siempre pregunto bajo qué condiciones, bajo qué condiciones discursivas e institucionales, ciertas diferencias biológicas se convierten en las características sobresalientes del sexo” (Butler, 1993: 34-35. En Soley-Beltrán, 2009:36).

## VI.2 El cuerpo generizado

La sociedad occidental al momento de articular su saber singular sobre el cuerpo, distingue de manera dualista entre el *sujeto* y el *cuerpo*, de este modo, “el cuerpo funciona como un límite fronterizo que delimita, ante los otros, la presencia del sujeto” (Le - Breton, 1995, p.22). Es mediante el cuerpo que también se expone la identidad -expresión del género y la sexualidad- de tal manera que “en cierto sentido, ser un cuerpo es ser entregado a otros aunque como cuerpo sea, de forma profunda, ‘el mío propio’” (Butler 2006, p.39-40)<sup>20</sup>.

Siguiendo los postulados de Beauvoir (1954) Butler reflexiona que, si ser mujer es haberse vuelto una mujer, la acción realizada implica “obligar al cuerpo a volverse un signo cultural, a materializarse obedeciendo una posibilidad históricamente delimitada, y esto, hacerlo como proyecto corporal sostenido y repetido” (Butler, 1988, p.300). Estos actos repetidos que permiten actuar el género es lo que Butler (1988) denomina “performance”. Dicha repetición oculta o disimula las convenciones históricas que la sostienen, adquiriendo cierto carácter de inevitabilidad. De este modo, la formulación de un yo corporal con su “límite fronterizo” -o frontera espacial- se logra a través de prácticas identificatorias o citacionales de los códigos del género (Butler, 2007).

Es esta actuación del género aprendido lo que Garfinkel (1967) al estudiar la transexualidad denominó “pasar por”, es decir, moldear la propia conducta y el cuerpo para ser aceptado socialmente como representante del sexo y del género al cual se desea pertenecer. Kessler & MacKenna (1978) señalan que la genitalidad es una característica fundamental al momento de clasificar a una persona, siendo el pene más referencial que la vagina, en tanto esta última no equivaldría siempre a mujer; esto lo explican en tanto el pene es poseer, en cambio la vagina, es no poseer (citados por Lamas, 2012). A esta atribución corporal inicial Garfinkel

---

<sup>20</sup> Martínez (2015) en su artículo: “La Tensión entre Materialidad y Discurso: La mirada de Judith Butler sobre el cuerpo” responde a las críticas sobre el pensamiento de Butler respecto al lugar otorgado al cuerpo en su teoría filosófica, expone: “*En pocas palabras, existen líneas teóricas en el pensamiento de Butler donde el cuerpo posee dimensiones no tenidas en cuenta en las lecturas canónicas. La autora ha prestado atención al dolor y la vulnerabilidad de los cuerpos desde el inicio de su trabajo, sin embargo, estas líneas quedan ocultas por otros segmentos más pregnantes de su pensamiento, por tanto no son tenidas en cuenta por ciertas líneas de la teoría feminista a partir de las cuales se le efectúan fuertes críticas (...) Irónicamente, una de sus obras más notables se titula Bodies that matter [Cuerpos que importan (2008)] contiene la afirmación directa de que los cuerpos sí importan*” [online].

lo denomina *genital cultural*, siendo la expresión de género de los sujetos más determinante que su genital biológico.

La actuación lograda del propio género tiene como telón de fondo la expectativa social, la cual se basa en la lectura del sexo de un cuerpo respecto a sus características sexuales primarias, “en efecto, el género está hecho para cumplir con un modelo de verdad y falsedad (...) que sirve a una política social de regulación y control del género. Actuar mal el propio género inicia un conjunto de castigos” (Butler, 1988, p.311). El castigo social de los cuerpos disfóricos es el *estigma*, pérdida del estatus social de quienes no alcanzan la categoría de “normales” (Goffman, 1963) que acarrea múltiples violencias en estrecha relación con la visibilidad del estigma, y en consecuencia, de la evaluación social de su expresión y correcta actuación dentro de los códigos del género.

Entendiendo que el cuerpo disociado del sujeto, es percibido como uno de sus atributos (Le-Breton, 1995) el cuerpo disfórico se presenta como un soporte individual que no representa a la persona. Dentro del orden heteronormativo de los códigos binarios del cuerpo donde toda mujer-es-mujer y todo hombre-es-hombre, el rechazo al sexo biológico impuesto torna al sujeto en un ser *ininteligible*. En la vivencia de la disforia de género la pregunta sobre el cuerpo pone en juego la condición en las posibilidades de lo humano, se trata de “fronteras de la vida corporal donde los cuerpos abyectos o deslegitimados no llegan a ser considerados *cuerpos*” (Butler 2002, p.38).

La deshumanización es la respuesta social ante la amenaza al orden. Al no ser clasificado como: mujer, femenina, heterosexual; el transexual masculino transgrede estas categorizaciones constitutivas de lo humano, y pasa a ser un sujeto *ininteligible-abyecto-anormal*, cuya existencia “resulta impensable, produce confusión, incomodidad, incluso horror” (Coll-Planas, 2009, p.94) a la sociedad.

### VI.3 La transexualidad como un sexo no-biológico

La categoría biomédica *transexual* se basa en la naturalización de dos sexos, planteando la transexualidad masculina como una identificación de mujer-a-hombre. Este componente biologicista que avala la genitalidad como marcador, limita la comprensión de la

transexualidad al proceso de *reasignación anatómico*, cuestión que explica que las investigaciones sobre el tema se centren en el “cambio de sexo”.

Por otra parte, la abyección de la transexualidad ha complicado su categorización en los estudios de las ciencias sociales, tornándose un concepto difuso en una serie de investigaciones, llegando a ser clasificada como una *sexualidad* (Rubin, 1984; Cid, 2010; Maffía, 2003) o una *identidad de género* (Soley-Beltrán, 2009; Garaizabal, 1998; Martínez y Montenegro, 2010; Lamas, 2012).

El principal problema de esta vaguedad conceptual es la indistinción de las múltiples formas de vivenciar la transexualidad, la sexualidad autodeterminada y posibilidades de identificaciones de género. Así, por ejemplo, al definir la transexualidad como una sexualidad caemos en el error de considerar que el sujeto/objeto de deseo de estas personas son otros transexuales, situación que dista de la realidad restringiendo el marco de análisis, en tanto sus opciones sexuales son diversas. Es trascendental no confundirnos con el concepto de *sexualidad* que refiere a la orientación sexual: lésbicas/homosexuales, heterosexuales, bisexuales, entre otras; en tanto, un transexual masculino al igual que un hombre biológico puede optar por una orientación sexual diversa, y por lo mismo, no tiene vinculación con su sujeto/objeto de deseo, dado que sexo y sexualidad son categorías separadas (Coll-Planas, 2009).

La transexualidad también ha sido entendida como una identidad de género donde la persona requiere adecuar su sexo anatómico al rol y expresión de género que le identifica. Con esta referencia, se les exige pasar un “Test de Vida Real”<sup>21</sup> antes de poder optar a las modificaciones corporales y legales que desean. Éste se basa en un seguimiento clínico-siquiátrico, que evalúa tanto su proceso hormonal como su inserción social en el rol deseado<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> “En inglés ‘Real-Life experience’. También llamada coloquialmente, tanto por profesionales como por pacientes, como ‘El test de la vida real’ o ‘la prueba de la vida real’ (Pons, 2013:5). Si bien este test no se aplica como tal en Chile, los requerimientos de la vía médico-jurídica actual no distan demasiado en sus exigencias.

<sup>22</sup> Invito a ver el documental español “Test de la vida real” de la directora Florencia P. Marano, donde se exponen este tipo de experiencias.

En general por períodos de entre uno y dos años, supuestamente para corroborar que la persona está dispuesta a vivir a tiempo completo conforme su identidad de género. Este período sólo prolonga los efectos discriminatorios de no gozar de reconocimiento legal. (ILGA<sup>23</sup>, 2016:3)

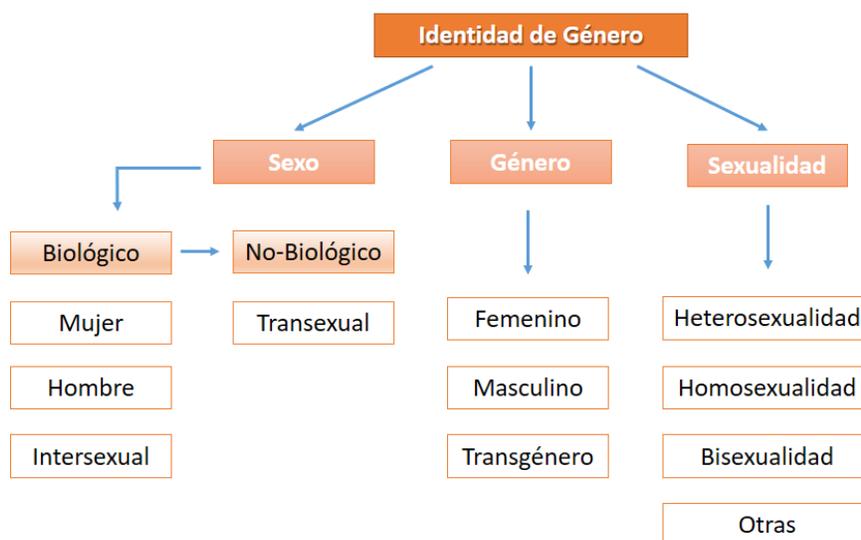
Esforzarnos en la pertinencia de la clasificación de la transexualidad, exponiendo las limitaciones de otros estudios, tiene como objetivo lograr dar cuenta de dichos *efectos discriminatorios*, evidenciando también, el potencial emancipatorio que se expresa en estas biografías. Los conceptos de sexualidad e identidad de género son imprecisos -incluso inadecuados- para entender la transexualidad, en tanto no todos los transexuales ‘masculinos’ adoptarán un rol masculino ni tendrán una sola posible sexualidad, básicamente porque la única variable que torna decisiva la transexualidad es la de inadecuación de su sexo –como variable corporal- o lo que se ha denominado *disforia de género*. Al respecto, afirmando como presenta Butler (2007) que el sexo no se concibe fuera de una dimensión cultural, considero que la categoría más precisa para comprender la transexualidad es justamente la de *sexo*.

Se propone en este estudio presentar a la transexualidad como un *sexo no-biológico* que representa a las personas con disforia de género, tal como se observa en el siguiente esquema<sup>24</sup>:

---

<sup>23</sup> Asociación Internacional de Lesbianas, Gays, Bisexuales, Trans e Intersex (ILGA).

<sup>24</sup> En “otras sexualidades” hacemos alusión a aquellas otras-corporalidades u objetos de deseo que no se corresponden con las clasificaciones anteriores. Nos parece ilustrativo puntualizar que John Money en su libro “Desarrollo de la sexualidad humana” (1972) considera a la transexualidad dentro de esta categoría.



Las vivencias de la disforia de género se mueven en el límite de las identidades reconocidas en la matriz heteronormativa, lo que desafía nuestras posibilidades de expresarlas siendo nuestro lenguaje restringido a los códigos de un sistema sexo-género binario. De este modo, aunque presentemos a la *transexualidad masculina* como un *sexo* su ambigüedad léxica es inevitable<sup>25</sup>.

Esta parada obligatoria en el lenguaje nos significa leer entre comillas cada vez que estas personas se sitúan o son situados dentro de una categoría binaria. Al momento de existir un sexo determinante y obtenido culturalmente que rige el orden simbólico, otorgando coherencia interna a la comprensión de los cuerpos sexuados (Wittig, 1992) la disforia de género será ante todo una vivencia de abyección. Si bien el acercamiento a las identidades no normativas amplía su espectro de referencias, las propias posibilidades de hablarse en un orden no binario están restringidas. Ante esta limitada autonomía, la des-abyección pasa a

<sup>25</sup> Este contexto y las dificultades de situarnos en un lenguaje común, nos obliga a reflexionar en torno al lenguaje ocupado a lo largo de esta Memoria. Transparento que pese a conocer los esfuerzos del feminismo Queer en la masificación del género neutro utilizando la vocal “e”, me ha parecido que presentar esta escritura podría entorpecer la lectura de quienes no están familiarizadas/os con esta gramática, desviando la atención de los objetivos de esta investigación hacia un elemento poco significativo si no se comprende el trasfondo de su presencia en el lenguaje, en este sentido, mantener un lenguaje binario ha cumplido ante todo la función de ser un puente pedagógico en la apertura de estas temáticas. Es mi anhelo que este tipo de investigaciones sirvan para acortar esta enorme brecha y que en un día cercano el tercer género, o género no-marcado, se vuelva común.

ser una estrecha *autodeterminación paradójica* donde *hombre* o *mujer* siguen siendo los referentes al momento de expresar la identidad.

Como última precisión conceptual, es necesario clarificar las particularidades de este grupo con respecto a otras “identidades trans”. A través de esta expresión movimientos LGBTI han agrupado a la transexualidad, en conjunto con el travestismo y la identidad transgénero, donde comúnmente *trans* ha sido utilizado indistintamente como abreviatura de “transexualidad” y “transgénero”, refiriéndose a mujeres trans u hombres trans.

Las identidades trans expresan la diversidad de decisiones y necesidades particulares para contravenir la disforia de género, sin embargo, las tres que hemos señalado poseen particularidades que pueden llegar a diferenciarlas ampliamente. Existen variadas posturas para demarcar los límites entre estos términos, sin embargo, no existe un consenso teórico (Soley-Beltrán, 2009). Para efectos de esta Memoria, definiremos travestismo como una performance de género realizada por un hombre biológico que expresa una identidad de mujer travesti (generalmente un género femenino hiperbólico<sup>26</sup>) en estos casos no hay expresiones de travestis masculinos.

El término transgénero ha sido ocupado para definir una identidad de género cuyo principio político es “deshacer el género” (Butler, 2006) es decir, hacer citaciones performáticas de los códigos del género binario sin identificarse en alguno de los dos.

---

<sup>26</sup> El travestismo ha sido patologizado como una perversión sexual de hombres que se “visten” con ropas femeninas, experimentando satisfacción sexual (DSM-V). Considero que tal afirmación dista de la realidad, las mujeres travestis son cuerpos generizados permanentes que se presentan socialmente en esa identidad.

## VII. NACER EN LA SOCIEDAD EQUIVOCADA

“Perdí mi ojo izquierdo y malo quedó el derecho  
La piel me quedó toda marcada  
Todo hizo coincidir que me equivocara de sexo”  
(Poema LXXVI. Mara Rita)

En este apartado presentamos los relatos co-construidos con Amalia, Catalina, Noah y Rodrigo (en ese orden). Tras nuestro segundo encuentro la edición de estos fue enviada a tres de los entrevistados para su revisión final. Noah y Amalia aprobaron sus narraciones, de Catalina no se obtuvo respuesta, y en el caso de Rodrigo fue una decisión ética como investigadora, no volver a involucrarlo en la investigación tras su casamiento.

### VII.A- Relato de Amalia

Cuando chica uno siente que no tiene género, a mí me pasaba mucho que me hueviaban caleta porque me gustaba jugar fútbol, me decían que era muy amachada. Es esa sensación de que estás tanto tiempo con ellos que pasái' a ser niño, pero para mí era jugar, y entre los mismos niños no me hacían esa cuestión de “erí niña no puedes jugar”, el que se la podía jugar. Igual llegas a esos momentos de puta por qué soy mina, si las minas igual se la sufren toda, y uno miraba a los hombres en todo su esplendor y hacían hueás y se las perdonaban porque eran hombres.

Si no hubiese tenido todo ese estímulo de alrededor que te dice que deberías comportarte como niña, no tendría que haberme preocupado de estar cumpliendo ciertos roles, o sea, cuando uno es niño puedes pescar las muñecas o los juguetes de acción y jugar, porque es jugar, un niño no le ve el peso, no es la hueá de que quiero llevar la contra a mis papás.

Era mi papá al que no le gustaba, él se preocupaba y le decía a mi mamá que como yo hacía artes marciales, jugaba a la pelota y estaba con los niños, iba a salir lesbiana. Mi mamá me dejaba libre porque entendía que esos juegos eran más entretenidos, entonces igual pude crecer mucho tiempo estando a mis anchas, jugando, haciendo las cosas que yo quería, pero sí, tuve que estar lidiando harto tiempo con la cuestión de mi papá, eso era lo incómodo, además nunca me lo dijo directamente, él se lo decía a mi mamá y ella hablaba conmigo, me

decía: “Amalia tu papá me anda hinchando los ovarios con que vayas más decente, que te vistas como señorita”. Entonces pensaba que si lo que se parecía a lo que yo era, era el hombre, entonces quería ser hombre para que me dejaran tranquila.

Yo usaba puros pantalones, odiaba las faldas, es más cuando me cambié a un colegio católico -como en séptimo- por primera vez en mi perra vida tuve que usar falda y estaba traumada, fue algo así como: “huevón qué chucha, yo no quiero usar falda ¡por favor cámbiame de colegio!”. No, no quería, no podía, me costó mucho tiempo aprender a usar falda y cada vez que podía iba con buzo. Llevaba pantalones del colegio, o sea, tenía que estar un tiempo en que era requisito usar falda y en invierno te dejaban usar pantalones; después también me dejaron usarlos, el punto es que no podía andar como mamarracho, era más el tema de estar con el uniforme, todas las niñas iguales, todos los niños iguales, ningún huevón entremedio.

Esos años igual fueron muy cuáticos porque de repente mis papas se separaron, yo jugaba con mi papá pasaba tiempo con mi mamá y ¡bla! un día ya no estaban juntos. Nadie me dijo por qué, o nadie me dijo que no fue por mí, o quizás si me lo dijeron pero yo no me lo creí, porque yo pensé “esta hueá es mi culpa, es porque yo no soy una niña, porque me gusta jugar con los niños”. Entonces me quedé con esa sensación de culpa, pensé que mis papás se habían separado por como era yo. Ahí mi papá nos siguió manteniendo, pero aunque había plata no estábamos bien. Entonces estuvimos en una situación vulnerable -de mucho cuidado- viendo que no se enoje mi papá, que no se enoje mi mamá, como que estábamos al medio.

Me sentí un bicho raro por muchas razones, mi hermano mayor es Síndrome de Down y mis papas eran separados, me sentía distinto porque no tenía una familia convencional, yo no era una niña convencional, además mi mamá entró en un cuadro depresivo, entonces toda la pena de no sentirme bien conmigo -porque no encajaba como niña- se unía a las demás razones, se mezclaban en un contexto que fue difícil. Yo trataba de evitar que me hicieran sentir peor, así que tomé una actitud defensiva para evitar que me hicieran daño, porque ya había sufrido suficiente. Ahí me enfoqué en que si bien no podía encajar, no podía ser una niña, iba a hacer todo para que se sintieran orgullosos de mí, entonces me dediqué a ser la mejor en el colegio, me dije “voy a hacer una buena alumna”, entonces me refugié en eso.

Luego está el quiebre entre la adolescencia y la infancia, esa sensación que te genera la distinción, ya no son sólo niños, son jóvenes, niñas y niños más grandes. Hubo un momento

durante toda la infancia en que pude sólo ser, pero cuando ya te llega la regla, eso sólo les llega a las niñas, a las niñas les crecen las pechugas, solamente a las niñas le pasan estas cosas. La pubertad como que te corta, el hecho que me llegara la regla y que hiciera esa distinción de que ahora puedes tener un crio, a mí me cortó la libertad.

En ese momento me aislé caleta, para mí era muy traumático todo ese cambio y tenía muy baja autoestima. Tenía la sensación de que debía ser de una manera, que había que hablar de cierta forma y tener un cuerpo que estuviera acorde, pero yo no podía serlo porque yo no sólo no era delgada -lo cual ya te hace estar fuera del modelo- además era más gruesa, ancha de hombros, con más músculos... era frustrante tener un cuerpo que no encajaba.

Yo no quería tener pechugas, y me daban esos atacazos de por qué no soy hombre, era una sensación de que independiente de lo que hiciera, a pesar que me comportara como “señorita”, no iba a encajar. Había algo que yo no podía manejar que era mi propio cuerpo, yo no podía decirle a mis hombros que no fueran más anchos, yo no podía decidir que mi voz fuera más o menos aguda, yo no podía manejar algo que se supone que iba a ser así por el resto de mi vida.

Mi mamá me había dicho que lo único que importaba en el mundo, era que fuera inteligente, todo lo demás podía ser arreglable o indispensable. Después yo lo agarré con más fuerza porque pensaba, si no puedo ser mina, por lo menos voy a ser alguien inteligente, alguien que tenga qué decir. Me basé sólo en eso y me iba bien en el colegio.

Yo no quería ser un cacho para mi familia, sabía que tenía que actuar de cierta forma, era como “si no quieres generarte problema, no seas distinto”, yo tenía que encajar en el patrón de niña buena e inteligente pa’ no causar drama, porque igual tenía de parte de mi mamá un antecedente de un tío que es gay y la abuela lo rechazó tajantemente, ahora igual hay un trato pero él no puede llevar a su pareja a la casa, y es un tema del que no se habla. En ese sentido, yo prefería quedarme en silencio a que me rechazara mi propia familia, pensaba que no podría vivir con eso, entonces tampoco debía dar indicios.

En el segundo colegio que estuve me empezó como a gustar una amiga y cuando me di cuenta pensé que esa huevá no iba a estar bien para mi ambiente y menos mal que me pelié con ella. Cuando pasó eso me metí al tiro con el hueón más macho, era como macho mexicano,

hediondo, tenía pelo, caluga y era hueón, le costaba estudiar, le iba mal, y tenía una actitud machista hacia las mujeres, me trataba con cortesía, como de señorita y cosas, y con sus amigos era rudo y se curaba. Con él quedé para todo el colegio como heterosexual, no por cómo era yo, sino por el hueón con el que andaba. En su momento me enamoré y bla, bla, bla, pero también veía el beneficio de ello -fue estratégico- ahí nadie me iba a hueviar porque él tenía fuerza, si era su mina quedaba por hecho de que era heterosexual, y caía en el patrón, y ahí nadie me podía decir nada.

En ese tiempo con él yo pude estar más tranquila de las presiones del medio, porque en ese colegio había niñas un poco más amachadas que yo, y la gente las apuntaba y las molestaban. No quería eso para mí, yo no iba a estar confrontando a la gente ni haciéndome drama, si bien no podía encajar tampoco quería llegar a un extremo de ser ellas, porque es cosa de imaginar que estaba en un colegio católico, entonces te podían llamar al apoderado y decirle: “oiga su hija es lesbiana”, y que se enteraran tus papas, el director, y después todo el colegio, o sea, uno no está preparado para que lo saquen del closet.

Me adapté y pude dejar de pensar “por qué no soy hombre”, me supe manejar y acomodar a la situación, pensé que no iba a sufrir, que no me iba a cortar las venas por esta cuestión, para qué, pensaba que tenía tantos problemas que mejor me llevaba esta cuestión más fácil, algo más fácil de manejar, porque la disforia no era algo que yo pudiese comentar con mi mamá, menos con mi papá o mi hermano.

Siempre tuve esa sensación de que si me veían algún tipo de debilidad me iban a hacer mierda, aunque nunca tuve ninguna experiencia traumática, ni vi nada terrible, pensaba que si veían que me gustaban las mujeres sí o sí me iban a hueviar. Viví bajo ese estilo hasta que salí del colegio, además yo tampoco asumía mi sexualidad, lo negué y lo negué hasta que llegué a la universidad. Siempre esperé que la universidad fuera un espacio donde yo podría ser como se me pegara la gana, mis viejos siempre me inculcaron: “Amalia cuando usted ingrese a la universidad, usted haga lo que quiera, píntese el pelo, huevee, pero mientras usted me rinda”.

Le dije primero a mi mamá que soy lesbiana, porque con ella tenemos una relación muy cercana, entonces cada vez que le tenía que contar una historia con minas cambiándolas pa mino tenía como que mentir, y me dificultaba mucho poder vivir así. Entonces llegué un día

y lo dije no más, porque en realidad nunca hay un momento correcto para decir estas cosas, entonces mejor hacerlo que arrepentirse.

Cuando yo salí del closet, estaba preparada para que todo resultara súper mal, pensaba que me iban a echar de la casa, que me iban a decir “no te quiero ver”. Le dije a mi mamá y a mi hermano que tenía que hablar de algo, y después que les dije, me respondieron: “¿eso era todo? creímos que era algo más terrible”. Me puse a llorar como Magdalena, porque a otras personas las rechazan, y no pasó nada, fue un alivio y una confirmación de que todos los miedos estaban mal infundados, no me rechazaron y ese fue un llanto de alivio. Conocí amigas que le sacaron la chucha, que tuvieron que irse de la casa, y yo no quería que me pasara eso.

Como mis papas se separaron cuando yo tenía 7 años le conté después a mi papá, ahí estábamos todos planeándolo el día anterior, pensando que iba a hacer escándalo, las posibilidades eran que me dejara de hablar, o que le echara la culpa a mi mamá; pero al final no pasó nada, nos quedamos todos sorprendidos, yo miraba a mi papá y le preguntaba si estaba bien, y me decía que no había problema. Después mi mamá me dijo que él pensaba que era moda, mejor eso que cualquier otra cosa. Ahora pienso que igual fue injusto que no considerara seriamente algo que para mí es importante, yo creo que va a dejar de pensar que es moda hasta que me case con una mina.

Por los medios de comunicación conocí el concepto de *transexualidad*, vi que era la gente que se cambiaba de sexo y género, vi esas operaciones y pensé que era una frivolidad muy grande. Cuando conocí el término *disforia*, sentí que encajaba y es como que uno se siente más tranquilo, porque antes pensaba esta huevá debo ser yo no más, porque a nadie más se le pasa por la cabeza. A veces siento con esa cuestión de la disforia, pucha yo no me siento del todo cómoda siendo mina, o teniendo todo este estereotipo de mina, porque: 1) yo no encajo y 2) porque tampoco me interesa encajar.

El problema de la transexualidad es que no hay información, y lo que se sabe es una forma caricaturesca donde se confunde la transexualidad con el transformismo, no es lo mismo maquillarse y que el huevón parezca mina a que sea transexual, es la misma televisión que provee una educación falsa, es pura mierda. Yo creo que esto debería darse en el colegio, que se les permita a los niños no ser niño, ni niña, sino ser persona, ser. Que todas las decisiones

consigo mismo, y para sí mismo, no estén limitadas por lo que te dice un pico o una vagina, que uno pueda ser más allá de lo que la sociedad te pueda pedir y si no te lo da la casa, que al menos se de en el colegio.

Sobre mi cuerpo nunca hubo un proceso como el que hace la gente cuando se envuelve las pechugas, o se corta más el pelo, o que quiere ser niño, no, yo seguía en el intento de encajar, pero era la sensación de que estaba haciendo el ridículo. Aunque hubo un tiempo en que me cortaba mucho el pelo -incluso me confundían en la calle- y era agradable esa sensación de que te confundían, pero no es algo que sea imperante, me da por etapas.

Esto es más bien un ¿qué hago con este sentimiento? ¿me quedo tranquila o me intervengo?, en el caso de quienes se realizan modificaciones no sé si se lo cuestionan pero en realidad no hacen nada distinto, es pasar de mujer a hombre, sigues el mismo modelo, todos te pueden decir eres hombre y nadie sabe por lo que pasaste.

Pienso que es como una frivolidad muy grande intervenir mi cuerpo, aunque creo que para la gente no debe ser muy frívolo considerando que hoy día es súper común que la gente se inyecte pechuga, que se inyecte hueas en los labios. En ese sentido la frivolidad es para resaltar cierto estereotipo -aunque pensándolo bien- no debe ser fácil partir siendo Camilo y terminar siendo Camila, por ejemplo. Todo lo que conlleva. No lo sé, pero yo no pasaría por eso.

Mi ex está muy metida en el tema y participa en la OTD entonces igual es bueno recibir ese estímulo. Los festivales como el Trans Fest me dieron ese impulso de aceptar, hay una mayor apertura, gracias a esto yo pude ser más abierta con ella y decirle: “oye yo tampoco me siento mujer”, y lo más interesante es que me dijo que ella tampoco lo sentía, y comprendimos que ninguna de las dos quería ser tan femenina. Conversando con ella fui empoderándome más, he podido hacer más comentarios, esto igual ha pasado gracias a mi ex que fue hablando con mi mamá sobre el tema de la transexualidad.

Sobre mi lesbianismo no es porque me gusten las minas que yo me sienta más hombre, eso es independiente, hay una esfera de mis gustos y otra de mi propia percepción, mi propia percepción no tiene nada que ver con mis gustos. No creo que por ser más hombre sienta ponerme un pico de plástico y pensar meterlo. En la cuestión de la sexualidad he pensado

que uno puede disfrutar tanto dando como recibiendo, la cuestión es sentirse bien. Hubo un momento en que sentí que la parte más activa, el rol más dominante me calentaba más, pero no por eso pensaba que era un refuerzo de ser hombre. Mi disforia no va en mi sexualidad, no me confirma algo de ser hombre, tampoco tener hijos, aunque con mi ex pareja pensábamos hacer el Acuerdo de Unión Civil y también tener hijos, ahí la embarazada habría sido ella porque yo no soportaría el dolor; quizás a mí me daba mucho más pánico ser mamá, aunque según ella lo habría cuidado y querido mucho.

Ahí comentando con mi pareja le decía que si yo pudiera no tendría pechuga, es hasta económico, práctico. Ella me decía que le gustaban, pero le respondí: “que bueno pero a mí no”. Esto va más en la aceptación hacia uno que el deseo de ser hombre, no me gustan porque son incómodas, no es por el motivo de querer ser hombre. Ahora, dentro de todo funciono como estoy, no me incapacita tener pechuga o tener vagina el ser yo, nací así y voy a morir así, si yo tuviera cáncer de mama na po’ me saco las dos pechugas y chao, pero no es imperante y puedo vivir con ellas.

Voy a vivir siempre con estas trancas, pero tengo que aprender, es una cuestión más psicológica, vivir con esas preguntas de ¿qué haría si tuviera menos pechuga? o ¿cómo sería yo si fuera un hombre? voy a vivir con eso y tengo que intentar superarlo, esas dudas seguirán eternamente y con esa sensación de que no estás cómoda del todo, pero puta vive con ella, porque si no estás dispuesta a hacer algo más tienes que comértelo no más, porque sé que no me voy a operar.

Ahora hay cosas que siguen siendo horribles, la regla sigue siendo horrible, me dijeron que si tomaba unas pastillas podía no llegarme y yo estaba feliz, porque además tengo que tomarlas porque tengo ovario poliquístico aunque lo peor son las pechugas que no me gustan. Hace poco empecé a hablar con una amiga que se empezó a fajar y pensé que lo podría intentar, y luego me dijo los riesgos y pensé que mejor no lo iba a intentar na’. Son esas cosas que no te gustan pero que están ahí y hay que aprender a sobrellevarlas. En natación estaba pensando en esto, que si fuera muy, muy constante terminaría plana, igual esa es una gran motivación para hacer deporte y no tendría que hacerme una cirugía.

No quisiera cambiar de género, en ese sentido yo sería más andrógina y tener algo así como “lo mejor de ambos mundos”. Seguiré con este mismo cuerpo, haciendo notar mi

inconformismo hacia los estereotipos, no es algo que haya amanecido y dicho esto, sé que no me quiero someter a las operaciones porque no creo que sea mejor para mí, y quizás la gente te diga pero “¡por qué no eres así!” - yo respondo- “¡porque no!”, o “¿por qué te gusta a ti? ¡cuestiónatelo!” -eso más que ir pasando panfletos-.

Lo mío no es operarme pero me gustaría molestar a la gente, siempre estoy con ese reproche porque tuve que vivir mucho tiempo tratando de encajar y a estas alturas me apesté, entonces voy a molestar a la gente porque a nadie más que a mí le debería importar como yo me vea, me sienta, o como yo me perciba. Pero la gente siempre tiende a meterse en esos asuntos y a menoscabarte. Entonces pensé que me hubiese gustado tener todos estos rasgos para incomodar, para que la gente supiera que hay mucho más que lo que ellos tienen estereotipado.

Me gustaría que llegara un momento en que no se te cuestionara si quieres ser niño, niña o no ser nada, así sin género, ser andrógono, no sólo por la apariencia, sino llegar a un término que sea vivir sin género, no necesitar una transición, poder despertarte y decir descubrí que soy hombre, y serlo, pero ahora nadie puede, primero viene el cuestionamiento, después la culpa, sobre todo la culpa, la de no encajar, la decepción que puedes generar en los más cercanos, incluso a los lejanos a los desconocidos, quienes simplemente porque tú seas distinto te pueden sacar la chucha. Yo veo todo este caso de acoso callejero, y yo digo por qué le hacen esto a las minas, yo agradezco dentro de todo no ser tan mina. Esa es la ventaja de no sentirme así, de no ser tan patrón, ni tan estereotipo, a mí nunca me han llamado en la calle gritándome hueás. Hay personas que tienen que vivir con la no aceptación, el rechazo, la violencia, yo me miro y me digo que finalmente soy muy afortunada.

Ahora me siento mejor conmigo porque estoy en la universidad y no me huevean por la ropa y soy más libre en algunos sentidos ya que no estoy en ningún tipo de sistema laboral, porque sé que cuando tenga que trabajar tendré que atenerme a otras reglas desgraciadamente, entonces igual por mientras yo estoy bien, no sé cómo será después, espero tener un trabajo que me permita no usar falda, pero es una cuestión que mientras pueda lo voy a aprovechar, mientras pueda sentirme bien conmigo misma a pesar de que hay cosas de mi cuerpo que son marcadamente femeninas y que me gustaría no tener, o que hay cosas más masculinas que sí me gustaría resaltar, por el momento puedo estar bien así como estoy.

## VII.B- Relato Catalina

Mi mamá me decía que no había diferencia entre ser hombre y ser mujer, después me fui dando cuenta que al parecer no era tan así la cosa, y eso me angustió. Yo siempre, siempre me junté con mis compañeros, jugaba a la pelota con los niñitos, hacíamos competencia con los trompos. De ese tiempo ni siquiera tengo recuerdos de las niñas de mi curso, con ellas era más complicado, siempre las veía en grupitos cuchicheando, ellas no jugaban.

Empecé a ver más esas diferencias cuando en los cumpleaños o navidades me regalaban puras barbies, y a mis primos de mi misma edad les regalaban los juguetes que yo quería, y yo preguntaba ¿por qué a mí no me podían regalar una pelota? ¿yo qué hago con una Barbie? Después mi mamá lo comprendió y me empezó a comprar Max Steel<sup>27</sup>. Ella y mi papá no creían en esas diferencias que hacían con los juguetes y tampoco con los colores. Una vez me regalaron un jeep de juguete azul -también estaba en rosado- pero a mí me carga el rosado.

En varias oportunidades mis compañeros me dijeron que no podía jugar porque era mujer, creían que era distinta por ser niña, me pasó algunas veces cuando quería jugar a la pelota. Recuerdo que yo me enojaba y pensaba que eran muy estúpidos ¿Por qué yo no iba a poder jugar por ser mujer? ¿si éramos iguales! -o sea- a los 6 años todos somos iguales. Lloraba y mi mamá me decía “tienes razón son tontos”, que no tenía importancia, y quedaba en eso, hasta que volvía a pasar. Esto me marcaba mucho, me enojaba, era una frustración de ¿qué importa si soy hombre o mujer? -y después pensaba- ¿Por qué soy mujer? Sólo sentía mucha rabia, me daban ganas de pegarles -pero me lo decía a mí- y nada, ellos seguían jugando.

Me pasaba también en los bailes del colegio, cuando era muy niña en el jardín hicimos una presentación y los hombres estaban sobre el barco remando, y las niñas estaban debajo lavando ropa, y yo le dije a la tía que no quería estar lavando ropa a la orilla de la playa, quería estar en el barco, y la tía me dijo que ya, y yo era la única vestida de niña que estaba remando con los hombres. Tengo varias fotos de eso, no sé cómo habrá sido para ella, yo sólo se lo dije. Esto pasaba en todos los bailes, si bailaba cueca yo quería ser el huaso, lo que fuera yo quería ser el hombre, y a veces me decían: “no tú no puedes porque eres niña”, me

---

<sup>27</sup> Muñeco de acción.

daba rabia, es rabia todo el rato, y siempre culminaba con el ¿Por qué no nací hombre? -Eso es muy constante- el enojo y el ¿Por qué no nací hombre?

Antes de empezar a desarrollarme, no tenía problemas con mi cuerpo, pero después desde que me empezaron a crecer los senos, empecé a ocupar la ropa más ancha, porque tengo unas pechugas muy, muy grandes, son súper incómodas, como que no quería mostrarlas, no quiero que en la calle me estén mirando, no quiero que me griten cuestiones, como que no quiero nada, nada, las aborrezco con todo mi corazón. Por eso en la vestimenta de los 13 o 15 a los 18, pasé por una etapa en que me vestía con pura ropa ancha, todo me quedaba muy grande, me ocultaba, no quería que miraran mi cuerpo, incluso la gente en la calle a veces me trataba como hombre, y a mí no me molestaba.

Cuando me llegó la regla fue cuático, hasta el día de hoy no me gusta. Me llegó muy chica, no sé si faltaba un mes para cumplir los 10 años o ya los había cumplido, es porque tengo mucho estrógeno, a algunas les llega muy irregular, a mí me llega las 12 veces, de hecho son 13, y me llega cada 28 días a la misma hora como si tomara pastillas, así de regular. Esto me molesta mucho, y vuelvo al pensamiento de que si yo fuera hombre esto no me pasaría, además, mi papá es muy penca como papá, y cada vez que peleaba con él, y yo le sacaba en cara algo, él respondía que era porque yo andaba con la regla, y yo -¡no!- y si andaba con la regla me enojaba más po, obvio. Entonces que me llegara la regla bajaba el perfil de mi opinión, no valía nada de lo que estaba diciendo porque andaba con la regla. Ahí nuevamente empecé a cachar que si hubiese sido hombre mi opinión habría sido más válida, entonces no es sólo que estaría más cómoda siendo hombre, sino que también me habrían escuchado más.

Esta historia también pasaba con mi abuelo, él siempre le pedía la opinión a mis primos -a mí nunca- yo creo que ni me miraba, ni le interesaba. En algún momento algo dije y él me miro y me dijo: “sí, tienes mucha razón” ¡después de años ignorándome! me dio la mano, y después de eso me pedía la opinión a mí primero. Entonces, ahí pensé que podía ser que no era por ser mujer sino porque estaba con la gente equivocada, que creen que por ser mujer no valgo, y me di cuenta también que puedo hacer cambiar a la gente, que mi opinión también era válida por muy mujer que fuera, ahora si te llega el loco que te dice: “es que estay con la regla”, no puedo hacer nada, también depende de la persona, mi abuelo se abrió me escuchó y dijo: “ah ya, la loca piensa”.

Yo siempre supe que me gustaban las mujeres, a los 10 mi primer amor fue una compañera, para mí no fue drama, pero tampoco se lo dije a nadie. Según mi papá él había notado desde que yo era muy chica que yo era lesbiana, y le dije que esos eran estereotipos porque ¿en qué te fijas para pensar que una niña de 4 años pudiera ser o no lesbiana? Desde ahí que no tenemos contacto, a veces por teléfono me pide perdón, pero después se le olvida.

Ser lesbiana fue muy complicado porque cuando quería tener una pareja yo siempre pensaba que me iba a rechazar porque no soy hombre y ahí me angustiaba, de ¿por qué este cuerpo? ¿por qué -más encima- tan femenino? yo tengo la espalda chiquitita, soy bajita, tengo harta pechuga, estoy en el extremo de un cuerpo femenino. A pesar de esto nunca pensé “voy a pasar a ser hombre”, hasta que empecé a andar con una niña a los 14 años. Ella me decía que me amaba pero que era hetero, yo también le decía que la amaba y ahí le dije que estaba dispuesta a operarme si eso a ella la hacía feliz.

Esa etapa fue muy frustrante porque ahí la culpa de todo se reducía a que yo era mujer. Me cortaba el pelo, y ese era el tiempo en que usaba la ropa ancha. Había momentos en que pasaba piola, no me veía como mujer, entonces podía darle un beso en la calle, era feliz cuando podía darle un beso en la plaza. Ahí todos los días pensaba ¿por qué no nací hombre? ¿por qué? ¿por qué teniendo las mismas probabilidades de ser hombre salí mujer? -miraba a mi hermano- y pensaba ¿por qué él nació hombre y yo no?

Después fue terrible porque ella me engañó con un hombre y me dijo que estaba con él porque era un hombre, aunque igual seguí estando con ella, fui su “patas negras” como por tres años. Me decía que no podía ser lesbiana, ahora pienso que eran trabas de ella no mías, pero en ese momento yo no podía hacer nada. Tenía muchas inseguridades, sentía que estaba limitada a estar con mujeres que les gustaran las mujeres, y me echaron de hartas casas, ahí yo no pensaba “es que soy mujer” sino “¿por qué no nací hombre?” es distinto el enfoque, es: “acepto que soy mujer, pero pucha que habría sido bacán nacer hombre”.

Como a los 13 años le dije a mi mamá que me gustaban las mujeres, ella me llevó al psicólogo porque quería saber si yo de verdad era lesbiana o si estaba intentando llamar la atención (eso me lo confesó hace poquito). En ese tiempo ella estaba con terapia porque tenía depresión, entonces me ofreció ir también, y yo acepté porque me caían bien. Para el psicólogo todo era porque tenía problemas con mi papá, y porque estaba ausente. Y yo me enojaba y le decía

que no, que no era mi papá, mi papá no es nada, está ausente, y él insistía. Después de varias sesiones él me dijo que yo era lesbiana y a mi mamá que yo no estaba llamando la atención.

Después de un año hablé con mi papá, en ese momento yo tenía una pareja mujer, pero no me asumía como lesbiana, yo no le dije: “soy lesbiana”, dije: “tengo una polola” si yo fuera hombre me catalogaría como heterosexual. No entiendo a los gays, me gustan demasiado las mujeres, y me encanta que vayan con su arito, con el pelo largo, yo no estaría con una mujer masculina. Teóricamente lo que importa es la persona, pero me fijo en mujeres más femeninas, aunque si algún día quizás encuentro un hombre que me guste mucho no me voy a cerrar a la posibilidad de que pase, porque yo de verdad creo que todo puede pasar al menos teóricamente, pero nunca me ha pasado.

En ese caso yo igual fui afortunada porque mi mamá me aceptó como lesbiana, y también el resto de mi familia, incluso cuando mi mamá se casó de nuevo, ella le dijo a su pareja aunque él fuera homofóbico. Tiempo después él sinceró que no es que fuera homofóbico sino que desconocía, y que yo no había sido un problema. Eso es lo que provoca mi mamá, es un aquí en la casa vas a estar bien, y siempre me dice que tenga cuidado, que no ande en la calle de la mano, que mire a mi alrededor, sobre todo cuando pasó lo de Zamudio, para ella fue terrible y me empezó a poner horario, y me decía que intentara volver en grupos donde estuviera al menos un hombre -y eso me afectaba yo no necesito un hombre.

El drama igual era cuando yo salía con mi pareja, y de repente un loco se acercaba y nos decía: “lesbianas culias” o un viejo verde: “hagamos un trío”, esos que te persiguen en la calle, creen que porque uno es lesbiana, no tiene límites y va tener sexo con todos; menos mal que no nos ha pasado nada más allá de los insultos. Esas cosas me incomodaban pero siempre llegaba después a lugares más protegidos como mi casa.

Cuando creí que podía ser hombre fue más grande porque participé en el MOVILH, estaba en el Liceo, hicieron como una brigada estudiantil del MOVILH y me inscribí. Ahí conocí a un cabro que había salido en los medios porque le habían pegado en el colegio, había pasado de Fabián a Fabiola, y en el colegio nadie sabía lo que era ser trans. Cuando lo conocí pensé que quizás era como él, pero la diferencia es que él era intersexual, yo sabía que era mujer, porque a mí me llega la regla todos los meses súper regular, tengo una cantidad de estrógeno pero increíble, tengo unas pechugas enormes, o sea soy mujer. Entonces pensé que su caso

era diferente porque es intersexual, pero hay mucha gente que no es intersexual y que es trans. Vi unos reportajes en la tele de trans, que al final se hacían pareja entre ellos mismos, se trataba de dos estadounidenses, ahí empecé a leer, a leer, a leer.

Con Fabián hablábamos de esto, él me contaba que le iban a hacer un pene, que era súper complejo y que no iba a ser cien por ciento funcional, que le podían dejar un micro pene, pero que era micro; o podían hacerle un pene más grande pero que no iba a ser funcional, entonces era súper complejo todo. Yo no quiero eso, no quiero ver mi cuerpo mutilado completamente, porque por lo menos lo que tengo ahora es funcional, sirve y prefiero tener esto antes que tener un pene mal hecho, porque tampoco voy a ser un hombre-hombre, voy a ser un hombre a medias, y eso es lo que no quiero, para eso mejor me quedo con lo que tengo. A veces pienso que la única salida viable que yo tengo sería usar ropa más masculina, cortarme el pelo y empezar a verme como hombre, quizás estaría más cómoda, porque yo no me operaría, no pasaría por todo eso, me hubiese gustado haber nacido hombre al tiro, no tener que cambiarlo ahora.

Tal vez si saliera un cambio de cuerpo mágico, que me dejara de verdad como un hombre, yo creo que lo haría, si yo tuviera el resguardo legal, que si yo me opero y después soy hombre, soy un hombre más. Como que no me importa pensar si se debe tener mucha plata, puedo ahorrar eso no me complica, pero con ese resguardo legal y que tenga garantías de que va a salir bien, de que voy a tener un órgano funcional, de que no voy a tener problemas cuando tenga sexo, cuando vaya al baño, que no vaya a tener problemas cuando me mire y vaya a decir: “no era esto lo que quería”.

Fabián fue como un antecedente de lo que yo no quiero que me pase, a él lo echaron de la casa, estaba viviendo después con la polola y la encontró con otro tipo teniendo sexo, él me decía: “es porque estoy mal operado y no la puedo satisfacer porque no estoy completo”. Yo no quiero estar en un cuerpo incompleto, ni conocer a locas y que después se den cuenta que no tengo pene. Ahora no sé obviamente uno lo puede conversar y ahí corres el riesgo al tiro de que te digan: “no, yo no quiero esto” y entonces volverías al mismo pensamiento: “es que soy operado si hubiese nacido hombre sería todo distinto”. Claro, porque alguien que está con su cuerpo normal, o biológico, es lo que es y la otra persona no tiene expectativas, no te va a rechazar, eso eres. Yo no quiero que me rechacen, yo no quiero acercarme a una loca,

con una cuestión que es como a medias, no quiero que una persona me deje de hablar porque soy raro. Uno lo ve en la universidad en comentarios homofóbicos de profes ¡le pasa a los gays cómo no le va a pasar a un trans! El conjunto de todos esos rechazos yo creo que es muy dañino y yo no quiero dar la pelea, o sea si yo no quiero que un viejo verde me diga cosas en la calle, menos que un conjunto te diga que eres un bicho raro.

Sé que sería más feliz si hubiese nacido hombre, todo el rato que lo pienso es angustia, y es un bucle infinito, estoy todo el rato dando vuelta, vuelta, vuelta. Después me paro y me pregunto ¿para qué estoy pensando esto? no concluyo nada nuevo, sé que no voy a hacer nada y ahí siento la angustia de nuevo, me quedo tranquila un rato y después de unos días vuelve el cuestionamiento. A veces reniego, no contra Dios, contra lo que me haya hecho ser así, un algo, debí haber nacido hombre ¿por qué estoy en un cuerpo de mujer? pienso que pa qué tan mala onda, si podría haber sido no trans, para qué me hizo trans. Es como un enojo con esa entidad, porque a quién le voy a alegar, no puedo, tengo que cargar sola con todo esto. Intento no culparme, no decir “soy yo”, es este ente que me hizo ser así; es como si estuviera enferma, y no es mi culpa estar enferma, o sea quizás no como una enfermedad, sino como algo en lo que no tuve incidencia, así como yo soy morena y mi hermano es blanco, pasó no más, pero tengo que concentrarme mucho para llegar a esa conclusión.

Después pienso que en realidad esas diferencias tienen que ver con el género, que está impuesto por la sociedad es ¿sólo que yo tengo problemas con que me impongan un género? ¿O es que yo quiero ser hombre? Y hay noches enteras en que yo paso analizando y dándole vueltas a esto, y concluyo que debería ir a un psicólogo que me diga con qué tengo problemas, no sé qué me dirían. Pero no lo he hecho, creo que me da miedo que me diga: “sí, tú eres hombre”, siento que me frustraría mucho más, porque no tengo la fuerza para operarme, para llevar el proceso entero, entonces viviría todo el tiempo pensando “soy hombre y no me voy a operar”.

Estoy segura, muy, muy segura que no me siento cómoda siendo mujer, pero aún no sé si lo que quiero es ser hombre o simplemente una ameba, estoy súper asqueada del mundo, de todo lo sexista que hay en él. En algún momento mi mamá me dijo: “yo tuve una hija no un hijo, así que está bien que tú tengas una pareja quien sea, pero yo tuve una hija no un hijo”, eso a mí me puso un límite al tiro y pensé que no podía comentar lo de ser trans, ni nada. La

primera vez que se lo comenté a una amiga, ella me propuso que podía vestirme completamente de hombre, y actuar como hombre a ver cómo me sentía, pero por miedo a todo no lo hice, a mi mamá sobre todo, a que me dijera: “no, yo tuve una hija no un hijo”.

Cuando logré un poco ver mi cuerpo de otra forma y me cuestioné más fue después con otra pareja que era súper feminista, súper vegetariana, súper lesbiana, súper anarquista, entonces yo la miraba con una admiración increíble, encontraba que tenía razón, que si alguien te viene silbando en la calle no es para que uno diga “si es que soy bonita”, no tienen por qué hacerlo. Empecé a ver la hueá del género como una imposición, porque antes yo también sabía que había hombres y mujeres pero no lo veía como una imposición, creía que uno nacía y el curso natural de las cosas te llevaba a hacer hombre o mujer, veía a todas las mujeres felices, más allá de los pocos transgéneros que yo había conocido, veía que todos encajaban súper bien en lo que le tocó ser y usar, nunca había visto a alguien que dijera: “a mí me gusta mi cuerpo pero no la ropa que me venden”, o los colores. Todo estaba muy bien, y claro creyendo esto yo me sentía más rara todavía.

Mi problema es el cuerpo, hablando con mi pareja ella me decía: “tu cuerpo es súper bonito, tú no te valoras pero tu cuerpo de mujer es muy lindo, y yo no quiero estar con un hombre, soy lesbiana”. Ahí empezó el tema de que soy mujer, aceptemos mi cuerpo, y fue la primera vez que yo me miré de otra manera. De a poco he ido aceptándome más, de hecho con mis parejas sexuales hace poco que estoy dejando que me toquen libremente porque no me gustaba que me tocaran ni las pechugas, ni la vagina, no, lejos de eso, me desagradaba mucho, ahora ya no. Igual me sigo sintiendo incómoda pero no mucho, cada vez me siento más cómoda así. Cuando escuchaba a la gente decirme que envidiaban mis senos, yo no las entendía, pero ahí empecé a darme cuenta que tengo un cuerpo femenino que no es lo que a mí me agrada pero es bonito, de una manera distinta, y pese que a mí me incomode a ella le agradaba. Entonces ya daba igual, empecé a no sentirme frustrada por no ser hombre, podía tener una pareja y ser feliz así, pero siempre de vez en cuando aparece de nuevo el cuestionamiento.

Estoy como rendida, como que en verdad no quiero tener cuerpo, no voy a lograr nunca ser hombre porque de verdad lo veo demasiado imposible, pero tampoco quiero ser mujer, no quiero ser nada, no quiero identificarme ni con uno ni con otro. Yo creo que el ideal sería

que no existieran ni hombres ni mujeres, que si tú quieres andar con camisa, corbata y falda, hazlo. Pero como en este momento el mundo de verdad es binario, todo se divide entre hombres y mujeres, masculino y femenino, están muy marcados incluso dentro de nosotros, entonces ese ideal no creo que llegue por lo pronto. Siempre va a haber gente que nace sin ser hombre ni mujer, no tienen por qué obligarte a elegir entre uno y otro, aunque aún si pudiera elegir sería hombre definitivamente.

Quizás haría un cambio más superficial, ser transgénero, tener un psicólogo y hormonándome, puede ser que hasta ahí yo llegaría, porque hormonarse igual podría ser transitorio y si quiero dejar de hacerlo vuelve todo a la normalidad. Creo que si alguna vez hiciera una transición mis amigos me aceptarían, con mi mamá sería una batalla terrible pero yo creo que la ganaría, ya me ha aceptado antes, ahora si no lo acepta sería lamentable, pero si es lo que yo quiero, y pienso que me va a dejar bien, lo haría igual.

### **VII.C- Relato Noah**

Yo me acuerdo que jugaba con mi vecina a la mamá y al papá, y yo siempre era el hombre, simulábamos el acto sexual y yo hacía así con mi dedo entre las piernas y jugábamos. No era una relación como de niñas, o sea de mujeres entre sí, yo era el niño, yo era el papá.

También jugaba con muñecas, tenía una Barbie y como hombre se llamaba Tommy, ese era mi favorita y era como yo, pero de repente a Tommy yo le ponía vestido, y Tommy andaba por ahí con vestido, y después era el macho alfa y se comía a todas las chiquillas y luego volvía a usar vestido; en ese sentido mis juegos eran súper raros. Igual estaban los juegos mixtos, siempre eran todos mezclados, como cuando salíamos en bicicleta. De esa época no recuerdo mucho, pero no era rechazo a lo femenino, sino que siempre sentí que a las niñas las obligaban a estar como más tranquilas y los hombres podían hacer y deshacer y no les decían nada.

Hacia los 5 o 6 años le pedí a mi mamá que me cortara el pelo corto, pero mi mamá no quería mucho así que me cortaron el pelo muy feo, una melena de señora, eso fue lo más corto que me dejó tener. Sobre la ropa siempre heredé la ropa de mis primos, igual a mí me gustaba usar esa ropa. Lo mismo en el colegio cuando nos tocaba bailar, a mí me tocaba de mujer pero yo jugando le sacaba el poncho a mis compañeros y ahí aprendí a bailar como hombre, bailaba con mis compañeras o con la vecina, pero no públicamente. En cuarto medio recién en un colegio de mujeres convencí a mis compañeras de bailar cueca y junto a otra, nos vestimos de huaso y ahí cumplí mi sueño.

Siempre tuve sobrepeso, me desarrollé antes que todas mis compañeras como a los 8 años, me empezó a salir un puntito así, unas pequeñas bubis y yo pensaba -¡no que terrible!- Y estiraba los brazos y desaparecían, pero después me rozaban la polera y pensé que era atroz, encontraba que en mí eran tan feas. Cuando me comenzaron a crecer más evidente, las intenté ocultar, usaba un peto deportivo y me las aplastaba. Mi mamá me decía que usara sostén porque así me iban a crecer feas, pero me daba lo mismo, usaba peto, dormía con peto; sentía que no quería tenerlas. Ahí comencé a caminar encogido y a usar polar en verano, diciendo que tenía frío aunque hicieran mil grados, en el fondo no me gustaba tener pechos.

La regla fue lo mismo, me llegó antes que otras compañeras y me cargó aunque yo creo que a ninguna mujer le gusta la regla. Cuando estaba en el baño le dije a mi mamá, era una

cuestión como café, y ella me dijo que me fijara por dónde salía porque podía ser una infección urinaria y yo pensaba –por favor, que sea una infección- pero no, y había escuchado la típica que a otras niñas le decía: “te convertiste en mujer”, y yo no quería eso.

Un poco más grande empecé a tener caderas y pensaba -¡no, por qué, qué está pasando!- y ahí ya era terrible me sentía súper disconforme con mi cuerpo pero no era que yo dijera “ah quiero ser hombre” yo no los veía como objeto sexual, era un “quiero verme así”, pero nunca asocié eso a un quiero ser hombre. Además, en ese tiempo no tenía mucha información, cuando pensaba en alguien trans pensaba en una mujer travesti, entonces era como no identificarse en nada.

A fines de la básica principios de la media, todas empezaban a arreglarse, pero yo me sentía súper diferente a todas las niñas, ellas se arreglaban y se veían maravillosas y yo pensaba – huevón soy un monstruo-. Intenté en alguna ocasión ponerme jeans y botitas, así como todas las niñas pero me sentía como en un disfraz, y sentí que si lo hacía la gente lo iba a notar, me veía ridícula, aunque nunca pasó, las veces que me disfracé de mujer la gente me decía que me veía linda pero yo me sentía incómodo. Sabía que me veía muy mal pero no me nacía arreglarme como lo hacían las mujeres; hasta que dije si soy fea, soy fea, y me quedé con mi fealdad ahí, mucho tiempo. La parte intelectual, que a mí me iba igual bien en el colegio era como lo único en lo que siempre he estado seguro de mí mismo, era como mi única cualidad positiva, suena depresivo pero he sido históricamente depresivo.

En la media todas mis amigas habían tenido pololo yo pensé -me voy a morir sola- que nadie se iba a fijar en mí porque era la matea, la ñoña, y me veía horriblemente horrible, en eso llegó un niño que me caía mal, muy mal, era pesado y feo. Él me dijo que le gustaba y ahí se refleja mi baja autoestima porque yo le dije que ya bueno, ni siquiera esperé a que me gustara un poquito, era como si no estoy con él, voy a estar sola por siempre, y esa fue mi primera experiencia amorosa. Estuve con él un tiempo y era muy incómodo, y darle besos me daba asco, pero yo pensaba que era normal. Con él se revivieron todos mis temores como de autoestima porque empezó a jotear a una ex y yo lo pillé, y lloré mucho pero no por él sino por la hueá de que me estaba cambiando y la otra era mejor que yo ¡y la huevona era horrible!

Tuve otro pololo en segundo medio, era una relación de amistad más que pololos, entonces para mí todo estaba bien, y de repente nos dábamos la mano. Cuando estaba con él me

empezó a gustar mucho mi mejor amiga que era demasiado hetero, y le conversaba mucho de ella a mi mamá, hasta que un día me preguntó si me gustaba y yo le dije: ¡pero mamá! Y ahí empecé a pensarla, y era como no, me cae bien la admiro hasta que un día faltó y yo me volví loca, ahí me di cuenta que me había enamorado y fue mal, porque yo tenía una depresión muy heavy desde la pubertad, me corté como de los 12 a los 16, con pensamiento suicida y toda la cosa.

Después conocí a otra niña que también estaba enamorada de su mejor amiga y también se le estaba acabando el mundo, ella se consideraba bisexual en ese momento, empezamos a hablar y nos comimos, y ahí terminé con mi pololo. Esa fue mi primera polola y todo tenía sentido, ya no me daba asco y era maravilloso.

Cuando terminé con mi pololo comenzó toda una persecución porque le dijo a todo el mundo que yo era lesbiana, me empezaron a hacer bullying, fue muy triste. Tenía una psiquiatra y le dije que no podía estar más ahí, exageré para que me sacara y terminé dando exámenes libres, ella también me hizo los primeros test de sexualidad pero en ese tiempo, como a los 15 me daba mucha vergüenza hablar de eso, una pregunta era si cuando me masturbaba pensaba en hombres o en mujeres y yo sentía mucha vergüenza, me quería morir y como no respondí nada de eso salí “indefinido”. Después tuve que hacer un dibujo de una familia y uno de los hijos era un hombre y empezó a preguntarme si sentía que podía ser un hombre y yo me sentí muy atacado y le dije que no, que era porque se veía bonito, después de eso no me preguntó más.

Más grande cuando le conté a mi mamá que me gustaban las mujeres, ella me apoyó porque había tenido un amigo homosexual que su familia lo rechazó y acabó suicidándose. Después de mucho tiempo me enteré que había sido muy difícil para ella, pero nunca lo demostró porque trató de hacerlo natural para que para mí fuera fácil. A mi papá le conté 6 meses después porque la psicóloga insistió, me sentía atrapado porque tenía que mentirle cada vez que salía con mi pareja. Pero no pude decirle, le pedí a mi mamá, ella lo habló y mi papá le dijo que ya se había dado cuenta. Recuerdo que ellos pensaron que yo era lesbiana pero yo nunca dije: “soy lesbiana”, como que tenía todas las características y me lo imponían, pero nunca sentí que mi identidad fuera “ser lesbiana”, a la gente le cuesta entenderlo, pero es eso, saber que no lo eres.

Después comencé a buscar más información participando en talleres, porque hasta ahí la única persona lesbiana que conocía era mi pareja. El primer taller fue Movimiento por la Diversidad Sexual y fue impactante - ¡era la cagá! - yo era el más chico, tenía 15 iba a cumplir 16, conocí gente muy gay, cola, ultrafuerte. Ahí conocí a un trans pero ya había cambiado, yo no me imaginaba su transición era como muy lejano, y nunca me atreví a preguntarle nada, cómo se sacó el útero o que tenía abajo, como las típicas preguntas morbosas pero yo nunca las pregunté porque supuse que no correspondía.

Antes lo asociaba todo a travestismo pero en mi mente eran hombres que se vestían de mujer y nunca como mujeres que se visten de hombre. Me llamaba la atención, pero como era feminista extremo de los que odian a los hombres, eso también me costó en mi proceso, era como querer empezar a parecer lo que yo siempre había rechazado, ahora me molesta que me traten en femenino pero más que me metan en el saco de los hombres.

A los 16 en esa organización formamos el grupo de mujeres, fue raro estar en ese grupo, pero igual estaba ahí con un chico gay que decía que realmente sentía que era mujer, era como una “mujer del alma”, y yo me identificaba más con los gays que con las mujeres. Me decían camionera y yo me sentía como femenino, pero no como mujer femenina sino como feminidad de hombre gay. Entonces conocí la típica frase “la mujer se hace no nace”, y ese día yo dije: no soy mujer. Pero me quedé ahí, fue para mí, y para mí no conllevaba si no era mujer ser hombre.

Como desde esa edad que quería cortarme el pelo pero mi mamá no me dejaba, pensaba que yo quería seguir una moda, me decía que me iba a arrepentir y que me iba a ver fea. Mi papá también me dio como susto a él le gustaba que las mujeres tuvieran el pelo largo, y yo no quería romper sus expectativas. Entonces cuando ya tuve 18, un día entré al baño tomé las tijeras y empecé a cortarme el pelo, primero me rapé a un lado, después al otro lado, hasta que me sentí preparada. Me lo fui cortando de a poco al principio me veía medio mujer, quería algo medio ambiguo, poder verme como niño sin dejar de verme niña, después me lo fui acortando cada vez más.

Cuando llegué a la OTD a un ciclo de cine, llegué igual con el pelo corto, con ropa de niño y asumieron que era trans masculino, que quería ser hombre una cosa así, entonces todos me trataron de “huevo”, “perro”, “él”, y me sentía súper raro porque todo era “o”, “o”, “o” y

yo hasta el momento seguía con pronombre femenino. Mi psicólogo estaba intentando ocupar femenino y masculino como alternándolo, me decía “o” – “a” era muy chistoso. O cuando me escribía correos ponía X, pero nadie me trataba como “él”. Yo le había pedido a mi mejor amiga, pero a ella no la veía como mucho, entonces por whatsapp ella me decía “huevo”, “loco”, trató de cambiar eso por lo menos. Pasaba en la OTD y llegaba súper tarde a mi casa, porque ese era el único lugar en el que sentía que podía hablar bien. Ahí dije no, tengo que decirlo en mi casa, y escribí una carta gigante se la di a mi papá, después a mis parientes.

En el tiempo de ese cambio en el pelo yo andaba con una lesbiana pero a ella le gustaban las mujeres más femeninas, por eso me daba miedo cortarme el pelo porque me podía patear, traté de feminizarme, me encrespaba las pestañas y trataba de ponerme mis tenidas más femeninas cuando la veía, hasta que un día pensé “no esta hueva es como disfrazarme” y hablé con ella, que si le gustaba le gustaba sino mala cuea porque yo no me iba a vestir como mujer.

Ahí ya me importaba un poco la gente, me empecé a vestir como niño full extremo, me compraba mucha ropa de niño que siempre me había gustado, pero que nunca había usado, porque no me daba la perso. Cuando usaba ropa de niño no me gustaba que se me vieran las pechugas, nunca me gustó, las comencé a ocultar más pero aún no puedo hacerlo completamente, ahí empecé a ser más niño, más niño, más niño, y me corté más el pelo, más el pelo, más el pelo, llegué casi a raparme, así como muy ultra pelado y mi papá así pal poco, pero ya dejó de decirme cosas.

También empecé a fajarme porque no me gustaba como se veían las poleras con tetas, aunque antes ya me las aplastaba, la primera vez fue súper incómodo no podía respirar la ocupé como 2 horas y quedé tirado al día siguiente, porque te comprime como un abrazo muy apretado todo el rato, hay gente que fajándose se ha roto las costillas, porque no todas están hechas para que puedas respirar, y como yo partí fajándome con hueas que encontraba no más, no era lo más adecuado entonces respiraba apenas, me movía apenas, todo apenas.

Cuando entré en la universidad a estudiar kinesiología empecé a sentir más esa diferencia, porque ya me había masculinizado más y me veían como lesbiana y eso era lo que más me empelotaba, que me vieran camionera. Ahí fuí al psicólogo de nuevo porque me costaba mucho concéntrame, en las sesiones empecé a analizar el uso de mi tiempo, y me di cuenta que

estaba atrapado viendo videos todo el día en youtube de transiciones de niños trans, pensaba -¡que tierno!- se daban cuenta como a los 5 años, vi también que los hombres partían como lesbianas y después se cortaban el pelo, y se sentían cómodas, libres, y se empezaban a vestir más como niños y comenzaban el tránsito, y yo así -¡oh my god!- entonces me puse a ver mil, mil videos, todo el día, todos los días. Vi el video de un chico español que decía que él había estado 6 años viendo videos antes de asumirlo, que si uno veía tantos videos era por algo, en otro una psiquiatra decía que si uno se preguntaba si era o no transexual, probablemente sí lo era, y me hizo mucho sentido.

Mi problema era que no me sentía 100% binario, entonces pa que iba a transitar hasta el otro lado si tampoco me sentía completamente del otro lado, y pensaba -¡ah quién soy, porque no puedo ser una de las dos por la chucha!- así llegué al Gender Queer gente que hacía la transición a medias o gente no binaria y yo así -¡existe, existe!-. Lo bueno fue que yo sabía inglés porque había pura información en inglés, pero si no supiera inglés seguramente todavía no habría empezado nada. Ahí comencé a pensar que podría hormonarme en dosis bajas, porque la gente pasa a estar al medio, y vi la diferencia entre identidad de género y expresión de género, eso marcó la diferencia a mis 19 años. Pero tenía miedo de tener que asumirlo, tener que decirle al mundo, ¿por qué tenía que dar explicaciones? pero iba a tener que hacerlo, me iba a salir barba, ¿qué podía decir? Entonces un día me corté un poco de pelo y me lo puse en la cara y pensé -a la mierda la gente, me vería guapísimo con barba-. A veces estaba seguro de que quería la hormonación, a veces no, y se lo comentaba a mi mamá, y le mostraba los videos y ella se los mostraba a mi papá pero a él no le había dicho nada. Lo que nunca dudé fue que me quería sacar las pechugas, pero soy pobre, entonces eso es muy triste para mí hasta ahora.

Luego fue buscar un nombre estuve como 1000 meses buscando nombre, grababa videos para mí mismo como los que veía en youtube pero nunca subí nada y tengo mil nombres, en cada video tengo un nombre distinto. Cuando tuve algunos le dije a mi mamá y a una amiga y decidí por uno más unisex: Noah.

Sobre el cuerpo, yo pienso que tengo como disforia baja, o sea no siento que tenga un amor eterno a mi choriflai, no es como que lo amo, pero tampoco que diga que es atroz, de hecho no me pondría un pene, igual va porque las operaciones son una mierda, si comparai la

formación genital para hacer un pene y hacer una vagina, es muy distinto, las neovaginas quedan espectaculares, casi que si tú no erí un experto en vaginas pasa piola, pero en cambio la pa ser hombre no po, te sacan pedazos de piel y te queda como un colgajo, no tiene sensibilidad y tienes que erectarlo manualmente. Creo que las operaciones están demasiado mula por ahora, incluso yo sueño con estudiar medicina y algún día hacer penes maravillosos para la gente trans.

Cuando cambié la ropa, todas mis poleras eran de hombre pero el pantalón era de mujer porque no me atrevía a ir a los probadores de hombre, pero un día llegué y entré cara de palta al probador de hombres, fui con una amiga me probé los pantalones se los modelé, me saqué hasta fotos y me lo compré. Estar al medio es siempre un problema, me pasaba también con los baños, odiaba los baños con todo mi ser, pensaba que si entraba al baño de hombres me podían echar, en el baño de mujeres nunca me echaron, pero si me quedaban mirando con cara de pico, se fijaban si tenía senos, a veces entraba exagerando mi posición para que se notara que tenía senos. Una vez entré al de hombres con lentes de sol, porque encontraba que así me veía más hombre, y cuando entré había un chico haciendo pipí y yo así, sin mirar, porque sentía que si los miraba iban a decir “aah tú me estás mirando, tú eres una mujer”. Después dije ya mala cuea, pero cuando entraba intentaba estar con más gente, lo mejor era entrar con amigas, o con amigos, ellos me validan y no me hacían problemas.

Ahora que me vean mujer a pesar que llevo un año hormonándome es un problema pa mí, sé que además no me ven como una mujer estupenda, me están viendo como una mujer peluda camiona, fea, descuidada. Pero estoy más empoderado, me veo menos mujer que antes y cada vez me siento menos incómodo en el espacio público, aunque hay quienes me siguen tratando en femenino y no lo entiendo por qué ¡si tengo pelo y se ven! deben pensar que soy una mujer hiperpeluda, y me da como lata, pero al menos ya no me preocupa entrar al baño aunque igual trato de hacerla corta, al menos ya no estoy caleta de rato aguantándome, entro al baño de hombres no más.

En la casa, mi mamá de a poco trató de ser más neutra y cambiar “mi niña” por “mi tesoro”, ella fue capaz de decirme “mi niño”, a mi papá le cuesta más eso, todavía está ahí pero por lo menos se va más a lo neutro, por lo menos ya no me dice “mi princesa”. Igual cuando no le había dicho a nadie no podía esperar que me trataran de niño pero ahora le dije a todo el

mundo, y como que nadie me pescó y es muy triste. Mi hermana me decía que no me podía tratar como hombre porque me veía igual que siempre, que cuando yo tuviera algo que ella no podía tener, que me sacara las pechugas, que tuviera barba, ahí recién me iba a tratar de hermano, me dice: “tú eres mina no te puedo decir él”.

Actualmente, ya está más aceptado, a mí mamá no le gustaba “Noah” y le respondía que ¡cómo si lo escogió conmigo! y es porque le sonaba demasiado duro, entonces mi hermana empezó a decirme Nohita y ahí lo cambiaron. Casi no me junto con mis otros parientes, mi abuela paterna me dijo que me amaba pero que esperaba que yo algún día me pusiera femenina, me convirtiera en una mujer heterosexual, me casara y tuviera hijos, pero que me aceptaba; y que por favor no se me ocurriera ir a su casa con barba porque no me iba a dejar entrar. Ahí mis papas me sorprendieron porque dijeron que si yo no podía entrar no iba nadie, porque la familia éramos todos y entrábamos todos o no entraba ninguno, y yo sentí, por fin me apoyan.

Igual me esforcé en que entendiera mi familia, le mostré videos a mis papas, hablé con mi abuela pero avanzaba un paso y retrocedía dos, una vez mi abuela llamó a mi mamá diciéndole que mi amiga era lesbiana porque había visto algo en face, y a mí se me podría haber pegado y que todos los homosexuales eran pedófilos, y mi mamá le dijo: “sí ahora te tengo que contar algo, yo también soy lesbiana, porque se pega”. Ahí le contó que nosotras habíamos sido pareja pero que ya no estábamos juntas y la hueva, y que no era pedófilo. Yo aproveché y le mandé un video con información y le dije que no era pedófilo, que ni siquiera era lesbiana, le dije que era como pansexual, la llené de términos y empezó a investigar un poco, y se dio cuenta que salía que esto se ve desde la infancia, y ella sacaba sus propias conclusiones y recordó que cuando yo era chica era muy femenina porque yo bailé, hice teatro, danza, cualquier cosa; entonces no podía ser transexual.

La situación con mi abuela igual me complicó porque empezó a tratarme como niña porque quería convencerme, y siguió tratándome como niña. Al final decidí separarme de mi familia más extendida, porque sentía que no me aceptaban y que era súper incómodo para ellos estar conmigo y yo no quería estar pasando por esos malos ratos, entonces cada vez que había un cumpleaños dejé de ir no más, y preguntaban por qué no vino la Danielita y mi mamá contestaba: “por eso mismo no vino, porque no existe”. En el caso de mi abuela materna, mi

mamá ha intentado sensibilizarla más y ella me dice Noah y dice que no entiende nada pero que me ama igual, aunque hablando de mis operaciones eso le costó más.

A mí me carga el término transexual porque es patologizante, viene de la psiquiatría, yo me considero sólo trans o no binario o nada en verdad, pero muchos la ocupan cuando ya te hací operaciones piensan que uno pasa a ser transexual, o sea en este momento sería transgénero pero si me saco las tetas según eso sería transexual, a mí no me gusta entonces no sé si alguna vez vaya a decir: “soy transexual”, encuentro que es muy fea la palabra, es muy médica y patologizante, yo prefiero transgénero o trans a secas, o persona, persona es más bonito, eso me gustaría que dijeras: “eres persona”.

La disforia es ese malestar profundo, permanente que produce menoscabo, desesperanza, dolor y sufrimiento eterno, como que algo no está bien y nunca va a estar bien. Hay cosas que yo veo que son superables pero esto no, es muy triste y me llena de pena, en mi caso especialmente por mis pechugas, entonces siento que nunca me puedo reconciliar, no hay como días buenos o días malos, siempre son días malos. Por ejemplo, yo nací gordo y es probable que siempre sea gordo, y aunque me molesta ser gordo hay días que en verdad me da lo mismo, no es como que me sienta terrible por ser gordo, pero en cambio tener pechugas sí es algo terrible pa mí, me hacen infeliz. Y en eso voy mal, por el sistema público el único hospital que hace la mastectomía es el de Higuera, tengo que estar viajando pa allá, me dijeron que tenía que bajar de peso y no he bajado. Tengo que retirar las hormonas y ahí vuelta a pedir hora y ahí me dan pa un mes más, espero bajar para cuando lo vea y que me dé el pase para ver a un cirujano, sino igual estoy tratando de ahorrar llevo como 300 lucas, y el cirujano que a mí me gusta atiende en la clínica Tabancura y sale como 4 millones y medio, estoy lejos de la meta, entonces estoy organizando rifas y eventos, me han donado algunos premios, y he vendido fajas que hace mi mamá, las hace bien para que uno pueda respirar.

La espalda me duele por la faja, ahora ocupo las que hace mi mamá, son de gabardina de la rígida como de jumper y el resto es lycra, es como una polera, esto lo tengo hace menos de un año porque mi mamá estuvo probando con modelos distintos, y ahora ha vendido algunos a amigos. También mi mamá me regaló un paquete<sup>28</sup> y en verdad no lo ocupo casi nunca

---

<sup>28</sup> Prótesis para hombres transexuales.

porque transpira, se pone hediondo y me da asco, y tampoco siento la necesidad, aunque a veces sí, cuando uso pantalones muy apretados pero casi nunca, porque no me gusta que se noten mis curvas y es incómodo, además como lo uso suelto anda dando vueltas pa todos lados. También tenía para orinar de pie pero la manguerita era muy pequeña entonces tenía que ir haciendo de a chorrito y también era desagradable, así que no lo ocupé más; tengo otro que también ocupan las mujeres incluso es rosado que es para hacer pipí de pie, que ocupo a veces, pero en general en el baño de hombres entro al wc si los hombres igual cagan y no me molesta que se vean mis pies, aunque acostumbrar al cuerpo a mear de pie igual es complicado, tengo que estar muy que me meo para usarlo.

En la masturbación los genitales nunca fueron tema, no era como que me gustaran o me desagradaran eran como nada, estaban ahí me los lavo cuando me ducho y fin; pero después con el crecimiento de las hormonas con el crecimiento del clítoris vienen nuevas sensaciones y ahora sí tengo conciencia de que está ahí, ahora si me caliente lo siento, antes no me daba nada. También cuando tenía relaciones con una persona tampoco me gustaba que me tocaran, en mi época lésbica era como la activa, a veces dejaba que me tocaran pero no se sentía rico nada, después de las hormonas fue como redescubrir mi sexualidad, antes como que me consideré asexual mucho tiempo.

Sobre el útero yo no me lo sacaría, alguna gente lo hace para desligarse de todo lo que tuvo femenino alguna vez, o si estás con testosterona se cree que hay más probabilidades de quistes, cáncer y huevas, tienes que estar revisándolo entonces si eres hombre, que se jura hombre y tienes que ir al ginecólogo, es como “hola soy Noah Daniel y vengo a verme el útero” es muy incómodo y además tienes que preocuparte de algo que no ocupai, porque no quieres parir ni nada. En mi caso no me molesta ir al ginecólogo aunque nunca voy, pero quiero ir junto a otro compañero de OTD, pa prestarnos ropa. A veces igual he considerado la posibilidad de engendrar yo un hijo, entonces como que me da susto sacarme el útero y el día de mañana pensar que quiero quedar embarazado. Además, que no soy fanático de las operaciones entonces entre menos dolor mejor, pero la mastectomía aunque me la hicieran sin anestesia me la haría, aunque sea el dolor más grande del mundo.

En el Hospital Higuera es donde se hace la mastectomía maravillosamente, tienen un protocolo de ingreso para la gente trans. Si me realizo la T las cicatrices son muy visibles

pero prefiero no poder sacarme la polera antes de seguir teniéndolas. Ahí veo en Facebook a mis amigos trans que muestran cuando están en el hospital, con los drenajes, después muestran sus cicatrices y que están felices, pero llevo más de un año esperando. Lo del carnet es aún más largo, empecé el trámite en abril y en octubre me dijeron que me habían rechazado porque tenía útero, y a la mayoría de los chicos se lo aceptan igual con útero, sin hormonas incluso a algunos, pero yo tuve la mala cueca que el juez que me tocó era un saco de hueva que me dijo que como tenía útero podía ser mamá y eso era muy difícil porque tú vas a ser un hombre siendo mamá y esto va a ser muy raro.

Ahora pasé a la Corte de Apelaciones y me dijeron que en 10 meses me daban una respuesta, y la loca de la clínica jurídica ha sacado todos los casos adelante así que sería demasiada mala suerte si me lo vuelven a rechazar, y ahí ya tendría que pasar a la Corte Interamericana y ahí tendrían que pasar muchos años, en la OTD me decían que igual sería bueno, no para mí sino pa presionar la ley de Identidad de Género pero no quiero ser yo quién tenga que pasar por eso po, y me da lata porque hay gente que partió conmigo y ya tiene su carnet, y gente que partió después. Pero los estudiantes y la profe que ahora lleva mi caso que son de la Universidad de Chile me dicen que tengo que esperar no más.

En esto me gustaría dejar claro que soy no binario, es mi lado queers, ser trans abarca muchas cosas, hay muchos matices y que no todos los trans nos identificamos necesariamente con el género opuesto como lo quieren hacer ver, para mí ser trans es simplemente no identificarte con el sexo que te asignaron al nacer, en ese caso yo no me identifico como mujer, me identifico como cualquier otra cosa, da lo mismo, soy trans igual, por mí me encantaría que existiera legalmente un género neutro, yo me cambiaría a eso. Es necesario que se separe la identidad de género de la expresión de género, o sea a pesar que yo busque verme más masculino, no necesariamente me identifico como hombre, eso la gente no lo entiende, como yo me vea no es necesariamente como yo me identifico, porque yo siempre me voy a identificar como neutro a pesar de lo muy hombre que me pueda llegar a ver.

#### **VII.D- Relato Rodrigo**

La primera vez que me di cuenta que me gustaba una niña fue a los 4 años y le dije a mi mamá que me gustaba, y ella me dijo que estaba leseando que eran cosas de niños, porque lo normal que te implantan cuando chico es que tiene que ser un hombre con una mujer,

masculino/ femenino, azul y rosado, pelota/ muñeca. Pero a mí me gustaban las mujeres, y yo lo tenía presente y se lo dije a mi mamá en segundo, cuarto, quinto, octavo, y ella decía que iba a pasar, son juegos, estas confundida eso no más.

Y cuando empecé a crecer un poquito más me di cuenta que mis primos tenían pene y yo no, y yo decía que por qué me faltaba eso, y mi mamá me explicaba: “tú eres niña y eres diferente de los hombres, como yo con tu papá”, pero yo aun así no me sentía acorde.

Yo era de los que rompían los vestidos, odiaba el rosado, jugaba con barbies pero yo era el Ken. Cuando jugaba con mis amigas yo siempre era el papá o el doctor, en todo era hombre, quería usar ropa de hombre, y peleaba porque me dejaban el pelo largo; muchas cosas básicas pero muy marcadas. Yo era también el que se agarraba a combo, tengo dos primos por el lado de mi madre nos llevamos como por dos años de diferencia y con ellos me crie, yo les enseñé a pelear, a mí me llamaron para jugar en la Católica, yo era el que elevaba volantines, yo era el que jugaba a las bolitas, el que estaba encaramado en los árboles y todas esas cosas. De hecho, yo fui el primero en presentar a una polola.

De ahí también los malos tratos desde chico, gente adulta y niños me decían María tres cocos, maricón, maricona, era tanto así que se decían “oye aprovecha de darle un beso” y cuando iba un compañero, yo le decía “¿tú querí que te saque la chucha?”. Cualquier persona que se atravesara y me molestara yo lo dejaba en el piso, porque aprendí a darme respeto de esa manera, tuve que hacerme el fuerte, si no me hubiesen comido vivo, bullying, me hubieran matado no más po, fácil.

Yo ya en ese tiempo pensaba que si fuera hombre me llamaría Rodrigo, porque veía en una teleserie a una niña que jugaba bien a la pelota y se llamaba R<sup>29</sup>, y a mí también me gustaba mucho jugar a la pelota. Quizás ese pensamiento lo tengo, desde que me empezaron a gustar mis compañeras y había cero posibilidad de que me pescaran. Ahí tenía como 10 años iba en un colegio mixto, yo me decía “cuando sea grande voy a cambiar entero” pensaba que iba a llegar súper rico, iban a estar conmigo y después les iba a decir. Ese era mi pensamiento cuando chico, no sé cómo pero sabía que algún día sería hombre.

---

<sup>29</sup> “Rodrigo” es el nombre con el que el entrevistado ha decidido presentar el relato, su nombre legal permite la flexión de género, como por ejemplo: María-Mario, Andrés -Andrea, Martín-Martina, etc. Motivo por el cuál lo hemos simplificado sólo con una R.

La edad más difícil para mí fue cuando ya me empezaron a crecer los pechos y el vello púbico. Yo usaba el pelo largo pero un gorro y amarrado atrás, y ropa ancha para que no se me notara nada, igual que un hip hopero. Lo que me mató fue la regla, me asusté, me puse a llorar le dije mamá que me estaba saliendo sangre, mi mamá se emocionó y me dijo: ¡felicidades ya eres mujer! - y yo me quería morir-. No lo tenía contemplado, mi mamá me había dicho que en algún momento a los 13 – 14 años, pero me llegó a los 11. Nunca fui tanto de llorar sino más de rabia, tenía hechas mierda las manos porque le pegaba combos a la muralla, era más un tema de rabia y de impotencia.

Sobre la sexualidad, yo por mi mamá igual tuve parejas hombre, porque antes ver sufrir a mi mamá era lo peor que me podía pasar, entonces trataba de evitar todo tipo de sufrimiento para ella, más si venía de mi parte. Intenté que no me gustaran las mujeres, lo intenté para darle felicidad a ella, siempre que andaba de la mano con hombres, abrazos y besos, era delante de mi mamá, porque yo les daba un beso me daba la vuelta y vomitaba, por eso mi mamá se iba y yo los alejaba y les decía: “córrete, no te quiero ver”. Así tuve muchas parejas pero no duraba nada por lo mismo.

Fue a los 16 años cuando realmente me empezaron a ver, como que de verdad tenía razón, porque me hice amiga de la hija de la jefa de mi mamá, y a mí me gustó y nos pusimos a pololear, entonces yo con todo el orgullo le fui a contar a mi mamá, y ella me dice: “¡cómo se te ocurre!” que estaba mal, que era mi amiga, que estaba confundiendo los sentimientos y bla, bla, bla. Después de eso, me mandó al psicólogo.

Cuando fui al psicólogo yo le dije: “vengo porque soy mujer y me gustan las mujeres” y me dijo que estaba mal que me tenían que gustar los hombres, y yo le repetí que me gustaban las mujeres y siempre había sido así, le dije: “yo me siento hombre y me gustan las mujeres”. Él respondió que yo estaba confundido, que en realidad me gustaban las mujeres porque me gustaría ser una de ellas. Después de eso no quise volver, pero tuve que hacerlo, y cuando fui de nuevo me dijo: “es que tú te vistes muy mal, y te gusta como se ven”. Me sentí pésimo porque yo tenía la esperanza de que me iba a ayudar, yo esperaba que me dijera quién realmente era yo, por qué tenía esa problemática y lo único que me decía es que estaba equivocado. Él no estaba en mis zapatos como para decirme eso, me estaba tratando de cambiar y yo no cambié, nunca cambié.

La tercera vez que fui al psicólogo le dije que había conocido a un niño y que iba a salir con él. Ahí quedó contento y yo quedé tranquilo, jamás me gustó un niño, jamás apareció nadie, pero ahí lo dejé tranquilo. Después me preguntaron ¿qué pasó con el psicólogo? y yo dije que me había dado de alta, que ya estaba bien. Los dejé a todos tranquilos y yo pensé ¡nunca más voy a un psicólogo! Es chocante que hasta ellos que son los especialistas no supieran lo que es la transexualidad, porque no es un tema conocido, todos los psicólogos a los que fui me dijeron que nunca habían conocido a una persona como yo.

Seguí pololeando escondido un año y medio con la hija de la jefa de mi mamá y después cuando terminamos estuve muy mal, intenté matarme. Tuvimos muchos problemas, era mi primera mina, entonces igual eso es importante son huevas que marcan. Intenté muchas formas de desaparecer pero ninguna me resultó, y ahí es donde empecé a caer al alcohol, a los 16 años. Aparte mi familia era muy homofóbica, en una comida familiar tú escuchabas hablar de los gays y tallas desde lo más mínimo lo asociaban con la homosexualidad y se reían. Yo decía pucha en realidad yo igual pertenezco a esa especie, porque en ese tiempo yo no sabía lo que era la transexualidad. Entonces pensaba que si alguna vez tuviera la fuerza para decirles que era lesbiana, qué iba a pasar, cómo me trataría mi familia, si me pegarían, si no me hablarían más, si llevaríamos una mejor relación o ya no me querrían más.

A los 17 en el colegio me pasaban llamando el apoderado porque yo dejaba la cagá, llegaba con pantalones y con zapatillas azul marino, con los pantalones anchos debajo de la cintura, con los polerones, llegué a tener 17 piercing. Prefería andar así, eso unido a todo lo demás me hizo terminar repitiendo cuarto medio, pero igual fui a la fiesta de graduación de mis compañeros y por mí mamá me arreglé y fui con vestido. Me vestí de princesa de rosado, y tenía el pelo largo y se me formaban solos los rulos. Cuando llegué nadie me reconoció, fue para darle una alegría a mi mamá, creo que verme así era de los mejores regalos que yo le podía dar. Cuando me vestía de mina era súper cuático porque cuando me veía después al espejo con vestido, y el pelo esa cuestión que te hacen, era la huevona más pesá que podías ver, así me veía yo, porque odiaba todo eso, pero eran los límites de uno, era lo que mi mamá me daba y tenía que seguir y me pintaban y yo lloraba cuando me pintaban. Era pa' hacerla feliz, entonces imagínate verme de gala. Después me invitaron a otra, donde pude ir con terno y ahí si me sentía feliz.

Conocí lo que era la transexualidad más grande porque vengo de las familias que no tenían internet, ni la plata para ir a meterse a un cyber. Entonces no sabía mucho, y leía sobre sexualidad, pero en esos mismos libros no salía lo que era la transexualidad, con suerte salía lo que era homosexual y lesbiana. Entonces me acuerdo que justo un día en TVN había un programa “Vida. Nacer en el cuerpo equivocado” y yo dije: “chuta lo mío” me desesperé esperando que llegaran las 10 para verlo. Juro que fue una luz que entró de la nada y me iluminó, hasta que recién pude encajar en algo, porque había más personas que sentían lo mismo que sentía yo, los mismos pasos, las mismas caídas, todo. Y decían que tenías que pasar por psicólogo, psiquiatra, operación y cambio de sexo. Y dije: “puta voy a tener que meterme al psicólogo de nuevo” porque supe de inmediato que eso era yo.

Tomé la determinación definitiva de cambiar cuando una amiga me invitó a su fiesta de gala y me dijo: “pero tení que ir de hombre po huevona, de terno, bien bonito”, yo lloraba, estaba emocionado. Entonces llegué compré una rosa, y me fui a cortar el pelo, y recuerdo que cuando salí mis vecinos estaban afuera y salí los saludé y nada po’ me lo corté y cuando llegué acá los huevones me quedaron mirando, y después cuando salí con terno y con una rosa, fue cagadera.

A los 17 mandé todo a la chucha, le dije a mi familia que el psicólogo no había servido, que soy transexual, y me decían que qué va a decir tu tía, y Luchito, y yo dije: “puta mala cuea’ yo soy así y si les gusta bueno, si no me voy, yo soy así, hice de todo para cambiar, y no puedo más” cada 5 minutos tenía ganas de matarme porque no era capaz de seguir adelante. Les dije que no importaba lo que pensarán los demás, que yo era su hijo, que se preocuparan de mí. Ahí mi mamá increpó a mi papá que no decía nada, y él respondió:” yo cumplí con traer a mi hijo a la vida, él ve lo que hace, si es feliz yo lo voy apoyar”. Al final fue así como: “así es nuestro hijo y lo amamos”.

Cuando vi el documental ahí me empecé a fajar, aprendí a hacer la faja y empecé a salir, trataba de verme lo más parecido a un hombre que era como yo me sentía. Mi mamá me decía que me iba a hacer mucho daño y que me podía dar cáncer a las mamas, pero no me gustaban esas huevas. Yo compraba en la feria como huevas de elástico, los cortaba y me fajaba con eso, y ahí casi no puedes respirar, porque además yo tenía hartito entonces tenía que apretarme, después se me empezaron a caer eran como de vieja y ahí más tenía que ir achicando la faja,

hasta llegar a un momento en que no podía vivir sin faja, hasta me acostaba con la faja, sobre todo cuando dormía en otras partes, era cuático.

Seguí todos los pasos que habían salido en el reportaje. Fui a la psicóloga que me derivó al psiquiatra, ahí empecé todo el proceso estuve dos años yendo al psiquiatra, hubo un momento en que pedí el papel para que dijera que soy transexual masculino porque me lo estaban pidiendo para postular a una operación, y me dijo que me lo iba a dar, y me dio un papel que decía que tenía cortes superficiales en el cuerpo pero que estaba bien de la cabeza, y yo le dije que tenía que decir específicamente “transexualidad” -aparte lo de los cortes superficiales no tenía ninguna relación- eso era autoflagelación, menos me iban a atender. Pero él no quiso cambiarlo, jamás me dio el papel que acredita que yo soy transexual, le dio miedo mojarse el potito. Ese doctor lo más terrible que me hizo fue exponerme ante otros colegas y entre todos me dijeron que yo estaba mal, y me hicieron llorar, pero dije que no me importaba, que yo iba a seguir luchando.

En eso fui conociendo organizaciones que orientaban en el tema, ellos me invitaron a una charla, eso era para conseguir hormonas gratis, porque las hormonas las más baratas con convenios y cosas te salen 44 mil pesos en el Hospital de Carabineros, pero si te la comprai en una farmacia cuestan 90 mil pesos y tienes que tenerlas cada tres o 6 meses. Esto fue en el Consultorio 1, eran varios transexuales que los empezaron a tratar, para ver cómo nos podían ayudar con psicólogo, asistente social, etc. Todos los programas especiales para ser tratados con el nombre que nosotros sentíamos adecuado, por el sexo, para recibir apoyo, después de eso se hizo el convenio para ser atendidos y operados en el San Borja y como yo ya estaba listo para ser operado y cosas así, me dieron la parte de hormonación, y desde que empiezas a invadir tu cuerpo con una hormona, eso es para toda la vida.

Hay un endocrinólogo que dice que tu grado de transexualidad se ve en el efecto que te hacen las hormonas hay algunos que las hormonas casi no les hacen efecto, les salen como una pelusitas en la cara, a mí me salió barba. Lo máximo que puedes estar sin hormonarte son 6 meses porque después te sentí súper mal, también es porque me saqué los ovarios, eso te trae complicaciones, porque tú como mujer necesitas tu hormona hasta tus 50 años y después empieza la menopausia, los achaques, mal genio, cambios de humor, impotencia sexual, bochornos, esta cosa de los huesos, entonces yo me inyecté y automáticamente me di 50 años.

A mí me daban bochornos, cambiaba de estado, impotencia sexual, todo, dolores de hueso hasta el día de hoy. Incluso nosotros por la transexualidad y el proceso de hormonas tenemos un pronóstico de vida hasta como los 65 o 70 años aproximadamente. Pero si tú te empezai a hormonal y todavía no estás operado, si te pasai tres días te llega la regla, porque te corta la regla pero si dejas pasar esos días se vuelve a generar ahí los ovarios se liberan, pero si no, los tienes comprimidos y esa es otra huevía -las contracciones- yo sufrí contracciones antes de operarme y era terrible.

Un pituto de mi mamá consiguió que me operaran en el Hospital San Juan de Dios, y ahí la doctora que me operó me pidió que si tenía más amigos que quisieran operarse les dijera, nosotros somos su conejillo de indias, ellos practican haciéndonos ese favor; así llegaron todos a operarse. Igual se demoran porque nosotros estamos en la parte de cirugía y mujeres que están esperando para operarse tumores, entonces no somos prioridad y podemos estar en lista de espera mucho tiempo. Para nosotros estos también son tumores, pero claro no es un tumor que te quita la vida, aunque si te las aplastai como las aplastamos nosotros igual puede ser. Pero en ese momento tú no puedes competir algo estético con un tumor. Un año, un año y medio, después de eso me hice la histerectomía.

También gracias a mis movidas otros se operaron abajo, pero la operación de reasignación sexual se hace ahí en Valparaíso que la hace un viejo de 70 y tantos años, y hay un sucesor de él pero es malo. Aquí igual hay abuso, me lo han dicho varias personas que ese doctor a los hombres trans los trata de manera agresiva, les saca los puntos y les dice que no tienen que sentir dolor porque son hombres; y que a las mujeres les pide la primera vez.

Ahora yo aún no hago la faloplastía, y ahí igual fue complicado, porque para sacar el nuevo carnet (que estuve 4 años peleando) te llevan al Servicio Médico Legal, te sacan fotos, te abren de piernas, y yo todavía no tengo la última operación porque acá esa operación es malísima, de hombre a mujer es perfecta quedai hasta virgen, pero de mujer a hombre parece un arrollado de huaso, horrible, yo tengo amigos que se lo han hecho y se han arrepentido, no en el sentido de hacérselo sino porque queda muy feo, estéticamente mal, cero sexy. He visto en qué lugares puedo hacerme bien la faloplastía, creo que uno de los mejores donde se hace es en Suecia o Suiza allá, o en Cuba, pero ahí tengo que ver todo lo que es el dinero. Sé que hasta que no tenga todas las operaciones voy a seguir incompleto, aunque después de

todo, por más que digas ya pasé ese proceso, ya me operé ya hice todo, siempre vas a tener las cicatrices.

Cuando empecé a hormonarme, a cortarme el pelo y cambiar de ropa, hubo un cambio radical porque antes pasaba y la gente me miraba con cara de “qué es ese huevón”, y después llegó un punto en que pasaba un grupo de minas y ni me pescaba, como ya me había mimetizado como un hombre entonces era normal, fue extraño pero estaba cumpliendo mi objetivo, era uno más. Ahí empezó el tema como sí me la puedo, igual paso piola, además dicen que soy como súper macho pa mis weas, pa caminar, aunque para otras cosas no, como pa hablar dicen que soy muy gay porque quizás aún tengo toques femeninos, son huevas que quedan.

Sobrellevar esto es como sobrellevar una muerte, por eso igual es importante, para algunos más que otros el tema del psicólogo, porque aquí matai a la otra persona y tení que aprender a sobrevivir, y a revivir y a replantearte esta nueva persona que está naciendo contigo mismo.

A pesar de mis cambios en mi casa me siguieron tratando de mujer mucho tiempo, incluso mi polola se molestaba porque decía que le cargaba que no me respetaran, les costó. Igual con mi familia fui afortunado porque veo los casos de los otros trans y los papas se han separado o no les hablan más, hacen como si ellos se hubiesen muerto, yo en cambio he recibido un apoyo incondicional. Mis otros familiares, hasta los más homofóbicos terminaron aceptándome, al principio le dijeron a mi mamá que era por culpa de ella, por cómo me había criado, que si mi hermana salía como yo no se lo iban a perdonar. Pero al final tengo una buena relación con ellos.

Es difícil porque yo entiendo que ser trans es distinto, o sea ser una mujer que le gusta otra mujer está bien po, pero yo que nací mujer me gustan las mujeres y siento que soy hombre, ¡es la cagá! o sea los gays, las lesbianas no pasan por una transición, entonces ser un transexual es lo más difícil, porque si bien la vida de un hetero es complicá, porque a veces es difícil encontrar trabajo o tener una pareja, pero ser transexual es otra cosa, de partida pareces algo que no eres, el sexo tampoco es bueno porque no tienes todo lo que aparentas. La discriminación está en todas partes, es el dios, de hecho por eso mismo dejé los estudios, y tuve parado 4 años con depresión y después toda la transición, además tampoco tenemos plata porque de repente me dicen huevón operate, pero si no me dejan trabajar no tengo plata, y así. Después que saqué el carnet fue más fácil pero esa fue otra lucha.

Yo sufrí menos con mi transición y mis operaciones que con el tema del carnet, eso fue brígido porque para todo tienes que mostrarlo y me veían como hombre y en mi carnet salía sexo F, entonces no me dejaban entrar ni a las discos gays, no me dejaban pagar, me pegaron los carabineros, me subieron y me bajaron, y lo más suavcito que me dijeron fue “engendro culiaó”, o “qué es esta huevá”. De hecho, dejé de estudiar porque en la misma universidad me discriminaban, teniendo los mismos resultados que todos me decían esto esta malo.

El cambio de género legal fue un cacho, si hubiese tenido la plata habría salido todo rápido y más fácil porque todo se mueve con plata, pero tuve que apelar a la ayuda de los estudiantes de derecho de la Universidad de Chile, era gratuito, y claro la profesora era permanente pero los estudiantes tenían el ramo semestral y después otros tomaban tu caso.

Yo empecé todo esto a los 21 años ahí y en el Servicio Médico Legal los estudiantes eran los encargados de comenzar los juicios. En el Servicio Médico Legal me vieron lo físico y lo psicológico, y yo tuve que prestarme para todo porque quería sacar mi carnet. En psicología dijeron que veían un transexualismo, pero en lo físico vieron que mi cuerpo no era coherente con mi cambio, se mostraba la mastectomía, la histerectomía, pero que todavía tenía vagina, y así no podía ser aceptado como hombre, ese fue el veredicto de forense y por eso fui rechazado. Cuando te lo rechazan tienes que ir a la Corte de Apelaciones, yo entré el año 2012 con el número 204 y en las apelaciones iban como en el número 9000 del año 2010, entonces yo iba a hinchar y me dijeron que por mí no iban a pasar del 2010 al 2012.

Fueron años esperando hasta que llegó mi causa, fue vista por la profesora jefe (con ella tenía contacto vía mail). Cuando llegó el momento de presentarme, fui con el terno, con barba, mi familia me acompañó y justo ese día se calló la cuestión y no se pudo hacer, entonces tuvimos que esperar un mes más. Después mi papá me acompañó y me saqué todos los anillos porque los anillos igual son femeninos, tenía aros y me saqué todo, intenté verme lo más macho, y entré a una sala gigante donde estaba la jueza, en el alegato sólo habló la profesora, ella explicó que ninguna parte de un estamento exigía que alguien tuviera el genital del sexo al que se estaba cambiando, y que yo ya estaba en proceso para operarme. Eso fue más que nada porque había quedado la cagá en EEUU de un tipo que quedó embarazado, eso es lo que más les preocupa. Estuvimos una hora y después de un mes te dan el veredicto y ahí después en un correo la profesora me dijo que por ley ya era Rodrigo. Llamé a mi papá y

todos llorábamos, estaba súper contento porque iba a parar todo mi sufrimiento, iba a poder tener un trabajo normal, hacer mi vida normal. Luego tuve que hacer varios papeles, tenía que ir al Registro Civil para hacer un pequeño cambio eso se mandaba a la Corte, y después otros meses más esperando que te ingresaran y ahí recién pude sacar el carnet.

Si no me hubiese ido bien tendría que haber pasado a la Corte Iberoamericana ahí se demora un año en llegar tu causa y después pueden pasar de 5 a 10 años para que te den una respuesta, y durante todo ese tiempo tú sigues con un carnet que no te representa, porque si era rechazado yo habría quedado con un nombre culiao feo toda la vida, por más que yo habría sido hombre seguiría siendo la estúpida esa. Aquí se demoró como cuatro años en salir, cuatro años que estuve parado, imagínate esperar envés de cuatro años, diez años más y si es que me decían que sí. Por eso los transexuales se mueven por la Ley de Identidad de Género. Los transexuales se mueren por suicidio, por SIDA como no los aceptan en ningún trabajo se prostituyen, y por la misma depresión caen en la droga, en el alcoholismo. En mi caso se puede decir que yo hace poco tiempo que salí del alcoholismo, aunque en mi caso el querer suicidarme era más por mis parejas, yo creí que me iba a quedar solo para siempre.

Ahora a pesar de que yo ya soy Rodrigo, igual hay cosas que te dejan al descubierto, supongamos, si me invitan a la playa yo no puedo sacarme la polera porque tengo las cicatrices, cuando me estoy bañando las vuelvo a ver, siempre va estar ahí el pasado. Además, no falta la vieja, o mi mamá sobre todo que guarda las fotos mías, dice que es para recordar pero si las ve otra persona puede reconocerme, si alguien de la familia de mi polola las ve, o me matan a mí o a ella la tiran en China. También hay otros factores que te pueden descubrir, porque después que cambias el carnet, tienes que preocuparte de que cambie tu información en todos lados hasta en la ficha con el podólogo, pero ahora es refácil encontrar esa información, o sea si alguien quiere enterarse pones en google el nombre, el rut y sale todo, o en la misma Corte de Apelaciones.

Lo último que me pasó fue que mi suegra iba a hacer una cuenta en Entel con mi nombre y ellos me tenían en sus datos pero en femenino, y le dijimos que era un error pero fue terrible, mi pareja se puso a llorar, yo estuve mal, ese día me dio crisis de pánico. Claro, ahora si mi suegra quiere averiguar lo va a saber todo, en cualquier momento puede pasar esa hueva, y ahí me da miedo que me pueda pasar algo, pero más me preocupa la Nati, mi pareja.

La Nati me conoció como Rodrigo, y le dije que era trans a los 3 días, fue muy difícil decirle, estaba nervioso, ella creyó que le iba a decir que tenía sida o cáncer, pero le pedí que no me interrumpiera hasta terminar de hablar. Primero le pregunté si sabía lo que era la *transexualidad* y ella me dijo que eran los que se vestían de mujer, y ahí le tuve que explicar ellos son pa, pa, pa y ahí empecé a darle una bomba de información, me ha pasado esto y esta situación he tenido y le hablé como unos 15 minutos de pura información, yo estaba esperando que no me dijera nada y que procesara no más, y bueno después le dije: “esto soy yo tú estás en todo tu derecho de no pescarme más, si quieres podemos seguir hablando, yo te respeto, gracias por escucharme” -y me dice- “si yo te voy a querer, yo te voy a querer con tus defectos y con tus virtudes”.

La primera vez que tuvimos sexo con mi pareja, me daba mucho pudor, es complicado porque lo primero es contarlo, después que te reciban, y después el sexo y esperar que no te rechacen, como no estoy 100% operado. En el fondo estoy siempre esperando que te aprueben. Con otras mujeres que me habían gustado, todo bien hasta que les conté y desaparecían, una me bloqueó del celular, del facebook, de todo. Ahora con ella estoy bien, de hecho ahora tenemos los anillos, queremos casarnos cuando terminemos la u, ahí también espero si aún no me podido operar, poder juntar las lucas y hacerlo en una clínica.

En la parte sexual con mi pareja, ella es capaz de ver mi ser más allá de mi cuerpo físico, era yo, no mi ser, o sea era como yo en ser y en alma, pero no en cuerpo. Incluso me ha dejado usar juguetes como el cinturón y lo pasamos súper bien -imagínate si tuviera uno de verdad- pero me dice que igual prefiere estar conmigo, que no necesita esa huevía, que yo soy un súper hombre para ella, y que la hago feliz como soy. En realidad, yo fui el que insistió mucho tiempo en comprar uno, pero ella no quería, porque en realidad son terrible grandes, igual es muy duro, otra temperatura y se mantiene siempre en la misma posición, entonces tiene que estar muy excitada, dilatada, lubricada, a veces lo ocupamos, pero no es indispensable.

Sobre la mastectomía, ya me la realicé pero tengo que arreglármela porque los pezones me quedaron muy grandes y se ve feo, por la faja las tenía todas caídas con unas aureolas grandes, entonces al sacármela y volver a ponerla como un pezón, quedó muy grande. Además, los drenajes en una mama absorbieron más que en la otra, entonces todavía se ve como un bulto. Ese es el riesgo de ser el primero, pero yo no hallaba la hora de operarme, o sea, yo prefiero

mil veces estar así a como estaba antes. Ahora tienen que volver a operarme pero tengo que bajar de peso, porque claro cuando subo se ven más.

Hasta el día de hoy me cuesta bañarme, tener que verme, que mi polola me vea así, yo de repente le pido que mejor apague la luz, porque me cuelgan las huevas donde estoy guatón, me da vergüenza, me siento mal. De repente le pregunto si de verdad quiere estar conmigo, porque soy raro y la huevá. Eso es lo que más me cuesta hasta el día de hoy, ver mi cuerpo que por más modificaciones que le han hecho aún no sigue siendo cómodo para mí; y yo sé que nunca lo va a hacer porque aunque esté como quiera, van a estar las cicatrices, o sea tú nunca vas a poder olvidar tu pasado.

Las hormonas también son otro cuento, hay que ir a buscarlas al hospital y en eso te echai todo un día, si llegas a las 9 a las 12 recién te están atendiendo, después de eso tienes que hacer una fila de la puta madre para hacerte los exámenes que te pide el doctor, después otra fila para que te entreguen el medicamento y al final estay saliendo a las 3 o 4 de tarde. Yo paciencia no tengo, a pesar del beneficio, no tengo paciencia por eso a veces me cuesta ir a buscarlas y voy cuando ya me empiezo a poner mal. Estoy cagado, además cuando voy pierdo un día de u, también en la pega, pero tengo que darme el ánimo, tengo que rendir por mi familia y por mi pareja.

Yo igual he conocido señoras que son trans masculinos pero nunca hicieron ningún cambio, una me dijo que ya no tenía caso, ella no siguió su felicidad, para todos se ve como una mujer, pero se entiende igual, por la sociedad, porque tú sufrí en silencio o sufrí sacándote la chucha sacando adelante lo que tú eres, porque lo mío es una huevá de vida. Independiente de las cosas que me pasen tengo que salir adelante no más, pero no todos los trans tienen la fuerza, porque en todo este proceso sufres mucha discriminación, tenía que estar hablando todo el tiempo de esto, a mi familia, a mis parejas, entonces esa huevá te duele, al momento que tenía que presentar los papeles igual tenía que hablar, en todos lados tenía que hablar, es como un bullying constante. La vida de un trans siempre va a ser una mentira, si yo llego y te digo que soy Rodrigo, yo sé que realmente nací siendo mujer.

Creo que mantenerse en una terapia psicológica es súper recomendable, porque aun cuando llegas a tu transición completa siempre te toca volver atrás. Tuve un tiempo en que me dije que nadie tenía por qué saber que yo era trans, yo era hombre y hombre no más, porque mi

identidad de género es hombre masculino, pero siempre te toca revivir, volver a contar, entonces también está saber reconocer que si eres hombre pero eres un hombre transexual, que es como un apellido, porque de transexual no te vas a librar y de tu pasado tampoco te vas a librar, porque al fin y al cabo tu pasado es lo que te hace ser como eres ahora. Es difícil llevar un transexualismo, pero cuando tienes una pareja, una familia que te apoya y un entorno que no sabe que tú eres así, tú llevai tu vida fácil no tienes que estar sufriendo por ser transexual.

Yo me considero hombre pero igual choco en ciertas partes porque hasta el día de hoy entro a discoteque y están ocupados todos los baños y tengo que salirme porque no puedo hacer en los urinarios, y hay algunos que sólo tienen urinarios, me he tenido que ir porque no puedo hacer pipí, o que tienen los baños pero los tienen sin puertas, entonces en esos temas siempre sale “hasta que yo me opere”. Pero al fin y al cabo yo por ejemplo he luchado harto y me considero feliz o sea igual una y otra cosa que me falta por arreglar que es el físico que no es tan primordial pero sí lo voy hacer, que es la última operación que es como definitiva, ahora soy el 80% feliz y ese sería mi 20% una cosa así, pero la felicidad igual no depende de eso.

Ha sido un camino difícil, pero fue un camino constante y salí adelante, yo creo que si no fuera así o estaría muerto o estaría viviendo debajo de un puente, o metido en la prostitución o en la droga.

## VII.1 LA DES-ABYECCIÓN

En este apartado analizaremos<sup>30</sup> el proceso de identificación de la disforia de género, desde la *abyección de la disforia infantil* hasta la *autodeterminación paradójica* de la identidad transexual dentro de los códigos del sistema sexo-género.

### VII.1.1 La ininteligibilidad de la disforia

La identificación de la disforia de género tiene un registro biográfico temprano. Durante la infancia ésta se caracteriza por el malestar que generan los roles de género asignados, particularmente los juegos y la vestimenta. La inscripción de su cuerpo en el mundo se vive en un estado de desconcierto, o lo que hemos descrito como un estado de ininteligibilidad,

*“me di cuenta que mis primos tenían pene y yo no, y yo decía que por qué me faltaba eso, y mi mamá me explicaba: ‘tú eres niña y eres diferente de los hombres, como yo con tu papá’, pero yo aun así no me sentía acorde”* (Rodrigo).

En esta etapa la resistencia al cuerpo no tiene fijación en la anatomía sino más bien en el ordenamiento social en que esta se configura, rechazando las diferencias establecidas entre ambos sexos, donde lo femenino es vinculado a la pasividad, al conversar (el cuchicheo), y a ser madres; acciones que habrían sido socialmente reforzadas mediante la “obligación de estar más tranquilas” y el regalo de la muñeca, por ejemplo. En este rechazo se externaliza

---

<sup>30</sup> Como hemos propuesto en el marco teórico de esta Memoria el análisis de las vivencias de la disforia se realiza desde la teoría post-estructuralista y feminista, especialmente desde los aportes teóricos de Judith Butler (1988, 2002, 2006, 2007). Es clave manifestar que esta teoría se enmarca en el campo de la filosofía, y tiene una relación crítica con el psicoanálisis al momento de analizar las identidades de género y la sexualidad. Por ello, analizar la transexualidad desde esta teoría ha presentado limitaciones, pero también ventajas importantes.

Hacer un análisis utilizando definiciones discutidas desde la filosofía es un desafío que implica un bagaje teórico que sobrepasa en gran medida mi conocimiento, por lo cual destaco que esta Memoria no tiene pretensiones de hacer una teoría de la transexualidad, y menos un estudio acabado de los aportes de Judith Butler. En este sentido, los términos que no han sido señalados en el marco teórico, sólo presentan aquí un interés descriptivo siendo una apertura léxica sumamente necesaria para lograr disminuir las distancias entre las experiencias de abyección y nuestras posibilidades de dar cuenta de ellas.

En cuanto a las ventajas, trabajo con parte de los postulados de Butler desde una relación teórico-política que me permite respaldar una lectura personal sobre estas vivencias. Butler analiza de manera profunda las identidades abyectas relevando el concepto de *cultura* rechazando así la patologización de los discursos médicos sobre la disforia, cuestión que representa de manera plena mi experiencia biográfica y el sentido con que se escribe esta Memoria.

un reclamo social ante lo absurdo que les parece el orden restrictivo de su comportamiento frente a la laxitud del “hacer y deshacer” del hombre.

Este cuerpo ordenado, inscrito, “bien comportado” de la mujer, va materializándose en el *arte de vivir femenino*, proceso de socialización que va instruyendo: “el buen comportamiento, disociablemente corporal y moral” (Bourdieu, 1998, p.41) asimilando su sexo, aprendiendo por imitación y obediencia a *ser mujeres*. Es esta “moral femenina” la que resulta incisiva, su imposición cotidiana y disciplinaria en una restrictiva demarcación del género, donde los principios opuestos de la identidad masculina y de la identidad femenina, culminan en la naturalización de una ética abrumadora.

Esta naturalización encuentra un precedente categórico en el ordenamiento familiar. Según Rubin (1989), el sistema de parentesco se basa en una diferencia radical entre ambos sexos, en el cual la heterosexualidad obligatoria prescribe un orden para cada género donde lo masculino posee derechos que son restringidos a las mujeres, quienes son socializadas en sumisión a una norma que les resulta desfavorable.

*“Era mi papá al que no le gustaba, él se preocupaba y le decía a mi mamá que como yo hacía artes marciales, jugaba a la pelota y estaba con los niños, iba a salir lesbiana. Mi mamá me dejaba libre porque entendía que esos juegos eran más entretenidos, entonces igual pude crecer mucho tiempo estando a mis anchas, jugando, haciendo las cosas que yo quería, pero sí, tuve que estar lidiando harto tiempo con la cuestión de mi papá (...) Entonces pensaba que, si lo que se parecía a lo que yo era, era el hombre, entonces quería ser hombre para que me dejaran tranquila” (Amalia).*

Será la familia la primera institución donde las prohibiciones van a ser resistidas, discutiendo con la madre su autodeterminación de rol y expresión de género, es decir, las normas respecto a los juegos, colores, vestimenta y peinado. En este límite entre lo permitido y lo prohibido surgen desencuentros y negociaciones, donde se deja al descubierto la arbitrariedad de la construcción binaria de los géneros.

Según Beauvoir (1954) será la mujer-madre quien esté a cargo de la crianza y el resguardo moral del hogar, la influencia de la madre sobre los hijos “la convierte en guardiana de la moral; sirviente del hombre, sirviente de los poderes, guiará dulcemente a sus hijos por los

caminos trazados” (Beauvoir, 1954, p.176). En demanda del cumplimiento de este rol social, el padre culpa a la madre por su flexibilidad en la demarcación de las diferencias de género, siendo evaluada la masculinización de la hija como el resultado de su mala-crianza. En esta acción subyace que la prevención de la heteronormatividad debe ser resguardada desde la infancia, manteniendo fija la norma: niña-femenina, y por supuesto, que “le gusten los niños”.

El rechazo del padre a la transgresión de la moral femenina será utilizado como justificación para su ausencia e incumplimiento del rol paterno. Montecino (1992) afirma que dicha ausencia tiene un registro histórico, consecuencia del mestizaje entre una madre-mapuche y padre-español, huella que persiste en el imaginario colectivo, cuyo resultado ha sido la “constitución de una identidad femenina asociada a la madre y una identidad masculina vinculada al hijo o al hombre ausente” (p.17). Esta relación entre los géneros da lugar a la mujer-madre constituida como la presencia central de la familia, la *madre todopoderosa* -por su carga simbólica y concreta- quien “entrega el orden, socializa, cubre con su manto de amor (y a veces de tedio) todos los resquicios de la reproducción doméstica. El padre hijo-ausente es más un nombre, una evocación, a veces sólo un proveedor” (Montecino, 1992, p.18). Conscientes de esto entre las variables de la negociación de la identidad de género infantil las/os niñas/os ponen en balance el bienestar de la madre en la relación matrimonial, y el sustento económico familiar.

Fuera del hogar, en el espacio público, serán los mismos niños quienes hagan patente la distancia entre los sexos, limitando el acceso a sus juegos. De esta forma, ellos van entendiendo que las transgresiones a las normas de género conquistadas en lo doméstico -el lugar simbólico de la madre- no son replicables de igual forma en otros espacios. Aquí compiten en las pruebas de virilidad bajo una doble demostración: que no son mujeres, y que no son femeninas. En este ejercicio distienden una gramática que les suele ser adversa, logrando adquirir ciertas posiciones que le otorgan legitimidad dentro del campo, destacándose al momento de pelear o jugar a la pelota.

La institución escolar será uno de los lugares a ser transformados a fin de poder llevar a cabo los roles masculinos que les son más afín. Esta tendencia es justificada en sus relatos como parte del rechazo que genera la inacción o pasividad con que se describe lo femenino. Una escena ejemplar de esto es la situación descrita por Catalina:

*“en el jardín hicimos una presentación y los hombres estaban sobre el barco remando, y las niñas estaban debajo lavando ropa, y yo le dije a la tía, que no quería estar lavando ropa a la orilla de la playa”.*

Pese a que existen algunas “conquistas” dentro de la escuela, esta institución se encargará de reforzar el discurso sobre el género binario clarificando las restricciones y corrigiendo la “confusión inocente” de las transgresiones infantiles. La institución escolar se aúna al esfuerzo familiar por su coherencia en el sistema sexo-género, disciplinando las diferencias entre los sexos mediante la estilización obligatoria y la disposición corporal, reproduciendo e instalando la “verdad” sobre su cuerpo. Así, en estos espacios, mediante un continuo reforzamiento, será introyectada la performatividad del género de los otros como una confirmación del lugar de su sexo biológico,

*“De ahí también los malos tratos desde chico, gente adulta y niños me decían María tres cocos, maricón, maricona (...) tuve que hacerme el fuerte, si no me hubiesen comido vivo, bullying, me hubieran matado no más po, fácil” (Rodrigo).*

En esta oposición público/privado se ejerce un control identitario y espacial, siendo el espacio concebido como un espacio físico y mental, así “el espacio mental estaría organizado bajo reglas – de dominación y de exclusión- similares al del espacio físico” (Montecino, 2009, p.171). En la experiencia transexual infantil se rechaza el espacio de lo femenino -no por un deseo consciente de transgresión- sino como un acto coherente tras poner en duda la propia pertenencia a un sexo mujer. Siendo la fantasía y el juego -con sus propias reglas y representaciones- el lugar íntimo donde se “humaniza” el deseo,

*“Yo me acuerdo que jugaba con mi vecina a la mamá y al papá, y yo siempre era el hombre, simulábamos el acto sexual y yo hacía así con mi dedo entre las piernas y jugábamos. No era una relación como de niñas, o sea de mujeres entre sí, yo era el niño, yo era el papá” (Noah).*

Según Butler (2006) los sujetos se constituyen como humanos dentro de la prescripción de estas normas, se prohíbe la fantasía diluyéndose a medida que progresivamente se hacen conscientes de su posición social como mujeres biológicas, aceptar el íntimo deseo es reconocer la propia abyección, una des-humanización inconfesable, “yo prefería quedarme

*en silencio a que me rechazara mi propia familia, pensaba que no podría vivir con eso, entonces tampoco debía dar indicios” (Amalia).*

En este contexto la dificultad de situarse es también una imposibilidad de poner en palabras la experiencia, hablar en un lenguaje binario limita la capacidad que tienen los sujetos de hacer inteligible la disforia de género para sí-mismos y la sociedad. Soley-Beltrán (2009) aclara que la identidad se distingue en esta vía mediante la reflexión y la referencia, cuyos códigos culturales operan fuera del dominio individual “por lo tanto, el sujeto, por definición, incluye dentro de sí una «otredad» (el lenguaje) sobre la que no tiene control” (Soley-Beltrán, 2009, p.143).

Esta dificultad de poder definirse fuera de la proscripción del propio deseo, performa la ilusión de un *espacio interior*, es así como en la búsqueda por comprender su disforia las personas recurren a una doble dimensionalidad: el *afuera* y el *adentro* (Butler, 2006). En el primero, está el reconocimiento de las expectativas e imposiciones sociales: “ser niña”, la identidad y estilización forzada. Mientras que en el “adentro” se crea un espacio interior más coherente al deseo personal, donde tendrían cabida nuevas posibilidades de identificación.

El cuerpo expresa el espacio externo de una imposición cada vez más restrictiva, mientras que la mente representa el lugar de la *verdadera identidad*. Pensar en esta dicotomía es descrito como un *bucle infinito*, un intenso y angustiante diálogo entre las exigencias externas y las verdades internas, verdades que nunca son del todo cognoscibles dada la imposibilidad de ser leídas en los códigos del género (Bourdieu, 1998).

Finalmente, la des-abyección infantil de la disforia será reconocerse desde la negación, *no ser mujer*. Descubrir el no-ser supone que el marco de referencias de las identidades y disposiciones corporales posibles ha sido delimitado y reforzado de tal modo que la única verdad posible que evidencian es la existencia de dos sexos con sus respectivos géneros sexualmente complementarios (Rubin, 1989).

## VII.1.2 El malestar profundo de la disforia

“La disforia es ese malestar profundo, permanente que produce menoscabo, desesperanza, dolor y sufrimiento eterno, como que algo no está bien y nunca va a estar bien”.  
(Noah)

“Al fin y al cabo en el sufrimiento encontramos una especie de escuela y el joven que puede mirar su historia y pensar cómo pudo hacer todo esto pienso que va a ser una persona que va a vivir su vida intensamente hasta el final”.  
(Le Breton, 2010:5)

La experiencia angustiosa de la abyección presenta un momento crítico entre la pubertad y la adolescencia, etapa en la que se expresan los caracteres secundarios que ponen en evidencia las diferencias entre los sexos, códigos corporales donde leen de manera clara su pertenencia a un sexo mujer.

*“Luego está el quiebre entre la adolescencia y la infancia, esa sensación que te genera la distinción (...) Hubo un momento durante toda la infancia en que pude sólo ser, pero cuando ya te llega la regla, eso sólo les llega a las niñas, a las niñas les crecen las pechugas, solamente a las niñas le pasan estas cosas”* (Amalia).

Hacia la pubertad las/os niñas/os con disforia han llegado a negociar la autodeterminación respecto a su rol y expresión de género, fraguando un lugar interno donde la identidad masculina se tornaba una posibilidad. Esta ilusión de no-ser mujer es derribada paulatinamente por los cambios corporales que se experimentan como aversivos, profundizando el rechazo al sexo biológico.

*“Antes de empezar a desarrollarme, no tenía problemas con mi cuerpo, pero después desde que me empezaron a crecer los senos (...) como que no quiero nada, nada, las aborrezco con todo mi corazón”* (Catalina).

*“Hay cosas que yo veo que son superables, pero esto no, es muy triste y me llena de pena, en mi caso especialmente por mis pechugas, entonces siento que nunca me puedo reconciliar, no hay como días buenos o días malos, siempre son días malos”* (Noah).

La primera de estas evidencias corporales de ser mujer es el crecimiento de los senos, pues no sólo su aparición entristece, es también su crecimiento, el tamaño de ellos lo que provoca desazón. Respecto a la menarquia en este puente entre infancia y pubertad, mantienen cierta expectativa de no ser parte del devenir *natural* que se les había anunciado, deseando el retraso de la menstruación o explícitamente entregados a la fantasía de que esto no les ocurriría. Este estado de negación revela el temor a lo que reconocían socialmente como el paso a “ser mujer”. Precisamente, la íntima tristeza de la menarquía es acompañada de la celebración materna que reafirma el nuevo estado.

*“Lo que me mató fue la regla, me asusté, me puse a llorar le dije mamá que me estaba saliendo sangre, mi mamá se emocionó y me dijo: ¡felicidades ya eres mujer! - y yo me quería morir-. No lo tenía contemplado, mi mamá me había dicho que en algún momento a los 13 – 14 años, pero me llegó a los 11. Nunca fui tanto de llorar sino más de rabia, de hecho, tenía hechas mierda las manos porque le pegaba combos a la muralla, era más un tema de rabia y de impotencia”* (Rodrigo).

El desarrollo de los caracteres secundarios es vivido por las personas transexuales como un duelo, donde se ha perdido al “niño” y sus libertades, que, si bien eran socialmente cuestionadas, desde la inocencia adjudicada a la niñez se les permitía traspasar los géneros con menor dificultad. El nuevo cuerpo es marca de una libertad perdida y la obligación de ser mujer. Situación extrema que además se asume como irreversible e inmodificable:

*“La pubertad como que te corta, el hecho que me llegara la regla y que hiciera esa distinción de que ahora puedes tener un crio, a mí me cortó la libertad (...) había algo que yo no podía manejar que era mi propio cuerpo (...) yo no podía manejar algo que se supone que iba a ser así por el resto de mi vida”* (Amalia).

Estos cambios acrecientan la distancia entre el sujeto y su cuerpo, que como “*signo del individuo, lugar de su diferencia, de su distinción*” (Le Breton, 1995, p.9) se torna repulsivo, exponiendo a la mirada de los otros su condición de mujer. Ese sujeto indiscernible del

cuerpo, observa en éste la cárcel de su verdadera identidad, siendo su ocultamiento parte de la estrategia común de quienes padecen la disforia de género.

El ocultamiento de estos cambios corporales es en esencia el de sus senos, y con menor atención también las caderas, “las curvas del cuerpo” que harían visible su feminización. Las técnicas para esto se basan en la utilización de ciertas vestimentas, como los sostenes o petos apretados, y ropa ancha, además de una serie de acciones perjudiciales para su cuerpo, adoptando posiciones corporales incómodas, encogidas, manteniendo la columna curvada.

*“Cuando me comenzaron a crecer más evidente, las intenté ocultar, usaba un peto deportivo y me las aplastaba. Mi mamá me decía que usara sostén porque así me iban a crecer feas, pero me daba lo mismo, usaba peto, dormía con peto; sentía que no quería tenerlas. Ahí comencé a caminar encogido y a usar polar en verano, diciendo que tenía frío, aunque hicieran mil grados, en el fondo no me gustaba tener pechos”*  
(Noah).

El desprecio por el cuerpo es el desprecio de ser mujer, instalado desde la infancia en una repulsión hacia lo femenino, ahora se inscribe también en el cuerpo, en la carne donde justamente se distingue a la mujer -en su sexo- como un ser devaluado ante el hombre, reducida a su condición de inferioridad “la mujer se determina y se diferencia con respecto al hombre (...) la mujer es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el sujeto, el Absoluto, ella es lo Otro” (De Beauvoir, 1954, p.18). Ser mujer avergüenza, angustia, se observa como una situación accidental e injusta donde se reconoce que ser hombre reportaría mayor satisfacción.

*“Sé que sería más feliz si hubiese nacido hombre (...) A veces reniego, no contra Dios, contra lo que me haya hecho ser así, un algo, debí haber nacido hombre ¿por qué estoy en un cuerpo de mujer? no es mi culpa estar enferma, o sea quizás no como una enfermedad, sino como algo en lo que no tuve incidencia, así como yo soy morena y mi hermano es blanco, pasó no más”* (Catalina)

La vivencia del cuerpo como una cárcel, a cuya naturaleza el sujeto se ve subordinado alcanza su máxima expresión en la “maldición” de la menstruación y su potencial de gestación. Para De Beauvoir (1954) será la sangre que mana de los órganos genitales la que manifieste su

impureza, la menstruación encarna la esencia de la feminidad, y debe ser obligatoriamente ocultada. Por otra parte, se considera que la subjetividad de la mujer se encontraría encerrada por sus ovarios y útero, que limitarían su pensamiento al funcionamiento de sus glándulas, obstáculo en su “relación directa y normal con el mundo que él [hombre] cree aprehender de manera objetiva” (De Beauvoir, 1954, p.18). En esta lectura androcéntrica la opinión de la mujer genera sospecha dado que su naturaleza limita su capacidad de razonar.

*“Esto me molesta mucho, y vuelvo al pensamiento de que si yo fuera hombre esto no me pasaría, además, mi papá es muy penca como papá, y cada vez que peleaba con él, y yo le sacaba en cara algo, él respondía que era porque yo andaba con la regla, y yo -¡no!- y si andaba con la regla me enojaba más po, obvio. Entonces que me llegara la regla bajaba el perfil de mi opinión, no valía nada de lo que estaba diciendo porque andaba con la regla” (Catalina).*

Otra de las variables que vuelven a los sujetos en contra de su cuerpo es la vulnerabilidad que les significó el crecimiento de sus senos al momento de transitar en la vía pública, y las experiencias de acoso callejero. El Observatorio Contra el Acoso Callejero Chile (OCAC Chile) categoriza este tipo de acciones como violencia de género, señalando que es dirigido principalmente a las mujeres jóvenes “quienes viven este tipo de acoso desde que alcanzan su fase de desarrollo físico” (OCAC Chile, 2014:2).

Siendo prácticas permeadas por mecanismos de dominación masculina (Rich, 1980; Bourdieu, 2000), el acoso vuelve la mirada sobre el cuerpo disminuyendo su sentido de control sobre el entorno y la propia vida. Tras estos actos de violencia las mujeres reportan emociones negativas tales como: “asco, rabia, miedo, inseguridad, confusión, culpa” (OCAC Chile, 2014, p.17).

El cuerpo disfórico es el lugar del desencuentro con la sociedad, que en el caso de la transexualidad masculina se vivencia desde un “segundo sexo” compartiendo con las mujeres las múltiples violencias que ejerce el patriarcado (De Beauvoir, 1954). Esta experiencia corporal es la encarnación de una identidad falseada que niega con sus formas y fluidos aquella verdad interna, profunda, íntima, de saberse no-mujeres.

En la transexualidad masculina la dicotomía hombre-mujer se desintegra en una otredad de la mujer que no deviene hombre, en consecuencia, pasa a ser una negación sin nuevas opciones: si no soy mujer, ni hombre, *entonces soy nada*. Ser concebido como *nada* responde a la des-humanización que genera la exclusión social, de este modo la disforia de género es incorporada como un estigma que comunica constantemente su pertenencia al sexo que degrada (Goffman, 1963). Debido a esto la importancia del logro en el encubrimiento del cuerpo se torna decisiva en la vivencia diaria de la disforia. El estigma también se experimenta desde su lado invisible, en la intimidad, en ese cuerpo de mujer que menstrua, y en la experiencia oculta, silenciada, de su rechazo; una anomalía que les convierte en seres degradados con respecto a quienes pueden llevar a cabo una coherente performance del género.

*“A fines de la básica principios de la media, todas empezaban a arreglarse, pero yo me sentía súper diferente a todas las niñas, ellas se arreglaban y se veían maravillosas y yo pensaba –huevo soy un monstruo”* (Noah).

Tras el sentimiento de inadecuación los sujetos registran rasgos de carácter introspectivos y apáticos, profundizando así la ansiedad y la culpa de estar fuera del orden cultural. Una forma de sobrellevar la culpa es la *vía de reparación*, las personas se fuerzan a realizar acciones valoradas positivamente por la sociedad, como un medio de compensación (Goffman, 1963). Señalan principalmente dos formas de responder ante la baja autoestima que les genera su cuerpo, la primera se relaciona con la reparación mediante la búsqueda de logros intelectuales, basados en el rendimiento académico en el colegio.

*“Ahí me enfoqué en que, si bien no podía encajar, no podía ser una niña, iba a hacer todo para que se sintieran orgullosos de mí, entonces me dediqué a ser la mejor en el colegio, -me dije- voy a hacer una buena alumna, entonces me refugié en eso”* (Amalia).

*“La parte intelectual, que a mí me iba igual bien en el colegio era como lo único en lo que siempre he estado seguro de mí mismo, era como mi única cualidad positiva”* (Noah).

La segunda, es más bien una vía rebelde de rechazo a las normas institucionales, también observado desde el contexto escolar.

*“A los 17 en el colegio me pasaban llamando el apoderado porque yo dejaba la cagá, llegaba con pantalones y con zapatillas azulmarino, con los pantalones anchos debajo de la cintura, con los polerones, llegué a tener 17 piercing. Prefería andar así, eso unido a todo lo demás me hizo terminar repitiendo cuarto medio” (Rodrigo).*

Tras la búsqueda de dar alcance a las expectativas sociales de sus cuerpos coherentemente sexuados, los intentos infructuosos y la angustiante negociación en los límites del género normativo acaban impulsando el rechazo a la integración social, todos reconocen haber padecido graves episodios depresivos expresados en forma de autoagresión, alcoholismo e idealización suicida:

*“Creo que todo esto ha afectado mi autoestima, está dañada, está baja no sé si alguna vez no lo ha estado, tengo mucha inseguridad (...) No me gusto cuando me miro al espejo, o sea yo prefiero no tener que mirarme al espejo, pasar por el metro los Héroeos para mí es terrible porque están todos los espejos ahí, trato de no mirarme” (Catalina).*

*“En ese momento me aislé caleta, para mí era muy traumático todo ese cambio y tenía muy baja autoestima. Tenía la sensación de que debía ser de una manera, que había que hablar de cierta forma y tener un cuerpo que estuviera acorde, pero yo no podía serlo” (Amalia).*

*“Yo tenía una depresión muy heavy desde la pubertad, me corté como de los 12 a los 16, con pensamiento suicida y toda la cosa” (Noah).*

*“Estuve muy mal, intenté matarme (...) Intenté muchas formas de desaparecer pero ninguna me resultó, y ahí es donde empecé a caer al alcohol, a los 16 años” (Rodrigo).*

La transexualidad es considerada uno de los factores de riesgo de comportamiento suicida junto a las personas lesbianas, gays, y bisexuales; quienes presentan una de las más elevadas prevalencias en este problema, lo cual ha sido relacionado con el estigma y la discriminación:

Ser parte de la población LGBT, deja expuesto al individuo a un entorno social hostil caracterizado por el prejuicio, el rechazo y la exclusión. Este entorno generaría problemas de

salud mental tales como depresión, abuso de sustancias, aislamiento social, conflicto con los pares y victimización, lo cual incrementaría los factores de riesgo individuales para el suicidio. (Tomicic,et.al, 2014:724)

Analizando las conductas de riesgo en adolescentes Le Breton (2010) señala que estas responden a la búsqueda de identidad de quienes “no se encontraron de entrada incluidos (...) Las conductas de riesgo son entonces tentativas dolorosas pero necesarias para ubicarse en este mundo” (Le Breton, 2010, p.1). En contra de una lectura patológica, afirma que al ritualizar el pasaje hacia la adultez los jóvenes buscan marcas y límites de sentido, pero al no encontrar un lugar en el ordenamiento simbólico, la interrogante existencial pone en jaque al cuerpo recurriendo “a lastimarse, al dolor, a la violencia o a la búsqueda de sensaciones a través del alcohol, la toxicomanía” (Le Breton, 2010, p.2) descubriendo sus propios límites, “todas las conductas de riesgo son búsquedas de retomar el control, volver a ser el actor” (Le Breton, 2010, p.3). Siendo estas conductas equivalentes a ritos de pasaje<sup>31</sup>,

El adolescente no es consciente que está ritualizando su mal de vivir, sabe lo que hace pero no sabe que está haciendo un ritual de conjurar su sufrimiento (...) Estos ritos para conjurar el mal de vivir son defensas en última línea cuando fracasaron los demás medios para adaptarse al mundo y cuando el gusto por la vida no logra establecerse. (Le Breton, 2010:5-6)

La supervivencia de la población transexual se ve amenazada no sólo por la violencia proveniente del exterior sino también por sí mismos, por “la extendida sensación de su propia irrealdad, la cual puede llegar a conducirles al suicidio o a una vida suicida” (Butler, 2006, p.309). Sobrevivir en un cuerpo disfórico identificado como algo que “*no está bien y nunca va a estar bien*” (Noah) les permitió observar con extrañamiento las normas de género, y por otra parte, les ha exigido un constante acto de reafirmación de su humanidad y legítimo derecho de existir.

---

<sup>31</sup> Le Breton aclara que estos ritos, “No son para nada ritos de pasaje en el sentido de la antropología, recuerdo que los ritos de pasaje son ritos de transmisión de las sociedades, en que los mayores transmiten a los más jóvenes los valores de la sociedad, no estamos para nada en el mismo contexto. Una de las grandes figuras es la ordalía la otra es el sacrificio, si la ordalía es un rito privado que implica jugarse el todo por el todo, el sacrificio es jugarse una parte para conseguir el todo, perder una parte de sí para salvar su vida pagar de alguna manera el precio de su existencia hacerse daño para que duela menos. Para mí en este sentido los cortes son las figuras más ejemplares de este sacrificio, este hecho de jugar el dolor contra el sufrimiento. El dolor o el lastimarse que uno controla contra el sufrimiento que nos aplasta y no tenemos ningún poder” (Le Breton, 2010:7).

### VII.1.3 Las perspectivas del deseo o de la vida

Llegando a la edad de 12-14 años, entre la pubertad y el comienzo de la adolescencia, las personas transexuales son conscientes de los sitios de identificación que les podrían suponer algún perjuicio, motivo por el cual parte de las vivencias de la disforia en esta etapa es la búsqueda por su normalización en los códigos del género aprendido, apartándose de las zonas marcadas por la amenaza al castigo y por la falta de reconocimiento (Martínez, 2015). Según Goffman (1963) el individuo estigmatizado puede intentar corregir su situación, en este caso las personas conocedoras de las normas del género, pueden ocuparlo para ocultarse a través de una correcta performance de género:

*“en ese colegio había niñas un poco más amachadas que yo, y la gente las apuntaba y las molestaban. No quería eso para mí, yo no iba a estar confrontando a la gente ni haciéndome drama” (Amalia).*

La lectura que se puede realizar de los códigos del género, para actuar el propio cuerpo generizado es una muestra de que el sexo no es algo natural (Butler, 2006), muy por el contrario, desde su *verdad interior* los sujetos sólo logran entenderse desde un sexo no-biológico, de tal manera que reconocen haberse: *disfrazado de mujer*. La teatralidad de los actos performativos para presentar el sexo están circunscritos a un “ideal regulatorio”, que produce, demarca, y diferencia los cuerpos; las personas asumieron que poseer un sexo mujer no fue suficiente para *serlo*, reflejando de esta manera que el sexo “no es una realidad simple o una condición estática de un cuerpo” (Butler, 2002, p.18).

En este deseo de normalización las personas experimentan el “pasar por”, que Garfinkel (1967) asocia al cambio de sexo en la transexualidad, como un intento de representar su sexo biológico, realizando acciones premeditadas por *llegar a ser* mujeres y exponiendo así que el primer tránsito de los transexuales masculinos es de no-mujer (sexo no-biológico) a mujer (sexo biológico), representando una identidad femenina y heterosexual.

La experiencia del disfraz en una exitosa performance de género, es un acto que se evaluó socialmente logrado, tras recibir la aprobación y el estímulo positivo ante su feminización. Al respecto Goffman (1959) advierte que bajo esta forma de socialización las personas actúan

y modifican su presentación social de manera idealizada, al son de las expectativas y los valores morales de la comunidad. Estos casos ejemplifican el refuerzo social en la actuación normada del género, todos señalan que su *actuación* como mujer pese a ser valorada por los otros como ‘atractiva’, no aplacó su malestar interior, siendo autopercebida como carente y ridícula,

*“Cuando me vestía de mina era súper cuático porque cuando me veía después al espejo con vestido, y el pelo esa cuestión que te hacen, era la huevona más pesá que podías ver, así me veía yo, porque odiaba todo eso”* (Rodrigo).

*“Intenté en alguna ocasión ponerme jeans y botitas, así como todas las niñas, pero me sentía como en un disfraz, y sentí que si lo hacía, la gente lo iba a notar, me veía ridícula, aunque nunca pasó, las veces que me disfracé de mujer la gente me decía que me veía linda pero yo me sentía incómodo”* (Noah).

Heteronormarse fue otro esfuerzo por la adecuación de la propia identidad y la aceptación social. Tal como observamos en los cuatro relatos de vida se experimenta una sexualidad lésbica que se identifica a temprana edad, siendo en algunos casos sus primeros juegos sexuales con niñas cercanas, amigas y compañeras. No obstante, en tres casos la primera pareja sexual es un hombre, esto es explicado señalando su deseo de: 1) evitar el dolor que causarían a su madre, 2) no ser discriminados, y 3) la baja autoestima.

La heterosexualidad como base del ordenamiento de los sexos configura el sexo mujer donde lo femenino es una construcción de la única identidad posible que es la masculina (Wittig, 1992). Ser pareja de un hombre refuerza la identidad como mujer, donde a su vez la valoración de la masculinidad tendría una compatibilidad con el nivel de feminidad que estas adquirirían -por oposición- en una relación heterosexual de subordinación (Rich, 1980). Tras el fracaso de estas relaciones concluyeron que *llegar a ser mujer* en esta sexualidad les resultó repulsivo.

*“Me metí al tiro con el hueón más macho, era como macho mexicano, hediondo, tenía pelo, caluga y era hueón, le costaba estudiar, le iba mal, y tenía una actitud machista hacia las mujeres, me trataba con cortesía, como de señorita y cosas, y con sus amigos*

*era rudo y se curaba. Con él quedé para todo el colegio como heterosexual, no por cómo era yo sino por el hueón con el que andaba” (Amalia).*

*“Estuve con él un tiempo y era muy incómodo, y darle besos me daba asco, pero yo pensaba que era normal” (Noah).*

*“Sobre la sexualidad, yo por mi mamá igual tuve parejas hombre, porque antes ver sufrir a mi mamá era lo peor que me podía pasar, entonces trataba de evitar todo tipo de sufrimiento para ella, más si venía de mi parte. Intenté que no me gustaran las mujeres, lo intenté para darle felicidad a ella, siempre que andaba de la mano con hombres, abrazos y besos, era delante de mi mamá, porque yo les daba un beso me daba la vuelta y vomitaba, por eso mi mamá se iba y yo los alejaba y les decía: ‘córrete, no te quiero ver’. Así tuve muchas parejas, pero no duraba nada por lo mismo” (Rodrigo).*

La heteronormatividad sostiene expectativas sociales que no pueden alcanzarse plenamente. Una vez más, será la madre-todopoderosa quien desde su *divinidad* vehicule la ley simbólica del ordenamiento social. Aunque en todo momento performan su género y sexualidad buscando “encajar” será *a los ojos de la madre* donde su insuficiencia ante las expectativas sea vivenciada con mayor culpa. Traspasar el orden binario lleva implícito un mensaje a la madre, impugnando las normas de su crianza y desafiando su autoridad. El temor a la madre y la necesidad de su protección, es un vínculo conflictivo previo a la confrontación de estos adolescentes con la sociedad.

La primera manifestación de esta identidad autodeterminada fuera del restringido ordenamiento sexo-género, será en el área de la sexualidad, manifestando a la madre su deseo sexual hacia las mujeres biológicas. Wittig (1992) entiende la heterosexualidad como un régimen político basado en la sumisión y la apropiación de las mujeres, en esta línea, resistirse a la sexualidad normativa “ha significado siempre, conscientemente o no, negarse a convertirse en una mujer” (p.36).

En el caso de la transexualidad masculina la sexualidad “lésbica” adquiere nuevos matices, en tanto no-mujeres generan un nuevo código que complejiza su categorización. Dentro de la visión dualista de la transexualidad, la clasificación social provocó otra forma de

inadecuación, en este caso en el ámbito conceptual, en la medida que sentir atracción hacia las mujeres biológicas no devino en una identificación como lesbianas<sup>32</sup>. Este malestar evidencia que la transexualidad no tiene una relación directa con una sexualidad determinante, dado que sólo opera como una categoría corporal sobre la identificación de su sexo:

*“Yo nunca dije: soy lesbiana, como que tenía todas las características y me lo imponían, pero nunca sentí que mi identidad fuera ser lesbiana, a la gente le cuesta entenderlo, pero es eso, saber que no lo eres”* (Noah).

*“Sobre mi lesbianismo no es porque me gusten las minas que yo me sienta más hombre, eso es independiente, hay una esfera de mis gustos y otra de mi propia percepción, mi propia percepción no tiene nada que ver con mis gustos”* (Amalia).

A diferencia de lo que ocurría durante su infancia en cuanto a la autodeterminación de su expresión e identidad de género, en esta etapa la identidad deja de ser negociada, desafiando la aceptación familiar,

*“Entonces llegué un día y lo dije no más porque en realidad nunca hay un momento correcto para decir estas cosas, entonces mejor hacerlo que arrepentirme. Cuando yo salí del closet, estaba preparada para que todo resultara súper mal, pensaba que me iban a echar de la casa, que me iban a decir no te quiero ver (...) no me rechazaron y ese fue un llanto de alivio”* (Amalia).

*“Como a los 13 años le dije a mi mamá que me gustaban las mujeres, ella me llevó al psicólogo porque quería saber si yo de verdad era lesbiana o si estaba intentando llamar la atención”* (Catalina).

---

<sup>32</sup> Al momento de clasificar la sexualidad de estas personas al ser su autopercepción masculina esta estaría situada con mayor cercanía a la heterosexualidad, aunque nos parece pertinente dejar fuera de categoría la expresión sexual, puesto que la centralidad del cuestionamiento radica simplemente en que las personas sienten mayor atracción hacia las mujeres generalmente femeninas, aunque se señala que no es una posibilidad restringida, por lo que también se han tenido parejas mujeres masculinas.

Las aprehensiones maternas y su necesidad de tener el diagnóstico de un psicoterapeuta evidencian que lo concebido como real y verdadero debe sustentarse por las instituciones que ostentan el poder de la verdad regulando el comportamiento social (Foucault, 1983). Respecto a esta confesión, en la medida que se logró verbalizar la experiencia, lo que se puso en juego fue el reconocimiento de la propia condición, a través de la autoridad médica (Butler, 2006).

La consulta psicológica fue mal valuada por los entrevistados, ninguno se muestra de acuerdo con el diagnóstico de sus terapeutas. En esta situación, el desconocimiento que presentan los/as profesionales sobre la transexualidad es el mayor de los agravantes. Hecho que disipa la esperanza de alcanzar claridades sobre estas percepciones confusas, haciendo inteligible el rechazo que provoca el propio cuerpo. Asumiendo que no se les proporcionará la ayuda requerida, la mentira y el ocultamiento serán estrategias para superar el ámbito clínico.

Interrogados sobre su identidad y sexualidad, se sienten “obligados”<sup>33</sup> a revelar su intimidad, siendo sometidos a situaciones incómodas y vejatorias. Este modo de accionar debe situarse en la teoría de la matriz heterosexual, donde las categorías de la única verdad posible no son principios que se pongan en duda, muy por el contrario: “cuando se produce una disparidad entre los individuos y la matriz heterosexual, no es la matriz la que se considera problemática sino los individuos que no se conforman a ella” (Soley-Beltran, 2009, p.138). Bajo este principio, la verdad interior es despreciada, recibiendo una atención normalizadora hacia la revaloración de una identidad femenina. Este coercitivo ejercicio psicoterapéutico ahonda la angustia de la disforia, frustrando lo que fuera una posibilidad de “saber”, de hacer inteligible sus vivencias corporales.

*“Para el psicólogo todo era porque tenía problemas con mi papá, porque él estaba ausente. Y yo me enojaba y le decía que no, que no era mi papá, mi papá no es nada, está ausente, y él insistía. Después de varias sesiones él me dijo que yo era lesbiana y a mi mamá que yo no estaba llamando la atención (...) pero no me asumía como*

---

<sup>33</sup> No es mi intención retratar la terapia psicológica de una forma negativa, pero sí dar cuenta que a la luz de estos relatos y en esta instancia particular de su biografía, la terapia en la mayor parte de los casos fue mal evaluada. De sus condiciones particulares cabe aclarar que esta no fue del todo voluntaria, y que las/os especialistas consultadas/os no tenían conocimiento sobre la transexualidad.

*lesbiana, yo no le dije: 'soy lesbiana', dije: 'tengo una polola' si yo fuera hombre me catalogaría como heterosexual” (Catalina).*

*“Después tuve que hacer un dibujo de una familia y uno de los hijos era un hombre, y empezó a preguntarme si sentía que podía ser un hombre y yo me sentí muy atacado y le dije que no, que era porque se veía bonito, después de eso no me preguntó más” (Noah).*

*“Cuando fui al psicólogo yo le dije: 'vengo porque soy mujer y me gustan las mujeres', y me dijo que estaba mal que me tenían que gustar los hombres, y yo le repetí que me gustaban las mujeres y siempre había sido así, de hecho le dije: 'yo me siento hombre y me gustan las mujeres'. Él respondió que yo estaba confundido, que en realidad me gustaban las mujeres porque me gustaría ser una de ellas” (Rodrigo).*

El sexo biológico es la información primigenia en la que se basó cada una de estas terapias. Centrándose en la dimensión corporal se remiten a evaluar el malestar psicológico de una mujer. Así, la intervención terapéutica remite sus hipótesis a la constatación teórica de la norma de la sexualidad femenina durante la adolescencia. En la lectura freudiana esta es una etapa en la que bajo la presión social el deseo de la niña se vería encausado hacia su integración como mujer heterosexual, alcanzando su madurez tras el desplazamiento del poder erógeno del clítoris hacia la vagina (Butler, 2007), del autoplacer a la carencia, pérdida esencial para la conformación de una sociedad que tras la sumisión acepta y procrea el orden patriarcal (Laqueur, 1994).

La desviación de este orden constitutivo es el que buscan “sanar” estas terapias, prescrita la feminidad y la necesidad del hombre (símbolo de poder que se expresa en el dominio paterno y sexual). Asumiendo por defecto -bajo igual orden de cosas- respaldar su inversión sexual. En este proceso el sexo biológico jamás se cuestiona<sup>34</sup> ya que, en este sentido, pasar de la heterosexualidad a la aceptación del deseo lésbico no transgrede las leyes de la sexualidad

---

<sup>34</sup> Es importante aclarar al respecto que esta no es una exposición del psicoanálisis, ni una crítica directa al mismo. Me he limitado simplemente a acotar segmentos que dan cuenta de la violenta normalización del tratamiento psicológico que se expresa en estas biografías, enunciando puntos temáticos en el desplazamiento de la infancia a la madurez (idea del niño como un perverso polimorfo a la sexualidad heteronormativa). Para profundizar en el tema invito a la lectura de Thomas Laqueur *La construcción del sexo*, (1999) y el *Deshacer el Género* de Judith Butler.

binaria. En la medida que su lectura se basa en la inversión de los códigos normativos de la sexualidad, la identidad de los sujetos es inteligible y la prescripción médica de su “normalidad” psicológica se vuelve una posibilidad. No así, cuando se pone en duda el cuerpo, la verdad biológica, la ontología misma del orden social; en estas terapias la transexualidad de facto no es opción. Por lo demás, operando en los límites de la realidad, no es de extrañar su completa ausencia dentro de la formación profesional.

Ante estas terapias normalizadoras las personas utilizaran como estrategia el ocultamiento y la mentira de la información que entregan, entendiendo que una coherente performance de género es suficiente para ser “normal”

Al psicoanalizado no le queda más elección (si no quiere romper el contrato implícito que le permite comunicarse y del que tiene necesidad) que intentar decir lo que se quiere que diga (...) La toma de conciencia del estado de cosas general (no es que uno esté enfermo o necesite cura, es que uno tiene un enemigo) provoca generalmente por parte de los y las oprimidos/as una ruptura del contrato psicoanalítico. Esto es lo que se desprende de los testimonios, junto con la enseñanza de que el contrato psicoanalítico no era un contrato consensuado sino forzado. (Wittig, 1992:48)

Estando fuera de la matriz heterosexual los sujetos amplían su marco de referencias respecto a las identidades posibles, poniendo en entredicho las condiciones de la “normalidad” expuestas hasta entonces. En este momento el cuerpo tiene una posibilidad de unificación, individualización y pertenencia, donde lo psíquico y lo corporal dejan de plantearse como una oposición: pueden tener un cuerpo de ‘mujer’ que desea y es deseado por otra mujer (Butler, 2002) siendo la sexualidad una puerta de entrada a la indagación corporal que aún en su aversión puede generar placer.

La identificación sexual como presentación de su identidad social, es la primera manifestación donde se expone el estigma evaluando la aceptación de los otros fuera de lo doméstico, siendo también una apertura a nuevos espacios de socialización, interiorizando nuevas formas de concebir el cuerpo y la sexualidad, identidades transgresoras y sexualidades migrantes que traspasan el orden binario.

*“Después comencé a buscar más información participando en talleres, porque hasta ahí la única persona lesbiana que conocía era mi pareja. El primer taller fue del Movimiento por la Diversidad Sexual y fue impactante - ¡era la cagá! - yo era el más chico, tenía 15 iba a cumplir 16, conocí gente muy gay, cola, ultrafuerte” (Noah).*

El sentimiento de exclusividad que formaba una barrera entre ellos y la sociedad es fragmentado gracias al concepto *transexualidad*, que les permite entrar a un colectivo de experiencias comunes, testimonios que se aproximan a la propia vivencia, con quienes realizan comparaciones biográficas haciendo inteligible el cuerpo disfórico.

Son los medios de comunicación masivos donde obtienen este primer hallazgo conceptual, generalmente abreviado por el enunciado: “nacer en el cuerpo equivocado”. Comentan que es la televisión el primer medio donde conocen el discurso biomédico de la transexualidad, diagnosticada como un trastorno del desarrollo sexual, cuya solución son los cambios corporales; los cuales son exhibidos mediante seguimientos biográficos indistintos a personas travestis y transexuales que modificaron su cuerpo. Pese a que tanto la definición médica como la identidad travesti generan confusión, este primer atisbo de la disforia despierta nuevas búsquedas.

De estos medios, internet es el que permite mayor despliegue de información. Aquí se configuran condiciones particulares, conformando verdaderas comunidades virtuales o ciberculturas (Acuña, 2008), que les permiten acercarse a la vida y las decisiones de otros transexuales de diferentes partes del orbe, quienes, a través de: imágenes, videos y testimonios escritos, cuentan lo que ha sido para ellos vivir con disforia. En esta comunicación se generan redes, a través de las cuales se realizan una serie de intercambios digitales (películas, documentales, canciones, etc.) y materiales (especialmente artículos destinados a las necesidades particulares del grupo, como fajas, prótesis, etc.).

Siguiendo este estado progresivo en que se enuncian las vivencias biográficas<sup>35</sup>, posterior al problemático reconocimiento de la transexualidad el cuestionamiento se traslada a las posibilidades de la autodeterminación sexual.

En la medida que se van informando, descubren la discriminación y violencia que recae sobre los trans. En consecuencia, la satisfacción de reconocerse va aparejada al dolor de ser parte de un grupo estigmatizado. Butler (2006) reflexiona sobre las razones que respaldan estas agresiones señalando que “esta violencia emerge de un profundo deseo de mantener el orden del género binario natural o necesario, de convertirlo en una estructura, ya sea natural, cultural o ambas, contra la cual ningún humano pueda oponerse y seguir siendo humano” (Butler, 2006, p.59).

Aunque el concepto “transexual” humaniza permitiéndoles pasar de lo ininteligible hacia una categoría de lo posible -lo que hemos nombrado la des-abyección- mediante la violencia se pone en evidencia que tal posibilidad no existe, que tal cuerpo es impensable. Así, la persecución y muerte de otros transexuales es la amenaza social a deshacer dicho reconocimiento, “la dominación sexual, tiene también como rasgo conjugar el control no solamente físico sino también moral de la víctima y sus asociados. La reducción moral es un requisito para que la dominación se consume” (Segato, 2004, p.12).

A través de este lenguaje colectivizado “expresión de una estructura simbólica profunda” (Segato, 2004, p.6) leen claramente que son cuerpos que no importan. De aquí que la sobrevivencia esté dentro de la evaluación que hacen estas personas sobre sus posibilidades de autodeterminación.

El temor se pone en balanza con el potencial descentramiento social de su género, la apropiación de los códigos que, al imaginarlos ya no como un cuerpo fijo en un sexo determinante, da cabida a múltiples formas de pensar el cuerpo, de esta manera “aunque haya normas que rigen lo que será y lo que no será real, y lo que será o no inteligible, se cuestionan y se reiteran en el momento en que la performatividad empieza su práctica citacional” (Butler,

---

<sup>35</sup> Aunque los relatos son expresados de manera progresiva, las claridades respecto a la propia identidad siguen más bien un curso cíclico, donde el modo en que se adecua la disforia no es estático ni lineal, muy por el contrario, está en un constante cuestionamiento.

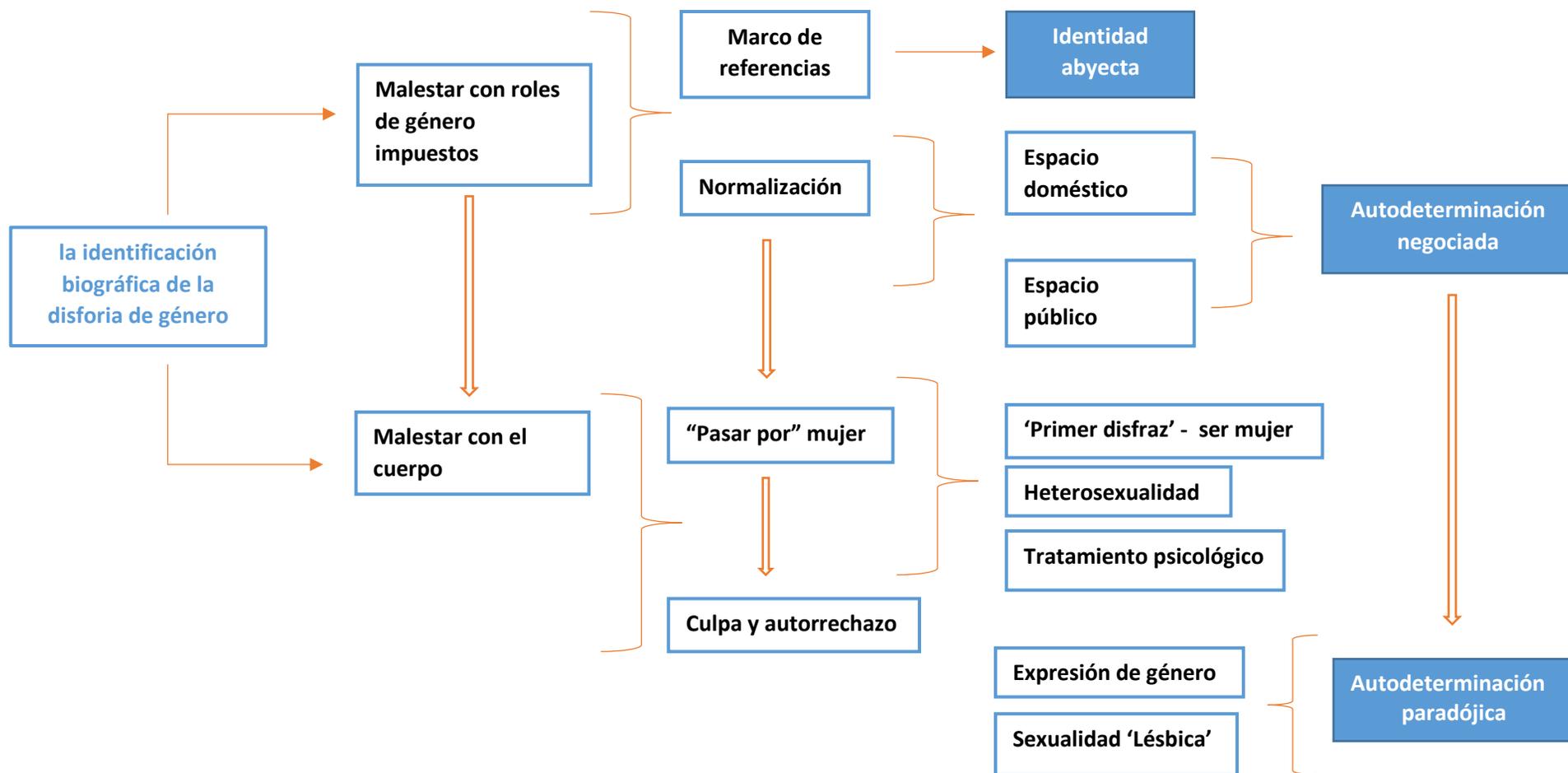
2006, p.308). Una vez que se abre la posibilidad de decidir lo que está sobre la mesa son las consecuencias, “las perspectivas del deseo o de la vida” (Butler, 2006, p.302).

La autodeterminación no sólo está condicionada por la violencia, aunque los códigos se pueden reapropiar, la autodeterminación es paradójica en la medida en que estos siguen siendo los códigos de la heteronorma y el discurso masculino dominante, situándose dentro del sistema simbólico del género, su jerarquía sexual y respectivos roles sociales,

Pese a los intentos por superar las demarcaciones de lo femenino y masculino, pese a la intervención sobre los cuerpos, dislocando sus referentes biológicos (lo queer, lo transexual, lo bisexual, entre otros), las categorías hombre y mujer continúan siendo el locus de relaciones de poder que operan como espejo y reflejo de relaciones políticas, económicas y simbólicas (Montecino, 2017, s/p).

La autodeterminación paradójica de la transexualidad abre un espacio en la categoría de humanidad restringido al ordenamiento de género binario, sometiendo a los sujetos a referentes delimitados de identificación y expresión de su sexo no-biológico, todos desplazamientos que se vivencian en una cotidiana y violenta negociación, que pone en evidencia la vulnerabilidad de la integridad y vida de estas personas.

## Esquema sintético



## VII.2 EL ESTIGMA DE LA TRANSEXUALIDAD

Centrándonos en la adecuación de la disforia de género señalaremos las vivencias de la abyección social como un *estigma*, dando cuenta de que el malestar profundo que causa la disforia es transversal a estas biografías, sin embargo, el modo que tienen de enfrentarlo es múltiple, y por ende, la vivencia de la transexualidad también adquiere distintos matices.

### VII.2.1 Una vida vivible

“Yo cumplí con traer a mi hijo a la vida,  
él ve lo que hace, si es feliz yo lo voy apoyar.  
Al final fue así como: así es nuestro hijo y lo amamos”  
(Rodrigo)

La respuesta de adecuación corporal como solución de la disforia por la que han optado otros transexuales coloca en perspectiva una posibilidad de vida que antes no se consideraba. Posicionarse evaluando estas decisiones, genera una serie de dudas.

*“Estoy como rendida, como que en verdad no quiero tener cuerpo, no voy a lograr nunca ser hombre porque de verdad lo veo demasiado imposible, pero tampoco quiero ser mujer, no quiero ser nada”* (Catalina)

Cuando se acepta no ser mujer, aquello no implica querer ser hombre, sin embargo, desear ser hombre, sí lo vuelve un significante inalcanzable. Este contexto sume a la no-mujer en una angustiada imposibilidad de *ser* dentro del ordenamiento simbólico del género. La genitalidad como marcador de la diferencia sexual exige a los sujetos a pensar sobre sus posibilidades de un cambio de sexo exitoso, interrogante que aviva el temor de *no-llegar a ser* un “hombre completo” o un “hombre de verdad”. El lugar de la *verdad* en esta evaluación es la sexualidad, llegar a ser un hombre heterosexual.

El imaginario sobre esta sexualidad implica a su vez tener un “pene funcional”, por lo cual también se evalúa el estado de estas operaciones,

*“las operaciones son una mierda (...) pa ser hombre te sacan pedazos de piel y te queda como un colgajo, no tiene sensibilidad y tienes que erectarlo manualmente”* (Noah).

La autopercepción del cuerpo de quienes no desean modificarlo es desalentadora dado que no existe una solución médica que se valore de manera positiva. Es una decisión que realiza por negación, sosteniendo que un hombre transexual nunca es del todo hombre y que deberá vivir con este malestar.

Por otra parte, se pone en perspectiva el ordenamiento de género que opera bajo estas posibilidades, el *pasar por* el otro sexo como un tránsito que no pondría en tensión el binarismo sexual.

*“Esto es más bien un qué hago con este sentimiento ¿me quedo tranquila o me intervengo?, en el caso de quienes se realizan modificaciones no sé si se lo cuestionan, pero en realidad no hacen nada distinto, es pasar de mujer a hombre, sigues el mismo modelo, todos te pueden decir eres hombre y nadie sabe por lo que pasaste”* (Amalia).

En esta línea se presenta la teoría feminista como un conocimiento que permitió cuestionar la heteronormatividad, logrando evidenciar la violencia de género en sus múltiples dimensiones. En la deconstrucción del pensamiento binario hay un progresivo empoderamiento que permite cuestionar la naturalización de su cuerpo y su posición al interior de la sociedad masculina. Se trata de un rechazo que complejiza a su vez el posicionamiento frente a las posibilidades de vivenciar la transexualidad.

*“Empecé a ver la hueá del género como una imposición, porque antes yo también sabía que había hombres y mujeres pero no lo veía como una imposición, creía que uno nacía y el curso natural de las cosas te llevaba a hacer hombre o mujer”* (Catalina).

*“Como era feminista extremo de los que odian a los hombres, eso también me costó en mi proceso, era como querer empezar a parecer lo que yo siempre había rechazado”* (Noah).

En cuanto al binarismo sexual se releva la teoría Queer como un encuentro con vías que otorgaban mayor sentido a la vivencia corporal,

*“Mi problema era que no me sentía 100% binario, entonces pa que iba a transitar hasta el otro lado si tampoco me sentía completamente del otro lado, y pensaba -¡ah quién soy, porque no puedo ser una de las dos por la chucha!- así llegué al Gender Queer gente que hacía la transición a medias o gente no binaria y yo así -¡existe, existe!-” (Noah).*

La socialización con personas y agrupaciones feministas, y encuentros en las actividades de personas trans -como la OTD- son los espacios iniciales donde se exponen en una relación directa las experiencias corporales de abyección, relacionándose desde una identidad masculina. La plasticidad del género que se manifiesta en estos grupos es una apertura que les permite ser *sí-mismos* en su sexo biológico y la corporalidad deja de ser el referente común en la adscripción del sexo del ‘otro’, vivenciando la satisfacción de ser reconocidos por primera vez en la identidad autodeterminada.

Los grupos estigmatizados logran compartir su abyección en una codificación de las leyes sociales que permiten que su monstruosidad sea un lugar posible, *habitable*. Fuera de ellos, está la corrección, perpetrada por la familia y las instituciones en que ésta se apoya, como afirma Foucault (1999): “El individuo a corregir va a aparecer en ese juego, ese conflicto, ese sistema de apoyo que hay entre la familia y la escuela” (p.63). De aquí, que compartir con estos grupos, contemplando -en palabras de Foucault- otra “moral de la carne” ocurra generalmente una vez que las personas han salido del colegio, libres de su vigilancia y su domesticación del cuerpo.

La dualidad entre el trato masculino en estos grupos y el femenino fuera de ellos genera incomodidad. La angustia moviliza la declaración de esta identidad al grupo familiar: aquí haber logrado exponer la sexualidad es una experiencia previa de doble filo. Por una parte, se considera que siendo aceptada la transgresión a la moral femenina una vez, la familia puede tolerar una segunda declaración. La segunda visión es inversa, se considera que tras haber sido “perdonados” por faltar a las expectativas de su sexualidad, esto profundizaría su falta. Este último caso, para uno de los entrevistados fue una advertencia explícita:

*“En algún momento mi mamá me dijo: yo tuve una hija no un hijo, así que está bien que tú tengas una pareja quien sea, pero yo tuve una hija no un hijo” (Catalina).*

Cuando las personas transexuales sobreviven a los campos disciplinarios de la familia, la escuela y la psiquiatría, hacen manifiesto el fracaso de la comunidad. Conscientes de esta advertencia -en algunos casos- es la crisis la que facilita pedir ayuda a la familia, en un estado de extrema vulnerabilidad,

*“le dije a mi familia que el psicólogo no había servido, que soy transexual, y me decían que qué va a decir tu tía, y Luchito, y yo dije puta mala cuea’ yo soy así y si les gusta bueno, si no me voy, yo soy así, hice de todo para cambiar, y no puedo más, cada 5 minutos tenía ganas de matarme porque no era capaz de seguir adelante” (Rodrigo).*

La respuesta familiar vuelve la mirada hacia el exterior, la mirada de “los otros”, el estigma individual envuelve a la familia en la vergüenza y violencia de la anormalidad, según Manrique (2013):

Todas estas reacciones descritas como: aislamiento, miedos, ocultamiento de la identidad, vergüenza, desconfianza, incompreensión, confusión, inseguridad, desinterés, desamor, subestimación, invisibilización del tema y de la persona, homofobia y transfobia (y otras), son una muestra de las distintas emociones, pensamientos y actitudes que viven tanto las personas transgénero y el/la familiar y que les causan un grave daño en su vínculo, pues al tiempo que son representaciones de las crisis internas que vive cada quién, aumentan la distancia entre familiares y persona transgénero. (p.54-55)

Las alternativas para sobrellevar la disforia de género tienen como fin -en términos de Butler- lograr una *vida vivible*, lo que en todos los casos implicó una transformación, una búsqueda por tener una identidad estable. En este sentido Butler (2006) señala: “De la misma manera que una vida para la cual no existen categorías de reconocimiento no es una vida habitable, tampoco es una opción aceptable una vida para la cual dichas categorías constituyen una restricción no llevadera” (p.23).

Las citaciones del género pueden devenir en múltiples citas performativas de la identidad, según los diferentes contextos sociales, y las representaciones que se deseen realizar; sin embargo, estas experiencias no serán igualmente *llevaderas* para todos (Butler, 2006).

Las decisiones de expresar o no una identidad abyecta, de plantearlo o no a la familia, de vivenciar la sexualidad, son diversas. De este modo, observamos que las vivencias de la disforia de género varían y junto con ellas las experiencias de abyección y las consecuencias sociales.

### VII.2.2 Eso me gustaría que dijeras: *eres persona*

Aunque todos sean sujetos anómalos con respecto al binarismo que tanto hemos mencionado, la vivencia matizada de la disforia diversifica también los alcances de su estigmatización social. En esta situación se genera una brecha que separa en diferentes ámbitos los símbolos de estigmatización voluntarios (Goffman, 1963) que las personas están dispuestas a asumir para: “*sacar adelante lo que tú eres*” (Rodrigo).

Con este propósito las decisiones que llevaron a cabo fueron múltiples, evaluando diferentes áreas de su vida, cada cual con una valoración personal de las prioridades en su adecuación corporal. En una síntesis analítica podemos identificar por lo menos tres alternativas,

- 1) Modificar el cuerpo mediante la transición completa de sexo por la vía médico-legal, es decir el *paso de* mujer biológica a hombre transexual.
- 2) Modificar el cuerpo realizando parte de la transición por la vía médico-legal, haciendo el *paso de* mujer biológica a hombre transgénero, cambiando su sexo legal a hombre.
- 3) Identidad transgénero.

La primera alternativa refiere al caso de Rodrigo quién se identifica como un hombre heterosexual, aseverando que su sexo biológico no es el correcto. En este caso, se hace explícita la división mente-cuerpo, donde existiría una verdad inmaterial de nacimiento – el sexo verdadero- que se expresa en un espacio interno. Siendo tan fijo como el sexo-biológico la única solución posible es *hacer el cuerpo a la medida de la mente* (Dillon, 1946).

En este deseo de coherencia *borrar el estigma* implicó vivenciar una masculinidad hiperbólica, actuando en los roles masculinos mejor que un hombre-biológico,

*“Yo era también el que se agarraba a combo, tengo dos primos (...) yo les enseñé a pelear, a mí me llamaron para jugar en la Católica, yo era el que elevaba volantines,*

*yo era el que jugaba a las bolitas, el que estaba encaramado en los árboles y todas esas cosas. De hecho, yo fui el primero en presentar a una polola”.*

Para posicionarse como hombre se busca legitimar la identidad masculina por medio de los roles socioculturalmente asignados a este sexo. En este deseo vital el cuerpo se torna un impedimento insufrible, un error de la naturaleza que pese a sus esfuerzos sigue determinando su sexo social.

Reparando esta injusticia llevan a cabo un progresivo borramiento de las características asociadas al cuerpo femenino, ocultando los signos más visibles de su estigma mediante la hormonación y las fajas, para luego pasar a la aplicación de procedimientos tecnológicos más invasivos, donde se *borran* los senos y el útero.

Analizando estas acciones Preciado (2008) afirma que estos son procesos de normalización, de control de los cuerpos y de la sexualidad operados por la biomedicina no sólo como una institución disciplinaria, también como una “empresa de salud-pública”. En relación a lo anterior, Vendrell (2009) afirma que los laboratorios farmacéuticos, en conjunto con “amplios sectores de la profesión médica (psiquiatras, psicólogos, clínicas, cirujanos especializados en el tema)” (p.64) a través de estos tratamientos han abierto un nuevo nicho de mercado en donde las hormonas y cirugías de cambio de sexo -tan requeridas por esta población- se han vuelto un negocio lucrativo.

Según Preciado (2008) en esta Empresa la biopolítica ha alcanzado un punto máximo de eficacia restableciendo “la relación original entre sexo, género y sexualidad [haciendo] del cuerpo una inscripción legible y referencial de la verdad del sexo” (p.18). Encarnar este “sexo verdadero”, se manifiesta como un derecho a vivir. Así, por ejemplo, los senos son observados como “tumores” que no te quitan la vida, *“pero pueden llegar a serlo”*. Para muchos de ellos la eficacia de la biomedicina al momento de realizar su transición ha convertido sus vidas despreciables, en una oportunidad de materializar la propia identidad y tener una mejor calidad de vida. En estos casos, condiciones económicas poco favorables, han limitado sus posibilidades de realizar estas operaciones. En este contexto, un medio para

poder realizarlas ha sido mostrarse “biodisponibles”<sup>36</sup> para la experimentación en los hospitales públicos.

*“La doctora que me operó me pidió que si tenía más amigos que quisieran operarse les dijera, nosotros somos su conejillo de indias, ellos practican haciéndonos ese favor; así llegaron todos a operarse” (Rodrigo).*

Ser parte de estas experimentaciones ha implicado en oportunidades tener una mala evaluación de las cirugías.

*“los drenajes en una mama absorbieron más que en la otra, entonces todavía se ve como un bulto. Ese es el riesgo de ser el primero, pero yo no hallaba la hora de operarme, o sea yo prefiero mil veces estar así a como estaba antes” (Rodrigo).*

De estas cirugías la faloplastía es la que reviste mayores complicaciones, tanto económica como producto de la precariedad de su avance estético y funcional, existiendo un número reducido de instituciones que tienen antecedentes positivos en esta práctica. La ausencia de esta operación es vivenciada como un estado de castración, que imposibilita la plena aceptación del cuerpo. Por la carencia de pene -constitutivo de la diferencia sexual- la transición ofertada por la biomedicina queda incompleta

En esta situación se refleja el *Modus Operandi*<sup>37</sup> de la institución, donde la normalización de los sexos es facilitar con su ciencia el cruce de los abyectos al sexo mujer. Cabral (2012) comparte esta denuncia estudiando la intervención médica de los cuerpos intersexuales: “los niños intersex [son] transformados en niñas para librar a la cultura del infierno de un hombre fallado” (Cabral, 2012, p.117). En cuanto a la población transexual, sospechosamente, la industria biomédica ha presentado mayores avances en la vaginoplastía.

Otro motivo por el cual la faloplastía queda en último lugar, se debe a que es una operación íntima, por lo que en la presentación social es parte del estigma que se puede mantener oculto. Aunque se han ofertado productos como “bultos” o “dildos” que reemplazan su carencia, la

---

<sup>36</sup> Concepto acuñado por Cohn, B. (1987) en *Census, Social Structure, and Objectification in South Asia*.

<sup>37</sup> Utilizo este concepto haciendo referencia al texto de Rita Segato (2004) como: “la marca de un estilo en diversas alocuciones” (p.6) que opera un agresor.

performance de género es la que da por sentada su existencia. Pese a que la transición es incompleta la genitalidad cultural de la expectativa de los cuerpos masculinos, les permite llegar a ser reconocidos como hombres, logrando así mejorar “su autoestima y su habilidad para formar lazos estrechos con otros; [ayudándolos así] a aliviar un enorme sufrimiento y a hacer realidad un deseo humano fundamental de asumir una forma corporal” (Butler, 2006, p.137).

Para circular por la sociedad el nuevo cuerpo debe ser legalizado. La verdad del cuerpo requiere ser respaldada por la autoridad, a fin de obtener su nuevo carnet de identidad con el nombre y el sexo modificado.

En los dos primeros casos el “pasar por” hombre mediante la vía médico legal, implicó que la autodeterminación de su sexo fuera socializada en diversas instancias, siendo sometidos a exponer de manera reiterada y convincente su “verdadera identidad”. De esta experiencia se declara que el mayor padecimiento no estaría en el dolor operatorio, sino en el tiempo de espera para obtener el nuevo carnet de identidad. La falta de información y la ansiedad adquieren una dimensión disuasiva y castigadora, perpetuando el estado de abyección social.

Excepto por el cambio legal del certificado de nacimiento, no hay camino legítimo para el cambio entre el estatus de hombre y mujer. Incluso el cambio legal es visto con considerable desconfianza por parte de los miembros de la sociedad que dan por sentado, bona fide, su propio estatus sexual. (Garfinkel, 1967, p.135)

En esta vía se institucionalizan acciones disciplinarias sobre la desviación a la norma, violentando la libre determinación de los sujetos bajo principios arbitrarios, como las fotografías del Servicio Médico Legal, o la histerectomía.

*“Te llevan al servicio médico legal, te sacan fotos, te abren de piernas, y yo todavía no tengo la última operación” (Rodrigo).*

*“Lo del carnet es aún más largo, empecé el trámite en abril y en octubre me dijeron que me habían rechazado porque tenía útero (...) me dijo que como tenía útero podía ser mamá y eso era muy difícil porque tú vas a ser un hombre siendo mamá y esto va a ser muy raro” (Noah).*

El útero, órgano de la gestación, manifestación del cuerpo de la mujer, se torna una aberración en el cuerpo de un transexual masculino, un peligro moral. La esterilización forzosa de los cuerpos abyectos da cuenta del poder sobre la materialidad de los cuerpos, la regulación del cuerpo colectivo que observa las consecuencias de la desviación, su anulación individual y el poder de exterminio (Foucault, 1975).

Luego de la adecuación corporal y la legalización de su identidad autodeterminada, se normaliza su pertenencia al mundo “naturalmente sexuado” reduciendo de manera significativa la carga emocional de la disforia. En este progresivo avance se va desahuciando a la identidad biológica, lo cual es descrito como: *matar a la persona anterior*.

Sin embargo, cada signo del cuerpo femenino que se intentó borrar deja huellas, rastros, informaciones diseminadas que revelan el estigma. En el esfuerzo de ocultarlo las personas han gestionado “su derecho a vivir con un estatus sexual escogido con una convicción realista de que revelar su secreto particular le causaría la ruina en la forma de degradación de estatus, trauma psicológico y pérdida de ciertas ventajas” (Garfinkel, 1967, p.136). Ocultamiento que implica incluso el resguardo de la vida.

Este resguardo excede la propia voluntad, pues una parte relevante de la información sobre el estigma transexual no puede ser ocultado, por cuestiones materiales e inmateriales como: los documentos, las fotografías, los recuerdos, de las personas que comparten y conocen su biografía. El riesgo de ser “descubiertos” los mantiene en un estado de alerta y de estrés emocional, que supone de manera continua tener presente el sexo biológico, asumiendo que la “nueva vida” posee un rastro que es imborrable. Parte significativa de este rastro es la marca de la biomedicina.

*“Sé que hasta que no tenga todas las operaciones voy a seguir incompleto, aunque después de todo, por más que digas ya pasé ese proceso, ya me operé ya hice todo, siempre vas a tener las cicatrices” (Rodrigo).*

El periodo de “tránsito” de quienes realizan la adecuación corporal alcanza un punto de alta vulnerabilidad cuando están en una etapa intermedia, donde la mala evaluación de su performance de género puede significar la exclusión y la violencia física. En esta etapa los

lugares públicos destinados a los hombres han generado particular ansiedad en relación a “no ser descubiertos”. En esta situación, ser acompañados por hombres o mujeres biológicos legitima su entrada en el campo de estos sexos.

*“Estar al medio es siempre un problema, me pasaba también con los baños, odiaba los baños con todo mi ser, pensaba que si entraba al baño de hombres me podían echar, en el baño de mujeres nunca me echaron, pero si me quedaban mirando con cara de pico, se fijaban si tenía senos (...) a veces entraba exagerando mi posición para que se notara que tenía senos cuando entraba intentaba estar con más gente, lo mejor era entrar con amigas, o con amigos, ellos me validan y no me hacían problemas” (Noah).*

Estas limitaciones se atenúan cuando la apariencia física da por sentada su pertenencia al sexo masculino, pero se conservan en el caso de las personas transgénero, debido a la transfobia de una sociedad heteronormativa que requiere “vigilar constantemente sus propias fronteras contra la invasión de lo anómalo” (Butler, 2006, p.185).

En cuanto al hombre transexual transgénero el estigma social se patenta en lo explícito de su cuerpo no-binario. El “traspaso de un sexo” a otro, de Hombre-a-Mujer, con el que se ha simplificado la definición de la transexualidad masculina, reviste dudas sobre la propia percepción del malestar corporal, suponiendo que se poseería un “nivel de disforia baja”. En este sentido la disforia se convierte en una medición de legitimación de la transexualidad, existiendo gente que sería “más transexual” que otra. El imaginario sobre “niveles de disforia” da cuenta de un intento de lograr hacer inteligible -o situar- la propia experiencia, comparándola con las definiciones de los discursos médicos.

En esta autodeterminación aunque se rechazan los caracteres secundarios femeninos, se prefiere no ser del todo masculino, realizando un proceso de hormonación en dosis pequeñas y sólo algunas cirugías; en este caso particular sólo la mastectomía reviste real importancia.

De esta identidad, Butler (2006) observa su *potencial subversivo* en el descentramiento del género, asimilando los códigos que vuelven inteligible la experiencia, cambiando su sexo legal a hombre, pero asumiendo,

*“soy no binario, es mi lado queers, ser trans abarca muchas cosas, hay muchos matices y que no todos los trans nos identificamos necesariamente con el género opuesto como lo quieren hacer ver, para mí ser trans es simplemente no identificarte con el sexo que te asignaron al nacer, en ese caso yo no me identifico como mujer, me identifico como cualquier otra cosa, da lo mismo, soy trans igual, por mí me encantaría que existiera legalmente un género neutro, yo me cambiaría a eso” (Noah).*

El traspaso incompleto “no verse como hombre” repercute en no ser reconocido en su género masculino. En este caso, se manifiesta que esta identidad de género se vivencia desde lo *neutro* (Beauvoir, 1954), cuestión que se expresa de manera coherente en la construcción biográfica, señalando que, aunque se participaba de los roles masculinos, se experimentaba una identidad transgénero temprana. Esta ambigüedad complejiza su aceptación social.

Noah expresa haber realizado “intentos” para lograr el reconocimiento familiar, desplegando algunas estrategias, entre estas el esfuerzo por educar a sus padres acercándolos a la teoría feminista, criticando el género binario y la sexualidad. El resultado de estas acciones no se evaluó de manera positiva.

*“Casi no me junto con mis otros parientes, mi abuela paterna me dijo que me amaba pero que esperaba que yo algún día me pusiera femenina, me convirtiera en una mujer heterosexual, me casara y tuviera hijos, pero que me aceptaba” (Noah).*

El cambio de género y nombre con el que son tratados son las variables que toman en cuenta al momento de solicitar el apoyo familiar. Tal como expone Le Breton (1995) la identidad personal se construye en conjunto con el reconocimiento social, pues el límite fronterizo del cuerpo entregado a la evaluación de los otros logra ser reapropiado en ese encuentro. De este modo, se conforma una alianza familiar que resguarda su nueva posición en el sistema sexo-género. El pacto se firma en el lenguaje, la marca de género donde se proyecta la realidad del cuerpo social (Wittig, 1992) reafirmandose en la corrección que se hace a otros familiares.

*“Al final decidí separarme de mi familia más extendida, porque sentía que no me aceptaban y que era súper incómodo para ellos estar conmigo y yo no quería estar pasando por esos malos ratos, entonces cada vez que había un cumpleaños dejé de ir*

*no más, y preguntaban por qué no vino la Danielita y mi mamá contestaba: por eso mismo no vino, porque no existe” (Noah).*

Una vez más es la madre quién cumple un rol central en el orden familiar. El significante de la unión simbólica entre madre e hija, presenta un quiebre, y será ella la encargada de recomponerlo, de asegurar la posición del “nuevo” integrante del hogar, como hijo y como hombre. Una situación gráfica es su asistencia para fajar a su hijo, las cuales son diseñadas y hechas por ella misma, fajas que no dañen su cuerpo “para que pueda respirar” (Noah).

La consideración de la identidad autodeterminada y el acompañamiento en estos procesos, disminuyen el malestar de la disforia y el dolor del castigo social ante su abyección. En este resguardo tanto la persona transexual como su familia pierden y/o cambian parte de sus redes. Este cambio incide en las decisiones sobre la entrada/salida de espacios de socialización, por ejemplo, en los casos de Rodrigo y Noah ambos salen de la universidad con el deseo de retomar sus estudios luego de haber realizado la transición y tener sus documentos legales. Este movimiento permite ocultar la información sobre su sexo biológico, siendo reconocidos sólo con su sexo autodeterminado, situación que facilita su convivencia social. No obstante, en el caso de Noah, debido a la alta vulnerabilidad en que se mantiene, parte importante de su círculo social se mueve en contextos feministas donde se asegura el respeto de su identidad y su bienestar físico.

Para los transexuales que deciden no pasar por la vía médico-legal, la vivencia del estigma transexual es una experiencia interna con escasos lugares de expresión. La identidad autodeterminada es la posibilidad de transgenerizarse manteniendo su sexo biológico. En este caso su rechazo a la normatividad social “se paga sacrificando la exigencia de utilizar el lenguaje de una forma verdadera. En otras palabras, se compra una especie de libertad renunciando a otra” (Butler, 2006, p.135).

Esta identidad de género se relaciona particularmente con la masculinización relativa -ropa y peinado- siendo la disforia un tema de reiterado cuestionamiento. Sin embargo, su evaluación negativa de las posibilidades de adecuación anula la vía médico-legal como una opción que pueda llegar a contravenir el malestar disfórico. Expresiones del cuerpo femenino como los senos y la menstruación siguen generando repulsión, sin embargo, intervenir el

cuerpo se observa como “un acto frívolo” (Amalia) rechazando las alternativas de la industria biomédica, y cuestionando el cambio de sexo. Ante esto se exploran alternativas menos invasivas, manifestando que el ejercicio podría ser un ejemplo de acción a seguir para poder disminuir el volumen de los senos.

*“En natación estaba pensando en esto, que si fuera muy, muy constante terminaría plana, igual esa es una gran motivación para hacer deporte y no tendría que hacerme una cirugía” (Amalia).*

En las narraciones de Catalina y Amalia se expresan incoherencias y dudas dentro de un sincero estado de búsqueda -distanciándose de Rodrigo y Noah-, son identidades cuyas posibilidades están abiertas, son cuerpos que no están inscritos “aún”. En estos casos ser transgénero se manifiesta como un “deseo” de *llegar a ser*. Aquí, la claridad está en asumir la ontología del sexo biológico donde nacer mujer implica que ser hombre es imposible, evaluando como insuficiente y políticamente inaceptable al aparato disciplinador de la vía médico-legal.

*“Me gustaría que llegara un momento en que no se te cuestionara si quieres ser niño, niña o no ser nada, así sin género, ser andrógino, no sólo por la apariencia, sino llegar a un término que sea vivir sin género, no necesitar una transición, poder despertarte y decir descubrí que soy hombre, y serlo, pero ahora nadie puede, primero viene el cuestionamiento, después la culpa, sobre todo la culpa, la de no encajar, la decepción que puedes generar en los más cercanos, incluso a los lejanos, a los desconocidos, quienes simplemente porque tú seas distinto te pueden sacar la chucha” (Amalia).*

*“Yo creo que el ideal sería que no existieran ni hombres ni mujeres, que si tú quieres andar con camisa, corbata y falda, hazlo. Pero como en este momento el mundo de verdad es binario, todo se divide entre hombres y mujeres, masculino y femenino, están muy marcados incluso dentro de nosotros, entonces ese ideal no creo que llegue por lo pronto. Siempre va a haber gente que nace sin ser hombre ni mujer, no tienen por qué obligarte a elegir entre uno y otro, aunque aún si pudiera elegir sería hombre definitivamente” (Catalina).*

Pese a las consecuencias negativas en la autopercepción que genera la disforia y la solución parcial que otorgan las modificaciones corporales, la resignificación del cuerpo, la aceptación familiar, amigos y el apoyo de sus parejas, son factores que les permiten sobrellevar la transexualidad.

En torno a esto último, las parejas son generalmente un refuerzo positivo de su identidad y valoración corporal<sup>38</sup>, siendo la experiencia sexual un progresivo autodescubrimiento y empoderamiento de la propia condición, que pasa del rechazo a ser vistos y estimulados en partes corporales que se asocian a un cuerpo mujer -como los senos y la vagina- a tener cada vez menos resistencias y mayor placer sexual. Este encuentro corporal íntimo, acorta la distancia entre el deseo (*mente*) y la imposición social del *cuerpo*, llegando a “sentirse hombres”, uniendo ambas dimensiones en un acto de humanización (Le Breton, 1995).

*“En la parte sexual con mi pareja, ella es capaz de ver mi ser más allá de mi cuerpo físico, era yo, no mi ser, o sea era como yo en ser y en alma, pero no en cuerpo”*  
(Rodrigo).

Utilizando los términos de Beauvoir (1954) aún quienes se identifican en un sexo no-marcado o Neutro, circunscrito en el imaginario de lo que es *ser hombre*, manifiestan en su deseo sexual preferencia por mujeres-femeninas, relación heterosexual que marca la identidad del hombre -lo Uno-. Esta “unificación” corporal puede ser analizada desde la institución política de la heterosexualidad obligatoria, que permite el establecimiento de dos identidades definidas (Rich, 1980; Butler, 2006), donde el deseo de una mujer es constitutivo de la identidad del hombre (con la cual se sienten más identificados). De esta forma ser deseados por una mujer, legitima su posición social como hombres<sup>39</sup>.

---

<sup>38</sup> Posterior a sus primeras experiencias durante la pubertad y adolescencia, descritas en el apartado “Las perspectivas del deseo o de la vida”.

<sup>39</sup> Esta afirmación debe ser matizada, dado que 3 de las 4 personas no se reconocen como hombres, pero tampoco como mujeres. sin embargo, su identidad es más cercana a un sexo-hombre no biológico; cuestión que como hemos expresado vuelve incategorizable su identidad sexual. Pese a esto, creemos que en estos casos la heterosexualidad efectivamente refuerza su identidad como hombres, no como mujeres lesbianas.

### VII.2.3 En situación de disforia

Estas identidades nos presentan cuatro dimensiones en que se unifica la experiencia corporal<sup>40</sup>: hombre transexual<sup>41</sup> (sexo), masculino o transgénero (género), heterosexualidad (sexualidad) y la actuación de género. Las dos primeras corresponden a la clasificación que realizamos en el apartado anterior para definir parte de las adecuaciones corporales de la disforia de género. La heterosexualidad si bien no es restrictiva, y en el dinamismo de la identidad de género esta puede variar, en los cuatro casos es una variable significativa. La actuación de género en todos los casos se enmarca en la vivencia de un estigma que implica el cuidado de mantener una presentación social coherente a su evaluación de los riesgos sociales de su autodeterminación; y a su posicionamiento político.

En relación al último punto, podemos distinguir dos posiciones sobre las adecuaciones corporales y la relación con la medicina, que se han manifestado como enfoques antagónicos dentro de la comunidad trans. Por una parte, están quienes han buscado hacer legal su identidad de género, demandando su derecho a obtener estas operaciones y acceso público a las hormonas, expresando la enorme importancia que tienen estas para sus vidas. Y por otro, quienes manifiestan su abyección como una posición política en contra de las instituciones que normalizan los cuerpos avalando la sociedad heteronormativa del binarismo sexual, como el Estado y la Industria Médica.

Desde esta segunda posición Vendrell (2009) señala:

Cuando el transexual acepta someterse a un proceso de diagnóstico para conseguir financiación para su transformación corporal, en el fondo abandona su capacidad de libre elección en manos de los aparatos médico y legal, es decir, en última instancia en manos del Estado. Con ello no sólo perjudica a los disidentes sexuales que no están dispuestos a entrar en el mismo juego, sino que contribuye a reforzar el heterosexismo social y el orden de género vigente. (p.7)

La patologización de la transexualidad ha sido un punto de discordia entre estas dos posiciones. Pese a que todos señalan no padecer una enfermedad mental, dejar de ser

---

<sup>40</sup> Butler (2007) al momento de analizar el travestismo distingue *“tres dimensiones contingentes de corporalidad significativa: el sexo anatómico, la identidad de género y la actuación de género”* (Butler, 2007:268).

<sup>41</sup> En algunos casos desde su marca neutral.

considerados en el DSM implica no tener una base para llevar a cabo sus adecuaciones corporales perdiendo beneficios médicos y legales de parte del Estado, y también un pie de apoyo en la exigencia de la Ley de Identidad de Género, contraviniendo a su manifestación por los derechos humanos violentados en esta vía, donde la solución no sería la facilitación de estos servicios en el cambio de sexo, sino el derecho a vivir fuera de las normas de género.

La posición política de este activismo presupone que en la medida que existan representaciones no binarias en la sociedad, se forjará un cambio radical en su ordenamiento simbólico. En este acontecer, un sexo no-biológico o una identidad migrante no sería un motivo de segregación y discriminación, lo cual permitiría menguar el malestar de la disforia de género y el enorme peso de la abyección social, alcanzando una mejor calidad de vida para ‘todes’.

Finalmente, al momento de plantear que existe una “Situación de disforia” instalamos que tener en cuenta las particularidades de estos “Relatos de Sobrevivencia” permite situar sus decisiones, la mutiplicidad de violencias que recorre cada una de estas biografías, y desde ahí, comprender no sólo cuales son las vivencias de estas adecuaciones, sino también sus posicionamientos, teniendo presente que “estos estilos nunca se producen completamente por sí solos porque tienen una historia, y esas historias determinan y restringen las opciones” (Butler, 2007, p.271). De este modo evidenciamos la valentía que les ha exigido sobrevivir en un estado de abyección, desde la sinuosidad de sus vías dentro de tales restricciones, como lo plantea Bourdieu (1998) ellos han hecho patente que: “Siempre queda lugar para una lucha cognitiva a propósito del sentido de las cosas del mundo y en especial de las realidades sexuales (...) una posibilidad de resistencia contra la imposición simbólica” (p.26-27).

## VIII. UN CIERRE ABIERTO

“Ya sé por qué me temen  
Nunca entendí por qué tiene que ser así  
Pero aquí me quedo para siempre”

**En este trópico mío**  
(Poema C. Mara Rita)

### VIII.1 Identidades migrantes

La disforia de género es un malestar cultural que se inscribe en el cuerpo, como un estigma, desde el nacimiento de los sujetos al ser prescritos en códigos del género que les resultan invivibles. En el caso de los transexuales masculinos, es ser *mujer*. La heteronormatividad sobre los cuerpos ha conferido dos posibilidades legítimas a través de una incisiva y temprana educación, instruyendo una performance que a fuerza de ser repetida ha materializado un imaginario colectivo de lo que es una mujer y un hombre normal.

En la transexualidad este sexo prescrito es observado como una realidad biológica adversa, desde la cual la institución familiar y escolar justifica su socialización en el género femenino. Es la madre, quién implanta y resguarda la moral femenina de la hija biológica obligándolos a asumir roles y expresiones de género que les generaba desagrado. Restringidos a este marco de referencias hacen patente su inconformidad cuestionando sus reglas, e incluso, exigiendo negociar su entrada en el campo de lo masculino. El castigo de esta transgresión a la moral femenina durante la infancia, recae en la madre, recibiendo una evaluación negativa de su rol en la crianza.

Hemos explicado que la disforia infantil se vivencia en un estado de abyección, descubriendo de manera progresiva que existe una única gramática permitida para su sexo natal, obligados a identificarse como: una mujer, femenina y heterosexual. Cuando estos códigos se vuelven conscientes los sujetos se identifican como “no-mujeres”. Esta imposibilidad de definirse performa un estado interior donde tendría cabida el “sexo verdadero”, a diferencia del exterior, donde el cuerpo expresaría lo que no-se es.

En el apartado “El malestar profundo de la disforia” dimos cuenta que el desarrollo de los caracteres secundarios provoca desolación, siendo estos cambios experimentados como una pérdida de su libertad de tránsito. Como características biológicas constitutivas de un cuerpo

femenino, el crecimiento de los senos y la aparición de menarquía, dismantelan su fantasía de no *llegar a ser* mujeres. La controversia que se fragua internamente les produce vergüenza y culpa, lo que motiva la búsqueda de vías reparatorias. En este esfuerzo, y a modo de autocorrección, se “disfrazan” llevando a cabo un intento deliberado por ser “mujer”. Esta presentación social en una identidad femenina y heterosexual, recibe un refuerzo social positivo, sin embargo, ellos lo viven como un fracaso. Estas acciones frustradas por normalizarse los van sumiendo en un estado depresivo agudo.

Tras experimentar la heterosexualidad como una relación poco placentera, valoran las posibilidades de autodeterminación sexual y confrontan la moral femenina, declarando que sienten atracción hacia las mujeres biológicas. La migración sexual es un acto de rebeldía ante la represión de su identidad, apertura que les acerca a las sexualidades e identidades no normativas.

Las formas de vivir la disforia que presentamos, nos muestran que en una sociedad binaria las decisiones de los sujetos van tensando las posibilidades dentro de una red pre-establecida de códigos posibles. Sin embargo, aunque variables y creativas en sus adecuaciones, las identidades abyectas requieren de la estabilidad que la sociedad binaria otorga a los sexos binarios, haciéndose parte del orden simbólico de la cultura que le otorga inteligibilidad a la experiencia vivida.

Quienes se reconocen como transgénero, vivencian identidades migrantes que poseen un núcleo común a través del cual ocurre la traslación, acercándose y alejándose de una identidad masculina establecida, es decir, del hombre masculino y heterosexual. Así, por ejemplo, se manifiesta que se puede vivir sin pene, pero en determinados contextos pueden normalizar su cuerpo utilizando bultos en una presentación social donde su genitalidad no quede puesta en duda, reforzada en una performance masculina. En otro caso, ser transgénero se expresa como un ideal, cuando en el intersticio persiste la idea de haber nacido hombre. Todas estas son situaciones que dan cuenta de la violencia de las restricciones y la represión social que les dirige hacia la norma.

En este punto, afirmamos que dicha migración traza vías estratégicas para tener una “vida vivible”. En relación con lo anterior, la identidad transgénero tiene a su haber un potencial subversivo en la citación de los códigos del género, desterritorializando y desafiando la

expectación de sus normas. A pesar de la tensión, estas personas *transgreden* voluntariamente la complicitad entre anormales y normales, o entre oprimidos y opresores, en una performance que busca desarmar las vías reconocidas de la experiencia binaria, “revelando su antinaturalidad fundamental” (Butler, 2007, p.288).

Si respaldamos la verdad médica de la ontología de los sexos, suponiéndolas como categorías naturales, concluiríamos que los transexuales “pasan por” un sexo que no les es propio, asumiendo junto a Rodrigo que: “*La vida de un trans siempre va a ser una mentira, si yo llego y te digo que soy Rodrigo, yo sé que realmente nací siendo mujer*”. Encrucijada de fácil resolución si impugnamos el discurso biomédico. Al respecto, hemos relevado que pese a ser aceptable la diferencia biológica de los cuerpos, esta es una realidad inefable previa a la construcción cultural.

Uno de los aportes fundamentales de la antropología en este tema, es su evidencia de que las diversas culturas ofrecen un repertorio distinto de referencias de identidades de género, ampliando nuestra concepción binaria de los cuerpos. De este modo, “si, las identidades se forman en el marco de la cultura: las narrativas individuales del Yo están construidas según las convenciones de la matriz social en la que se vive” (Lamas, 2012, p. 249). Por esta razón, cabe reiterar que, aunque las personas se hablen en los códigos binarios de su cultura, las/os investigadoras/es debemos abstraernos de tal orden, conscientes igualmente de nuestras propias limitaciones en esta tarea.

La situación que presentamos, opera para todas las ciencias, y nos exige situarnos desde la sospecha ante nuestra matriz cultural expresa e introyectada, por esto, dudamos de la ontología de esta verdad e impugnamos los discursos que la sustentan afirmando que la transexualidad es un sexo no-biológico. En este sentido, aducir que “los transexuales masculinos nacen por la vagina” es referenciar de manera provocativa que un cuerpo con vagina puede “llegar a ser” un hombre, pero el transexual “nace” en la medida que por su genitalidad identificarse como tal es socialmente ilegítimo. De este modo afirmamos que las personas nacen con una genitalidad diversa, pero se ven reprimidos a *llegar a ser* la prescripción de su sexo.

Exponer la “situación de disforia” como símil de la “situación de discapacidad” es reconocer que la disforia de género no reside en el sujeto individual sino más bien en una sociedad

construida de forma binaria. Deconstruyendo la matriz heteronormativa el malestar profundo que produce la abyección tendría connotaciones muy diferentes, el estigma transexual no sería posible como tal en ese contexto, de ahí que sea del todo necesario pensar estas vivencias de manera situada y contextual a un momento sociocultural particular, que nos somete a una “austera monarquía del sexo” (Foucault, 1987, p. 95).

Desde una vereda más optimista David Le Breton señala que:

Ante un conjunto de dolores esenciales de la condición humana y ante la ausencia de respuesta cultural, el ser humano se abandonó a sus propias iniciativas para apaciguarlos. Proliferan las soluciones personales con el objetivo de cubrir las carencias de lo simbólico tomando ideas de otras tramas culturales o por medio de la creación de nuevas referencias (Le Breton, 1995, p. 15 en Lamas, 2012, p. 160).

Ahora bien, en esta investigación hemos destacado que como parte de “estas propias iniciativas” no sólo hay migraciones hacia lo transgénero, también hay identidades que se aproximan a la sociedad heteronormativa y patriarcal. Sobre esta postura de vida, nos cuestionamos si bajo las condiciones actuales ¿no es acaso esto lo más “normal”? ¿Por qué entonces retroceder repulsivamente ante estas cuestiones, o demonizar a una población por el deseo de mantener el ordenamiento vigente? Condenar la transexualidad bajo esta lógica, no es otra cosa, que instalarnos en el sitio de poder de quienes poseen un “sexo legítimo” a filtrar la entrada o salida de ciertos grupos del espacio de lo permitido. Trasladando esta discusión me sumo a las palabras de Bulter (2006) afirmando que:

Nos hallamos ante una aspiración normativa que tiene relación con la habilidad de vivir y de respirar y de moverse, y sin duda pertenece a lo que se denomina la filosofía de la libertad. El pensar sobre una vida posible es un lujo sólo para aquellos que ya saben que son posibles. Para aquellos que todavía están tratando de convertirse en posibles, esa posibilidad es una necesidad (p. 310).

Lejos del enfoque discriminatorio señalado, la teoría feminista ha sido el telón de fondo de un importante activismo contra las múltiples violencias que acarrear en nuestra sociedad las variables de: sexo, clase, edad, raza, situación de discapacidad, entre otras. Defendemos que esta historia de lucha “debería servir de base para una alianza con otros movimientos, ya que

la violencia fóbica contra los cuerpos es parte de lo que une el activismo antihomofóbico, antirracista, feminista, trans e intersexual” (Butler, 2006, p. 24).

Discutir las necesidades de parte de este grupo requiere dialogar con las ciencias e instituciones heteronormativas. En este sentido, es preciso que la ciencia biomédica progrese tanto en la calidad de las operaciones de reasignación sexual, como en la deconstrucción de la normalización de los cuerpos y géneros, a fin de que las imposiciones vejatorias actuales y la búsqueda de la coherencia normativa no atormenten a las personas que requieren de estos procedimientos (Butler, 2006).

Desde la otra vereda, esta Memoria es una invitación a mirar hacia una gama de posibilidades de vivenciar la transexualidad que está fuera de la vía médico-legal, que ha sido hasta ahora la “solución” generalizada de la disforia, fomentada por la biomedicina y la Industria Médica. Estas han visto en la necesidad de las personas a un grupo biodisponible y a un nicho de mercado. No somos inocentes al momento de evaluar que esta postura levanta discusiones que pueden llegar a ser contraproducentes a lo señalado en el párrafo anterior. Al respecto, defiendo que no existe una alternativa de vivenciar la disforia que sea “habitabile” para todas/os, por lo tanto, es importante visibilizar aquellas experiencias biográficas que han optado por otro tipo de adecuaciones, diversificando las respuestas ante la disforia y abrazando la diversidad de opciones.

### VIII.2 Auto-migración y nuevas rutas

En esta Memoria he dado un amplio lugar al retrato del “menoscabo y sufrimiento” que acompañan a la vivencia de la disforia de género, denunciando la violencia que pesa sobre nuestros cuerpos, víctimas de un odio social que acaba por introyectarse. En esta línea, la sobrevivencia de los transexuales, implica incluso, sobrevivir a sí mismos, al agudo dolor que causa el propio rechazo, en un bucle infinito que se detiene sobre la anormalidad sin llegar a resolverla.

A modo de ejemplo, me expongo:

*“Creo muy sinceramente que el tema de los transexuales debe ser estudiado en profundidad con seriedad meticulosa y en un estado de duda constante, al fin y al cabo, al tratar este*

*tema estamos deshojando quirúrgicamente las pieles que la cultura nos ha impuesto desde el mismísimo nacimiento. Dejar de reproducir un lenguaje marcado por la desigualdad entre los géneros y opresor de las identidades, no es una tarea sencilla. Debo dudar de mí, de mis pensamientos, de mi propia lectura sesgada de la realidad ¡sobre todo de la mía! Puesto que soy agente primero en lanzarme contra todos ellos, por raros, por lo extraño de sus gestos, vestuario, por la vulgaridad de su ser -aún más los travestis- me dan miedo, pena, rabia, no quiero que estén cerca de mí, me intimida su presencia. Los transexuales son ridículos, son gente que no soporta su cuerpo y lo cambia, sorteando el costo social, la violencia, pero ¿por qué somos violentos? ¿En qué me afecta que el otro haga con su cuerpo lo que mejor le parezca? ¡En nada! Sin embargo, estoy ahí, sin despegar mi mirada, increíblemente absorto de su monstruosidad -no tiene sentido- menos siendo yo tan o más transexual que todos ellos. Me dan pena, porque nunca serán ni hombres ni mujeres legítimos, son unos travestidos, debajo de ese disfraz de hormonas y operaciones yacen sus rostros verdaderos, rostros que no se aguantan, que los envuelve la tristeza y no los deja ver, nacimos incompletos, carentes, equivocados. Los empoderados han politizado esta crisis y defienden que no, que no somos cuerpos en transición, que es una identidad completa. Yo lo dudo, para mí es terriblemente desolador saberme mujer y comprenderme hombre, o simplemente ser y no ser en estas carcazas que me embisten, soy una ambigüedad constante que me cuesta manejar día a día. Cada cierto tiempo me detesto en tal medida que me infrinjo la muerte a través de un sueño prolongado, hasta ahora he seguido, no sé por cuánto tiempo, pero creo que puedo estar mejor” (Nota de campo, 13 de noviembre de 2013).*

Compartir esta nota de las primeras páginas de mi cuaderno, es también mostrar que la vivencia de la transexualidad no está exenta de resistencias, confusiones e incoherencias, y expresar desde mi mismo que ser transexual no implica de por sí ser una persona no-binaria, muy por el contrario, es posible ser un sujeto transfóbico, temer y odiar el estigma transexual. Deconstruir este orden es vital para las identidades migrantes, Tomicic et.al (2016) estudiando las tasas de suicidio da cuenta que esto no opera sólo para los transexuales, somos todas/os las/os que en alguna medida no entramos en el orden heteronormativo de la sociedad. Nuestra lucha es una lucha por el buen vivir, una disposición activa a construir una sociedad habitable, de aquí la importancia de contar estas experiencias. Ha sido mi anhelo despertar

empatía en quienes nos rechazan, entendiendo que es una tarea compleja, y que requiere una deconstrucción progresiva. Dicha deconstrucción, también nos convoca a ser cariñosos y pacientes con nosotros mismos, con nuestra propia aceptación de la transexualidad. En este intento me uno al sueño esperanzado de mi maestra:

Confío plenamente en la posibilidad de los cambios, pues si hasta ahora hemos recibido, enseñado, mantenido y traspasado un sistema de género y de clase rígido y desigual, también está dentro de la cultura la innovación de las historias, experiencias y tradiciones, la utopía como gesto político, por suerte aún no declina y sigue sosteniendo hablas, cuerpos y géneros de resistencia, cuando todo parece verse más gris. (Franch, 2008, p.138)

Hay un proverbio africano que he recordado en reiteradas ocasiones mientras escribía esta memoria, dice: “Hasta que los leones no tengan sus propios historiadores las historias de cazaría seguirán glorificando al cazador”. En este caso no es un historiador, aunque de seguro tiene ribetes de cacería. Como investigador transexual no ha estado dentro de mis propósitos decir que somos normales, sino explicar lo absurdo del discurso de la verdad que nos patologiza, utiliza y mata.

Nuestra veracidad, la pertinencia de las “técnicas de recolección de datos”, la validez de esta “muestra” y la “objetividad” de esta investigación, son propias de la ciencia del oprimido. Hago una invitación amistosa a triangular esta investigación, que por lo demás, lleva el apellido de “experimental”. No está dentro de las posibilidades -menos de las pretensiones- de esta memoria, presentar la verdad sobre la transexualidad, ni hechos concretos y universales de su vivencia. Transparento que me basta con haber conseguido llevar al cuestionamiento la ficcionalidad en que ésta se inscribe, y desde la cual somos objeto de vulneración.

Esta investigación nos ha permitido dar cuenta del proceso de identificación y adecuación de la disforia, sin llegar a profundizar en las múltiples variables que atraviesan este cambio corporal. Hago una invitación a profundizar en investigaciones de este tipo, es decir, que tengan en perspectiva la diversidad de la disforia en la transexualidad masculina, estudiando las particularidades de su relación con las instituciones principales: familiar, escolar-universitaria, y vía médico-legal.

Como afirmé son múltiples las variables que atraviesan la identidad de género, sin embargo, destaco dos más que me parecen son estudios obligatorios para darnos un panorama de lo que es la vivencia de la transexualidad en Chile: la edad y la clase social. Durante estos últimos años, los tópicos mencionados han sido puestos en la escena pública del país. Un caso emblemático fue el de Andy (HaM) niño de 5 años que el año 2015 abre el debate sobre la identidad de género. Tras haber tenido que retirar a su hija del colegio porque no aceptaron la autodeterminación de su sexo, la familia de Andy expone su biografía y denuncia la discriminación sufrida hasta entonces. Esto permitió visibilizar la transexualidad en las clases altas del país, desmitificando la idea de que la transexualidad sólo se da en clases empobrecidas; y también, mostrar los casos de niñas/os transexuales, experiencias hasta entonces invisibilizadas.

Esta apertura puso en escena a las instituciones normativas. Se expone a la familia, madres y padres describiendo la identificación de la disforia infantil, las dificultades de su aceptación, los problemas que emergieron, y cómo fueron acompañando este proceso, en pro del bienestar de sus hijas/os. Esta situación también reflejó la educación sexista, y la discriminación de los colegios. Nuevos casos y denuncias, ponen la mira en la Ley de Identidad de Género, y con ella a organizaciones transexuales como la OTD o la Fundación Transitar, quienes se han hecho cargo de la importante tarea de informar y acompañar a estas personas, además, de ser los referentes de la lucha contra la patologización de la transexualidad y la puesta en vigencia de dicha Ley.

Como cierre de estas “nuevas rutas” no puedo dejar de mencionar, la relevancia de la cibercultura de las comunidades transexuales, siendo internet la fuente de información más extendida al momento de comprender y exhibir públicamente la transexualidad. Acuña (2008) señala que los estudios antropológicos sobre ciencia y tecnología han indagado en estas prácticas de producción de conocimientos, esclareciendo los “procesos de dominación y legitimación de ideas sobre la realidad y la naturaleza” (p.18) que en estos medios son asumidos y confrontados. El objetivo de despatologizar la transexualidad y evidenciar sus múltiples vivencias, puede encontrar en este medio un estratégico lugar de disputa del sentido.

Mucho queda por hacer desde las Ciencias Sociales, y desde la antropología en particular, como disciplina que interroga el “malestar de la cultura” desplegándose en un complejo campo que tiene a su haber la potencialidad de establecer un contacto voluntario y directo con las personas -no como pacientes y/o demandantes-. En este sentido, me uno al llamado de Bourdieu (1998) a hacernos responsables de entregar las herramientas de nuestra disciplina con una valiente disposición subversiva al servicio del movimiento social.

Finalmente, cierro esta memoria con enorme nostalgia, sabiendo que de forma fragmentaria también se fue escribiendo aquí parte de mi biografía. La nota que abre este apartado es precisamente eso, una abertura, una herida cicatrizada, cuya marca debía ser mostrada, ser un antecedente de que sí, sí se puede “estar mejor”. Miro hacia atrás y abrazo a mis compañeras y compañeros transexuales, con amor fraterno.

## IX. BIBLIOGRAFÍA

Acuña, M. (2008). Reflexiones sobre las prácticas de producción de conocimientos: ciencia y tecnología. *Cinta Moebio* 31: 14-22. [Online] Disponible el 24 de febrero de 2017 en: [www.moebio.uchile.cl/31/acuna.html](http://www.moebio.uchile.cl/31/acuna.html)

Adrián, T. (2013). Cuadrando el círculo: Despatologización vs Derecho a la Salud de personas Trans en DSM-5 y CIE-11. *Comunidad y Salud Año 2013*, Vol. 11, N° 1, Ene-Jun

American Psychiatric Association [APA]. (2013). *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales*. Cuarta Edición (DSM-V). Madrid: Masson

Ancapán, C. (2014). Visibilizando a las personas trans: Los prejuicios, vulnerabilidades y la incitación al odio en contra. A objeto de contribuir a prevenir la transfobia en Chile. Ponencia presentada ante la Comisión de Derechos Humanos, Nacionalidad y Ciudadanía, como aporte al debate proyecto de ley que reconoce y da protección al derecho a la identidad de género. *Comisión de derechos Humanos, Nacionalidad y Ciudadanía*. Boletín 8.924-07, Chile.

Asociación Internacional de Lesbianas, Gays, Bisexuales, Trans e Intersex (ILGA), 2016. Informe de Mapeo Legal Trans: El reconocimiento ante la ley. Chiam, Z., Duffy, artículo y González Gil, M., (Ginebra: ILGA, Noviembre de 2016).

Barrientos, L. y Llanquilef, C. (2012). *Jurisprudencia de los Tribunales Civiles de Santiago sobre solicitudes de rectificación de partida de nacimiento en cuanto al nombre y en cuanto al sexo formuladas por personas transexuales durante los años 2005-2009*. (Memoria para optar al Grado de Licenciatura en Ciencias Jurídicas y Sociales). Universidad de Chile, Facultad de Derecho.

Beauvoir, S. (1954). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Editorial Psique.

Blazquez, N. (2012). Epistemología Feminista: temas centrales (Pp.21-38). En: Blazquez, N. Flores, F. Ríos, M (2012). *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales*. (Coordinadoras). UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias : Facultad de Psicología, 2012.

Benjamin, H. (1966). *The transsexual phenomenon*. New York: The Julian Press.

Bertaux, D. (1989). Los relatos de vida en el análisis social. En: Aceves, J. (Comp.), *Historia Oral. Parte II: Los conceptos, los métodos*. (Pp. 136-148). Mexico: Instituto Mora-UAM.

Bourdieu, P. (1998). *La Dominación Masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Butler, J. (1988). Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. Publicado en español en *Debate feminista*, 18 (1998): 296-314.

Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.

- Butler, J. (2006). *Deshacer el Género*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación social*. LOM Edición.
- Cardin, A. (1984). *Guerreros chamanes y travestis*. Barcelona: Tusquets.
- Coll-Planas, G. (2009). *La voluntad y el deseo: Construcciones discursivas del género y la sexualidad: el caso de trans, gays y lesbianas*. (Tesis doctoral de sociología). Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- Connell, R. (1997). La organización social de la masculinidad. En Valdés, T. y Olavarría, J. (Eds.), *Masculinidades. Poder y crisis*. (Pp. 31-48). Santiago: Isis Internacional/FLACSO.
- Cornejo, M., Mendoza, F., y Rojas, R. (2008). La Investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico. *Psyche*, 17(1): 29-39.
- Fischer, A. (2003). Devenires, cuerpos sin órganos, lógica difusa e intersexuales. En Maffía, D. (Comp.), *Sexualidades migrantes género y transgénero*. (Pp. 9-30). Buenos Aires: Feminaria
- Foucault, M. (1977) Historia de la medicalización. *Educación Médica y Salud*, 11(1): 3-25.
- Foucault, M. (1985). *Herculine Barbin, llamada Alexina B*. Madrid: editorial Revolución.
- Foucault, M. (1987). *La Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1999). *Los Anormales: Curso en el Collège de France (1974-1975)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Franch, C. (2008). *Identidad y prácticas alimenticias: Construcción cultural del cuerpo en mujeres de clase alta de la ciudad de Santiago*. (Tesis para optar al grado de magíster en estudios de Género, mención Ciencias Sociales). Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales.
- Garfinkel, H. (1967). *Studies in Ethnomethodology*. New Jersey: Prentice Hall.
- Goffman, E. (1963). *Estigma la identidad deteriorada*. Amorrortu editores. Buenos Aires-Madrid.
- González, J. (2007). Marcia Alejandra Torres Mostajo: La primera Mujer Transexual de Chile. Entrevista en Profundidad en curso de Cualitativa I, Universidad XXXX, Santiago de Chile.

Hammarberg, T. (2010). *Derechos Humanos e identidad de Género: Informe temático de Thomas Hammarberg: Comisario de Derechos Humanos del Consejo de Europa*. Berlín: Flyeralarm GmbH.

Haraway, D. (1991). *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature*. New York: Routledge.

Harding, S. (1998). ¿Existe un método feminista? En E. (. Bartra, Debates en torno a una metodología feminista. (págs. 9-34). México D.F.: UAM-X, CSH.

Heritier, F. (1996). *Masculino/Femenino. El pensamiento de la diferencia*. Barcelona: Ariel.

International Classification of Diseases ICD-10 (1994). Gender identity disorders, Transsexualism.

Labrín, J. (2006). *Identidad transgénero: Estudio sobre la construcción de la identidad de género en personas travestis del Gran Santiago*. (Tesis de magíster de Antropología y Desarrollo). Universidad de Chile, Santiago.

Lagarde, M. (1996). Identidad de género y Derechos humanos: la construcción de las humanas. En Guzmán, L. Y Pacheco, O. (Comps.), *Estudios Básicos de Derechos Humanos IV*. (Pp. 85-125). Costa Rica: Instituto Interamericano de DDHH/Comisión de la Unión Europea.

Lamas, M. (2012). *Transexualidad: Identidad y cultura*. (Tesis doctoral en Antropología). Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.

Laqueur, T (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia.

Le - Breton, D. (1995). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Le - Breton, D. (2010) Desgrabación de la conferencia realizada por Prof. David Le Breton en APU – setiembre 2010. “Antropología de las conductas de riesgo en jóvenes”. (Desgrabación, Virginia Altier Corrección, Susana Grunbaum). Disponible el 19 de febrero de 2017 en: <http://www.apuruguay.org/sites/default/files/desgrabacion-Conferencia-Le-Breton-APU-2009.pdf>

Maffía, D. (2003). *Sexualidades migrantes: Género y transgénero*. Buenos Aires: Feminaria Editorial.

Manrique, E. (2013). *Transformaciones en el modelo familiar aceptación, acogida y reconocimiento de la situación transgénero*. (Tesis Magíster en Análisis Sistemico Aplicado a la Sociedad). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Mara Rita (2015). *Trópico Mío*. Santiago de Chile, Editorial MAGO.

Martínez, Ana. (2004). La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas. *Papers: Revista De Sociologia*, 73: 127-152.

Martínez, Ariel. (2015) La Tensión entre la Materialidad y Discurso: la mirada de Judith Butler sobre el cuerpo. Cinta de Moebio [online]. Disponible el 19 de febrero de 2017 en: <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-554X2015000300009>

Martínez-Guzmán, A. y Montenegro, M. (2010). Narrativas en torno al Trastorno de Identidad Sexual: De la multiplicidad transgénero a la producción de trans-conocimientos. *Prisma Social Revista de Ciencias Sociales*, 4: 1-44.

Montecino, S. Acuña, M. (1992). Presencia y Ausencia: Género y Mestizaje en Chile. (Compiladoras) *Revista Propositiones* N° 21, U. de Chile, Departamento de Antropología, CEDEM, 1992.

Montecino, S. (2007). *Madres y Huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Editorial Catalonia. Cuarta Edición ampliada y actualizada. Santiago, Chile.

Montecino, S. (2017). Identidad de género, igualdad y entramado del poder. Consultado el 28 de febrero de 2017. Disponible en: <http://www.uchile.cl/noticias/11464/genero-igualdad-y-entramado-del-poder>

MOVILH (2007). *Asesorías y atención médica a personas transexuales en Chile. Propuesta para protocolo y circular de salud en Chile. Documento elaborado por el Movilh para el Ministerio de Salud*. Santiago, Chile. Disponible el 18 de Octubre de 2016 en: <http://www.movilh.cl/documentacion/trans/Transexualidad%20en%20Chile.pdf>

Noseda, J. (2012). Muchas Formas de Transexualidad: diferencias de ser mujer transexual y de ser mujer transgénero. *Revista de Psicología Universidad de Chile* 21,(2): 7-30.

OCAC Chile (2014). Observatorio Contra el Acoso Callejero Chile. Primera encuesta de acoso callejero en Chile. Informe de resultados. [Online] Disponible el 24 de febrero de 2017 en: <http://www.ocac.cl/wp-content/uploads/2014/05/Informe-Encuesta-de-Acoso-Callejero-2014-OCAC-Chile.pdf>

Pachecho, J. y Silva, E. (2015). *Análisis de la legislación, procedimiento y jurisprudencia de las rectificaciones de partida de nacimiento por cambio de nombre y sexo de personas transexuales*. (Memoria para optar al Grado de Licenciatura en Ciencias Jurídicas y Sociales). Universidad de Chile, Facultad de Derecho. Profesora guía: Lorena Lorca Muñoz. Santiago, Chile.

Preciado, P. B. (2008). *Biopolítica del género*. Saint Denis: Paris 8/Universidad de Princeton.

Rich, A. (1980). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. *DUODA Revista d'Estudis Feministes* núm 10-1996

Ríos, M. (2012). Metodologías de las ciencias sociales y perspectivas de género. (pp.179-196) En: Blazquez, N. Flores, F. Ríos, M (2012). Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales. (Coordinadoras). UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias : Facultad de Psicología, 2012.

Rodríguez, C. (2013). *Cuerpos para Odiar: Las travestis sobre nuestras muertes no sabemos escribir*. Poesía Travesti.

Roscoe, W. (1998). *Changing Ones: Third and Fourth Genders in Native North America*. Virginia: Palgrave Macmillan.

Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. Nueva Antropología, Vol. VIII, N° 30, 95-145.

Rubin, G. (1989). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad". En Vance, Carole. Placer y Peligro: Explorando la sexualidad femenina. Madrid: Revolución. Revisado el 10 de enero de 2016, disponible en: <http://www.museo-etnografico.com/pdf/puntodefuga/150121gaylerubin.pdf>

Saro, I. (2009). *Transexualidad: Una perspectiva Transdisciplinaria*. D.F. México: Editorial Alfil.

Serret, E. (2009). La conformación reflexiva de las identidades trans. *Revista Sociológica*, 24(89): 79-100.

Soley-Beltrán, P. (2009). *Transexualidad y la matriz heterosexual: Un estudio crítico de Judith Butler*. Barcelona: Edicions Ballaterra.

Tena, F. (2013). Sacudirse la tutela médica: Hacia la despatologización de la transexualidad. *Revista Andaluza de Antropología*, 5, 35-65

Tomicic, A. Gálvez, C. Quiroz, C. Martínez, C. Fontbona, J. Rodríguez, J. Aguayo, F. Rosenbaum, C. Leyton, F. Lagazzi, I. (2016). Suicidio en poblaciones lesbiana, gay, bisexual y trans: revisión sistemática de una década de investigación (2004-2014). Proyecto FONIS Salud Mental N° SM14I0004. *Rev Med Chile* 2016; 144: 723-733.

Valdeón, J. (s/f). *Disforia de género: El primer transexual en la historia del mundo*. Recuperado el 20 de abril de 2014 desde: <http://pashb.wordpress.com/el-primer-transexual-de-la-historia-segun-el-mundo/>

Valles, M. (1999). *Técnicas Cualitativas de Investigación Social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Editorial Síntesis.

Vasilachis, I. (2006). *Estrategias de la investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa Editorial.

Vendrell, J. (2009). ¿Corregir el cuerpo o cambiar el sistema? La transexualidad ante el orden de género. *Sociológica*, año 24, número 69, enero-abril de 2009, pp. 61-78

Verbal, V. (2012) *Transexualidad en Chile: Derechos Humanos y desafíos políticos*. Ponencia del seminario Reflexiones en torno a la diversidad sexual, de la Red

Interdisciplinaria de Estudios de Diversidad Sexual y de la Red Interdisciplinaria de Estudios de Género, Valparaíso.

Wittig, M. (1992). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Boston: Beacon Press.

## X. ANEXOS

### ANEXO 1

*Estimadxs! Los uno a esta enorme cadena porque actualmente estoy haciendo mi tesis sobre la “disforia de género” término biomédico para designar a las personas que sienten que su cuerpo es del sexo contrario, estoy buscando específicamente a mujeres biológicas que experimentan malestar con su cuerpo puesto que siempre se han observado como hombres (no es necesario que haya asistido a algún especialista). La idea es poder conversar sobre este tema que ha sido super poco estudiado en personas que no realizan la reasignación sexual, ahondando en la vivencia del cuerpo, sensaciones y emociones experimentadas.*

*Siendo un tema bastante complejo y difícil de poder llegar a lxs sujetxs, apelo a todxs ustedes para poder difundir este mensaje entre sus contactos mujeres a fin de que llegue a la mayor cantidad de personas. Quienes lean esta invitación y quieran participar de este espacio de diálogo personal, me pueden escribir al correo: [romix.rodriguez010@gmail.com](mailto:romix.rodriguez010@gmail.com). Su participación contempla a lo menos 3 entrevistas en profundidad, que consisten en entrevistas libres de mínimo 1 hora y máximo 2 horas de duración, cuyo audio será grabada. El audio de la entrevista será transcrito y utilizada por Romina Rodríguez Merino, para su tesis de pregrado. Romina es tesista de Antropología Social de la Universidad de Chile. Previa realización de la entrevista, la entrevistada recibirá un compromiso de confidencialidad firmada por la tesista, en donde se asegura el resguardo de los datos personales de la entrevistada, al igual que cualquier otra información que la entrevistada exprese como confidencial y que no desea que sea utilizado por la tesista. También, la entrevistada tendrá*

*derecho a copias de las grabaciones, las transcripciones y la tesis finalizada. La entrevistada tiene el derecho a retirarse de la investigación cuando lo desee, como también solicitar el no uso de sus entrevistas. La investigación de la tesis, además de la publicación del informe final, considera la realización de artículos, ponencias, y otros productos académicos y literarios con los insumos de la investigación. En todo producto, los datos personales de las entrevistadas serán resguardados. Se espera poder realizar las entrevistas entre Septiembre y Diciembre del año 2014, previo acuerdo entre las entrevistadas y la tesista, en lugares de comodidad y confianza de cada una de ellas.*

*Finalmente, si desea conocer más sobre el proceso de esta investigación, no dude en comunicarse directamente al correo [romix.rodriguez010@gmail.com](mailto:romix.rodriguez010@gmail.com). Cualquier consulta no es compromiso de participación, pueden escribir con preguntas antes de decidir participar.*

*Un gran abrazo y muchas gracias,*

## ANEXO 2

### NACER EN EL CUERPO EQUIVOCADO

Estimadxs, mi nombre es Romina Rodríguez Merino, soy estudiante de Antropología Social en la Universidad de Chile y actualmente estoy realizando mi tesis sobre la “disforia de género” término biomédico para designar a las personas que sienten cierto malestar o desajuste con el sexo biológico asignado al nacer puesto que se sienten más identificados con su sexo contrario, estoy buscando específicamente a mujeres biológicas que experimentan malestar con su anatomía (no es necesario que haya asistido a algún especialista). La idea es poder conversar sobre este tema que ha sido poco estudiado en personas que no realizan modificaciones corporales o la reasignación sexual, ahondando en la vivencia del cuerpo, sensaciones y emociones experimentadas.

Para quienes quieran participar de este espacio de diálogo personal, esta investigación contempla la realización de entrevistas, que se espera realizar entre octubre y diciembre de este año, previo acuerdo entre las entrevistadas y la tesista, en lugares de comodidad y confianza de cada una de ellas.

Si deseas participar o si requieres mayor información sobre el tema no dudes en escribir al mail: [nacerenelcuerpoequivocado@gmail.com](mailto:nacerenelcuerpoequivocado@gmail.com)

Si sabes de alguien que pueda estar interesadx,

¡¡Difunde!!

Gracias por tu colaboración

### ANEXO 3



Universidad de Chile  
Facultad de Ciencias Sociales  
Departamento de Antropología

CONSENTIMIENTO DE PARTICIPACIÓN EN EL PROYECTO  
“TRANSEXUALIDAD MASCULINA: VIVENCIAS DE LA DISFORIA DE GÉNERO”

## 1.- INFORMACIÓN SOBRE LA INVESTIGACIÓN

Usted ha sido invitada(o) a participar de una investigación que busca profundizar el conocimiento sobre las vivencias de la disforia de género, entendida como una “*sensación de incomodidad o inadecuación del propio sexo anatómico*” en mujeres biológicas que realizaron intervenciones corporales de reasignación completa o parcial de su cuerpo y de quienes no lo modifican, distinguiendo tres momentos:

- 1) la identificación de la disforia de género en su biografía,
- 2) las decisiones que adopta el sujeto respecto a su disforia de género,
- 3) la vivencia de quienes optaron por modificar su cuerpo y de quienes no lo hicieron.

La presente investigación se propone alcanzar narraciones biográficas acotadas al tema en estudio, para esto se realizaran 2 a 3 entrevistas individuales en profundidad, las cuales quedarán registradas en una grabación de audio para ser analizadas posteriormente, resguardando la confidencialidad de las(os) participantes. La entrevista en profundidad, consiste en una conversación entre usted y la responsable, sobre el tema de la investigación y tiene una duración aproximada entre una hora a una hora y media, según las posibilidades de la entrevistada(o). El lugar de la entrevista será acordado previamente entre usted y quien realice la entrevista.

La información producida en esta investigación será mantenida en estricta confidencialidad. Una vez firmado el consentimiento de participación, a cada persona se le asignará un seudónimo, y cualquier nombre de lugar o fecha dentro de los relatos individuales serán cambiados para proteger a los participantes. Sólo si el propio/a entrevistado/a lo solicita, se mantendrán los datos sin modificación. Al analizar la información se producirán informes y una serie de documentos y artículos científicos para la difusión y comunicación de los

hallazgos de la investigación; en cada uno de ellos se mantendrá igualmente el anonimato de las(os) entrevistadas(os).

Le estoy invitando a participar de esta investigación en forma voluntaria, teniendo derecho de retirarse del estudio en cualquier momento sin que ello le afecte de ninguna forma. Lo único que le puedo ofrecer es conocer los avances y resultados de la misma y una copia del documento final. También si usted lo desea y solicita podrá contar con una copia de la entrevista escrita y en audio como registro biográfico.

Esta información y documentación la puede solicitar a la Investigadora Responsable del proyecto Romina Rodríguez Merino, cuyos datos de contacto se encuentran en este documento. Usted no tiene por qué aceptar participar de esta investigación y tiene el pleno derecho a preguntar ahora o durante el transcurso de su participación cualquier duda que le surja.

Los riesgos asociados a su participación son de carácter emocional, dado que usted puede experimentar sensaciones desagradables o difíciles al recordar hechos dolorosos o emotivos de su vida, en el caso que estas reacciones se presenten en el curso de la entrevista, la entrevistadora detendrá el desarrollo de la misma, con el objetivo de acoger, estimular la confianza y brindar el apoyo necesario de escucha y compañía hasta que Usted logre estar más tranquila(o). Por otra parte, el proceso de compartir estas experiencias emocionales puede ayudarla(o) a tomar conciencia de sí misma(o) realizando un proceso de auto-reflexión lo que puede tener un efecto positivo. Esta consecuencia potencial puede ser considerada como un beneficio.

De antemano, muchas gracias por su participación.

Contacto: Investigadora Responsable

Nombre: Romina Rodríguez Merino

Institución patrocinante: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile

Dirección: Av. Capitán Ignacio Carrera Pinto 1045, Ñuñoa

Teléfono móvil: 75553911

Correo electrónico: romix.rodriguez010@uchile.cl



Universidad de Chile

Facultad de Ciencias Sociales

Departamento de Antropología

## 2.- DOCUMENTACIÓN DEL CONSENTIMIENTO

Participante:

Declaro haber leído la información descrita, y que mis preguntas acerca de la investigación han sido respondidas satisfactoriamente. Al firmar este documento, indico que he sido informado/a de la Investigación: “TRANSEXUALIDAD: VIVENCIAS DE LA DISFORIA DE GÉNERO” y que consiento voluntariamente participar entregando mis opiniones en una entrevista. Entiendo que tengo el derecho de retirarme del estudio en cualquier momento sin que ello me afecte de ninguna forma.

Nombre participante:

Firma: \_\_\_\_\_

Ciudad y Fecha:

Investigadora Responsable:

Confirmo que he explicado la naturaleza y el propósito del Proyecto de Investigación a la persona participante, y que ha dado su consentimiento libremente. Le he proporcionado una copia de este documento completo de Consentimiento Informado.

Nombre coordinador:

Firma: \_\_\_\_\_

Ciudad y Fecha: